

POR

Víctor Manuel Arbe

NAVARRA

IV. DE FITERO A LARRA



POR NAVARRA

Algunos de estos artículos fueron publicados en DIARIO DE NAVARRA.

POR Víctor Manuel Arbeloa
NAVARRA

DE FITERO A LARRA

IV

Prólogo
Alfredo Floristán

PROLOGO

Cuando me recordó Víctor Manuel Arbeloa la vieja promesa que le hice de prologarle alguno de sus libros de viajes «Por Navarra» estaba yo relejendo, por motivos profesionales, pero con gozo, diversos artículos referidos a cómo se aborda el estudio de los paisajes desde los presupuestos de la geografía de la percepción y la semiología. Todo paisaje es un producto —un precipitado, hubiera dicho machaconamente nuestro Urabayen— de las interrelaciones hombre-medio, naturaleza y cultura, una red de signos significantes que permiten al estudioso acceder a los significados, pasar, en cierto modo, desde lo visible y real, o si se prefiere, desde los elementos naturales y culturales o humanizados que componen el paisaje a los mecanismos que los han producido, a los sistemas en que se hallan insertos, los cuales a su vez se traducen sobre la faz de la Tierra en estructuras y formas determinadas.

Es obvio que algo tan complejo no pueda aprehenderse de manera objetiva —aunque sean mensurables varios de sus elementos—, porque tanto los expertos en las ciencias de la naturaleza, del urbanismo y la geografía como los simples admiradores de la belleza natural y de la creada por el hombre miramos, interpretamos y sentimos el paisaje con las anteojeras —*filtros*, en la jerga críptica de la semiología— que ponen nuestra formación cultural, nuestros sentimientos, intereses y prejuicios y hasta el propio estado de ánimo en el momento de la percepción. Esto recuerda lo que alguien dijo que ocurre cuando se pone en escena una obra teatral

de cierta enjundia: la que los actores interpretan y la que cada uno de los espectadores contempla son cosas distintas.

Me parece que las «anteojeras» con que Arbeloa ve los paisajes navarros son éstas: su amor a la tierra y sus gentes, al ayer y al hoy, su insoslayable vocación de poeta e historiador, su profunda cultura humanística. Y los sentimientos que le provocan la naturaleza, el hombre, la historia y el arte de nuestros pueblos los sabe expresar en una prosa poética que es al mismo tiempo revelación de su intimidad anímica, vehículo de comunicación con sus lectores e instrumento de incitación y emoción.

Con la mayor frecuencia posible Arbeloa deja los amables paisajes de Europa occidental y central y la correcta y educada frialdad de sus habitantes para recorrer nuestra tierra, en ocasiones también amable, pero con frecuencia áspera, violenta, de colores fuertemente contrastados, y para comunicarse con los navarros, sus paisanos, que unas veces hablan, andan y cantan sin medida, destempladamente, con descaro y desgarro, y otras tímida y pausadamente, como lo hacen siempre quienes pasan más horas en soledad que en civilización y observan más los fenómenos de la naturaleza que los tiquismiquis de las gentes.

Pero el autor de este libro sabe captar muy bien lo que hay bajo las apariencias de los hombres, en los repliegues de su alma, cuya sensibilidad y delicadeza se esfuerzan inútilmente por ocultar. Arbeloa disfruta hablando con los pastores y campesinos, con los ancianos que calientan sus huesos en los atrios solaneros de nuestras iglesias o animan su espíritu con un vaso de vino en las tabernas (*«el vino se va filtrando / dulcemente enamorando / el corazón y la mente»*), con las mujeres que juegan a la brisca en plena calle o en la plaza o se asoman discretamente a una ventana. Y también con las gentes cultas, sobre todo si tienen corazón de poeta y están embarcadas en la ardua pero ilusionante empresa de cambiar el mundo sin destruirlo, con amor, si tienen redaños para denunciar las injusticias flagrantes, si adoptan la actitud de comprender, respetar y disculpar siempre, de unir y no disgregar.

¡Qué gozo, el suyo, cuando participa en las manifestaciones sencillas, ingenuas, de los romeros silenciosos o ruidosos que visitan las ermitas de nuestros pueblos! ¡Y qué tristeza —y qué «rabia ecologista»—, cuando observa que algunos lugares de Navarra se están convirtiendo en «peligrosos, sucios y feos» (basureros, pinta-

das, *chaletismo* de mal gusto, puentes disonantes con su entorno, etc.) y cuando tropieza con personas mezquinas o fanáticas! Me imagino su pena cuando contempla los fantasmas mudos de los desolados...

Alfredo Floristán

MAÑANA DE FIESTAS EN FITERO

El primer día de Fiestas casi siempre luce el sol, la gente estrena ropa, ha dormido poco y suele ir a misa mayor.

Así hoy en Fitero.

Desde el nuevo Ayuntamiento, bien montado en lo que fue cilla del Monasterio, salimos tras la banda y la bandera municipal, hacia la inmensa iglesia gótica, en la que embarcamos, ya lo dije otra vez, rumbo a una larga historia.

Todo lleno. Este viajero impenitente ya contó un día cómo le entró en el alma este templo cisterciense y qué mal lo encontró de techos y de adobos. Ahora está un poco mejor, pero siempre se termina el dinero del presupuesto antes del año presupuestario. Los de Fitero lo sufren como una obsesión. Hacen bien tras tantos años de abandono. Hasta el cura, en una homilía cálida y breve —como debe ser— entra en el tema.

—Veo que se sonríe el señor parlamentario.

Me sonrió porque no veo al señor Comisario de la cosa, en Bruselas, informado del recio presupuesto de Navarra, dando un duro, al menos por ahora. Hay sitios mucho más pobres con cosas mucho más urgentes ya lo creo, y bien que lo siento yo, que ando con ello hace varios años.

Cantan con brío desde el coro alto la Misa de Perosi, que a mí me emociona mucho porque la cantábamos también en mi pueblo el primer día de Fiestas, y luego hay flores, incienso, lecturas de



textos bellísimos, silencio y plegarias, la estatua de San Raimundo, el patrono, y la Virgen de la Barda, con la barda cortada para ella, pero sin espinas, cosa que el diccionario no entiende. Tiene la Virgen la cara como enternecida y adolescente, de tanto mimo y de tanta devoción.

Subimos por la calle en procesión, con un cirio en la mano, que pronto se apaga con el airecillo que viene de Yerga. Las casas inmediatas al Monasterio, y las casas de la calle Mayor, menos antiguas y un poco más altas, y las más recientes, de ladrillo y varios vuelos, están adornadas con banderas españolas, recamados, sobrecamas y otros vistosos paños que es maravilla. Sale, literalmente, la casa por la ventan, que para eso es la fiesta.

Toca fuerte la banda y no podemos hablar. Mejor así. Un médico que fue del pueblo, retirado ya, va delante de nosotros haciendo señas a diestro y siniestro, a las gentes que están en las aceras y a las que están en las ventanas y balcones. Todas le devuelven cariñosamente el saludo. Es el tercer santo de la procesión.

Ojos de sueño. Algunas personas sueltas en los bares y en los veladores. Algunos, perdidos todavía en las mareas largas de la amanecida, con su turbada y despacirosa lengua, hechos una uva.

En la sacristía monacal todos nos sentimos pequeños e importantes a la vez.

Vamos al Ayuntamiento a tomar el aperitivo. No es cosa de olvidar que el vino local tuvo este año un tercer premio muy valorado en la competición de Olite.

—El año que viene, a por el primero.

—A ver.

Las gentes de Fitero, venidas de muchas partes hasta este «fito» o hito que antes dividía tres viejos Reinos, son por eso mismo

hospitalarias y generosas como pocas, tienen un alma transfronteriza y, en lo que de ellos depende, universal. El alcalde hace, sin quererlo, de padre abad laico, que no laicista, y municipal, que no espeso. Su anillo es la vara, y sus «freyres» –hermanos, al fin y al cabo– lo han elegido tres veces seguidas.

–No, a la comida no me quedo.

Está el regadío más verde que nunca. El Alhama fiterano aún tiene resuello.

Al pasar por el puente del siglo XVII miro hacia el «barranco», donde, un día de la fiesta popular, hice el descubrimiento de esa incomparable golosina para mayores que es la empanada de Fitero. Siempre que siento hambre me acuerdo de ella.

Dejo Fitero en fiestas, con sol, con ropas estrenadas, y la gente yendo lentamente, parándose en todos los bares, hacia la comida, tardía, copiosa y familiar.

–Hasta el «barranco».

UNA VUELTA POR HUARTE

Me invitan el alcalde y unos concejales a dar una vuelta por Huarte. Hace tres años di otra con otro alcalde y otros concejales. Y con el mismo secretario. Nada sobra, porque tanto pasar por medio de la villa y tan mal que la conocemos.

Huarte (Entreaguas o Entrambasaguas) es un pueblo-puente y pueblo de puentes sobre el río: Ugarralde, El Calvario, Zocorena y Dorraburu. Este, antes de que se le eche el Ulzama encima, y antes de meterse en Pamplona, lo piensa bien y se da un rodeo, a ver. De ese rodeo nació Huarte. Y en Huarte se le cuelga el regacho Egüés cuando trae agua.

No es nada de extrañar que tuviera *in illo tempore* un castillo, que estuvo en manos del obispo y del rey. El pueblo viejo fue creciendo a un lado y otro del camino, muchos antes de que creciera, como ahora, a un lado y a otro del puente.

Pueblo de puentes y caminos, lo fue también, lógicamente, de mercaderes. Uno de ellos trajo de París, en 1349, la imagen de Nuestra Señora de mármol blanco. En 1665 compró la Huarte por 16.000 reales el asiento en Cortes y el título de «buena villa».

Aquellos cinco fuegos de mediados del siglo XIV son ahora casi 3.000 habitantes. De aquellas 94 casas útiles que había a principios del siglo pasado quedan pocas, todas en la parte antigua, que va por la calle mayor y se estrecha luego junto al puente. Queda alguna casa gótica con blacón de madera y ventana mainelada. Y

otras casas de los siglos XVII y XVIII, con hermosos portones, escudos y aleros, algunos ya no muy seguros.

En la Plaza de San Juan están el frontón, la próxima Casa de la Juventud y el Ayuntamiento. También la iglesia, que no es tan nueva como algunos creen. Edificada en piedra durante el siglo XVI, se amplió y remodeló en el XVIII. Luce un precioso retablo renacentista, debido, en parte, al pintor estellés Juan de Bustamante, y la imagen, mencionada, de Nuestra Señora la Blanca, talla del más fino gótico parisiense.

Salimos del Ayuntamiento, renovado y vistoso, y echamos a andar por el Huarte nuevo, que hubo que inventar en los años cincuenta y sesenta, y que aún sigue construyéndose. No busquemos aquí muchas lindezas, pero sí luz, higiene y decoro. Los rótulos de las calles han recogido lugares y personajes históricos de la villa.

Están jugando los muchachos a futbito en el patio del Colegio Comarcal, ampliado y renovado hace un año. Vemos y olemos algunas de las industrias tradicionales, que pronto pueden estar en el polígono industrial, al otro lado del río.

El Club del Jubilado es una necesidad imperiosa, que el existente en los bajos de la Casa Parroquial no cubre.

—Con tres, ¿no hay partida, no?

—A ver si viene la cuarta.

Igual no llega.

Huarte tiene también su «Chantrea», toda llena de flores y de cal. Desde aquí vamos hacia el campo de fútbol Ugarrandía. Los hombres que van conmigo están soñando en otras instalaciones y en otros deportes, por ejemplo, el de la natación, en sitio tan espacioso y tranquilo.

—Hoy hay partido a las cinco y media.

Bajamos hacia las huertas. Desde Atondoa hasta Zokoa, pasando por Izoa, las huertas verdean toda la orilla derecha del Arga, donde las golondrinas y otras criaturas del Señor siguen cantando.

Está la huerta abundante y frutal de primeros de septiembre; llena, esta tarde de sábado, de hortelanos, y llena sobre todo de alubias verdes, de borrajas, de acelgas, de peras y de membrillos. Suben las matas de tomates y pimientos hasta el techo de medio cañón del invernadero.

—Una quincena de familias viven de la huerta.

—No me lo imaginaba.

El agua viene y va por los canales. Algunas malhadadas tapias, de esas que ya no se levantan. ¿Y no deberían tirarse?

El Arga parece limpio y sedoso debajo de las margas, entre chopos, olmos aún vivos, sauces, saúcos, yezos y otras especies.

El monte Miravalles, donde otrora estuvo el castillo, protege la villa, la separa, la realza y la tipifica. Desde aquí no se ven los restos, semicubiertos por los robles y los matorrales, de trincheras de las dos guerras carlistas.

La historia de Huarte está llena de la historia de sus puentes. Por fin, hace algún tiempo se volvió a arreglar el del Calvario, «la puente de cabe la cruz». Este puente principal tiene cuatro ojos, alguno legañoso. Baja aquí el Arga solemne como un cortejo, después de lanzarse de la alta presa natural como un atleta.

—Mientras no tengamos piscinas, esto tenemos.

Varios chiquillos nadan en el estanque, al pie del salto. Apenas hay gente en la playa de hierba, que tiene cerca un asador. La orilla izquierda y los bajos del puente necesitan un buen repaso.

—En eso estamos.

Seguimos por la parte antigua de la villa. Todavía está sin arreglar lo que parece un resto de monumento, a la entrada de una plazuela con juegos para los niños, y no es ni más ni menos que la puerta de la primitiva iglesia de San Esteban, abierta al culto hasta 1776. La concha santiaguista de la fachada indica bien a las claras que por aquí iba el Camino. San Esteban es desde entonces el segundo patrono de la única parroquia.

Terminamos la ronda sabadeña en un bar céntrico, que tiene, frente a la barra, colgado un pequeño violín.

*Pues que tanto te debemos,
este lugar te ofrecemos,*

dice una enigmática inscripción.

Me dicen los amigos que aquí solía venir a beber asiduamente un bohemio. Para pagar las muchas deudas, ofreció un día al dueño un violín, que hizo pasar por un «Stradivarius». El dueño no sólo quedó satisfecho, sino que dio al bohemio unos cuantos dineros por añadidura. Demasiado tarde se dio cuenta de que el célebre violín era un violín de baratija. Y quiso perpetuar su propio engaño.

—Una cerveza pues.

—Otra.

—Una tónica.

Huarte, pueblo de algunos huertanos, de muchos nativos y de otros tantos emigrantes, pueblo-puerta y pueblo-camino. Pueblo de industrias madrugadoras y de última hora, pueblo de mucha juventud, que anda buscando acomodos en una sociedad apretada y confusa. Pueblo de inevitables conflictos y de urgentes soluciones cotidianas.

En las próximas Fiestas patronales el nuevo Ayuntamiento va a poner en un mástil nuevo la todavía nueva bandera de Europa.

—Enhorabuena, hombre.

POR LAS SOLEDADES DE ORRADRE Y NAPAL

Las nubes bajas le dan color pardigris a esta mañana de septiembre, en la que las cosas están limpias y como aliviadas tras los recientes calores.

Muchos queiigos y muchos chopos se han secado ya, sin pasar por la alquimia ritual del otoño.

Margas y soledad. Dura soledad de cal y canto. Cuando enfilamos el rudo carretil que sube a Orradre y Napal, vemos el anuncio de las obras que va a emprender el Gobierno de Navarra.

Estera estéril y ondulada de bojés, enebros, tomillos y ollagas. Dejamos Orradre para luego, y nos quedamos mirando la Peña de abajo, de 744 metros de altura. Pequeña muralla, gorro frigio, casco de soldado romano, espejo ovalado, cuchilla de piedra, tapia fronteriza... son metáforas que se les ocurren a los socios de la excursión.

Pasado Napal, ya estamos cerca de la Peña de arriba, más pequeña que la otra y menos metaforeada.

–Dicen que se le cayeron las dos a San Pedro, cuando pasaba por aquí –nos dirá después uno de los domingueros del pueblo.

Pedro = piedra, puro evangelio, más la despabilada fantasía de nuestras gentes.

—¿Cómo se llama ese monte?

—El Ugarra. Está casi imposible de andar. Hace tiempo subimos a dar una vuelta por ahí y tuvimos que ir por la misma cresta. Está lleno de matorral.

Unos lo llaman Idocorri-Ugarra. Otros, como aquí, Ugarra.

Carrascas y quejigos por este lado y pinos por el otro. Las nubes bajas se pegan como lampazos. Tampoco Arangoiti y Leyre pueden desprenderse de ellas. Izaga se limpia ahora un picacho, luego otro. Todo el circo de montes que nos rodea, desde Racas hasta Txutxarrondo, tiene el mismo aspecto gregario, lanar. En los sombríos de las pequeñas lomas que dan al norte crecen lentos los pinos de repoblación.

Hay una pequeña balsa en el camino tras las lluvias de estos días. En los pastizales que rodean el camino abundan los cólquicos o azafranes silvestres, con sus espectaculares lóbulos de color rosa. Abundan también los ciempiés, rodando por el camino o encogidos sobre las matas de boj.

Encontramos un pastor, con dos niños, que conduce un pequeño hato de ovejas. Es un hijo de la única casa de Napal habitada habitualmente y pasa aquí los fines de semana.

—¿Se lo pasan bien los críos, no?

—Lo pasamos todos bien.

—Bueno, pues a seguir así.

Llegamos en un periquete a unas bordas, ya derruidas, y a la ermita de San Esteban, de Ugarra. Fue éste un antiguo pueblo medieval del Romanzado, despoblado ya en el siglo XV. Sobre un feo corral de cemento y uralita y sobre la grave soledad de estos parajes, que parecen lejanísimos, sólo queda la gallarda espadaña ciega de la ermita, un día parroquia, convertida en almacén de paja. Marrubios y algunas malvas por delante, bojes altos por detrás. Líquenes cobrizos sobre las nobles piedras. No hay hoy siquiera gorriones que chillen.

Baja por aquí la cañada real que comienza a los pies del Ori y continúa por Lumbier, Ujué y Carcastillo, hasta enlazar con la de los roncaleses y entrar en la Bardena. Pocos rebaños deben de bajar ya, porque apenas es reconocible el paso desde aquí hasta las bordas de abajo.

Está la fuente seca y en la balsa ganadera no hay más agua que la recogida en las últimas lluvias. Caminando hacia Petrina y Bolunza, nos sorprende la foz, una profunda cavidad, tras una pintoresca introducción barroca, que fue tallando el arroyo en las margas sobrepuestas a las calizas que forman hoy el talud y las pendientes de la desgarradura. Fenómeno que los sabios llaman sobreimposición.

Intentamos bajar por el barranco, pero en vano. Después de varias idas y venidas, subidas y bajadas, damos por fin con una senda, semiborrada por la espesura del bosque, por la que nos metemos entre carrascas, coscojas y matorrales y bajamos luego en picáo, como las cabras que ya no existen, hasta un pequeño campo abierto que está cultivando, a pesar de ser domingo, un tractorista con el tractor.

—Si hace años lo coge el cura de mi pueblo!

El campo cultivado rompe la frágil senda, que aquí se abría sin duda en camino, pero nosotros seguimos rumbo adelante. Junto a las moras de un zarzal, casi ya consumidas, se entrelazan las uvas negras de una parra perdida por aquí. No sabemos si son propiedad del tractorista, pero acabamos con ellas. Se escapan unos mirlos, alborotando, de entre unas matas de boj, aún húmedas. El arroyo, seco buena parte del año, llega tras vueltas y revueltas hasta el Irati, cerca de la Venta de Judas.

Tomamos el camino de Bedoya a Napal y subimos la cuesta hasta el pueblo. Fresnos y serbales. Qué ganas de beber de una fuente vieja, fría y ubérrima, de la que nace un regato, pero no hay manera con esta gente. Encontramos el hato de ovejas y junto a él dos chicos, que no son los de antes

—Iñigo, Iker... que vengáis os he dicho.

Los chicos suben remoloneando.

En Napal hay una casa, reconstruida y bien blanqueada, con balcones. Ahí vive la única familia que queda del pueblo. En otras dos, una a punto de terminar y otra con una buena portada de dovelas, pasan los fines de semana dos hijos de esa familia que viven fuera. En otra, también reconstruida y amplia, propiedad de un hijo de Napal, suelen pasar sábados y domingos un grupo de familias que viven en Pamplona.

—Igual nos juntamos seis que doce.

—¿Y todos éstos son hijos suyos?

—No, aquí hay de varias familias.

La antigua escuela, a la que han puesto una chimenea de tubo, hace de refugio también para unos cazadores con buen apetito.

Otras casas, hasta diez que hubo hace un siglo, están derruidas o a punto de derruirse. Una tiene aún en la clave de la portada un escudo gótico. En lo alto del pueblo se conserva bien la iglesia de La Purísima Concepción, de torre cuadrada, con campanas y saeteras. Un almacén largo y blanco, hecho en 1981, a la izquierda de la iglesia, afea el austero paisaje.

Por la pendiente, bajo el Idocorri, tras un regato seco, corren unos chopos y unos sauces. Dos gruesos cedros dan un aire de inmortalidad al reducido cementerio.

*Mal por mal,
mejor Orradre que Napal*

dice un pareado facilón y tonto, sin que uno sepa qué quiere decir. Orradre conserva tres casas en pie, una construida en 1919. Y una iglesia románico-gótica, dedicada a San Juan Bautista, con bóveda de cañón apuntado en el cuerpo principal y de horno en cabecera. Reconstruida en los últimos cincuenta o primeros sesenta, está ahora totalmente vacía por dentro, con unos cuantos periódicos esparcidos por el suelo. Cerramos con la cuerda la puerta y

nos quedamos con pena. ¿No podría, al menos, ser una devota ermita más?

—Los curas lo vendieron todo —nos dice un vecino que anda dando unos golpes en la huerta.

—No me diga.

—Cuando nos fuimos todos del pueblo, llevaron los bancos a Arboniés y las campanas a Domeño.

—¿Y los santos?

—Qué sé yo lo que hicieron con los santos. Y eso que acabábamos de arreglarla.

—Ya hemos visto, ya.

Mientras nos cuenta, una ave de presa da unos alaridos en el Cerro del Cristo, enfrente del pueblo, sobre el arroyo Orradre que baja de Napal.

—¿Qué pájaro es ése?

—No entiendo de pájaros, no soy cazador; igual es el rapiño.

Rapiño llaman en algunos sitios al cernícalo vulgar y al gavilán.

—¿Y han vuelto todos aquí?

—No, venimos sólo los fines de semana. Las tierras las llevan los de Domeño.

Vemos los últimos cólquicos de la mañana.

*Le colchique couleur de cerne et de lilas
y fleurit, tes yeux sont comme cette fleur-là,
violâtre comme leur cerne et comme cet automne,
et ma vie pour tes yeux lentement s'empoisonne.*

escribió el deslumbrante Apollinaire.

*(Allí florece el cólquico, de color cerne y lila.
Tus ojos son lo mismo que esa flor:
amoratados como sus aréolas y como este otoño.
Y mi vida por tus ojos lentamente se envenena).*

Domeño y Usún nos parecen grandes y nuevos. A la ida y a la venida vemos rapiños sobrevolando la carretera. Lumbier alto. Y

Lumbier bajo, tan mal puesto. Letreros a los lados de la carretera: PSOE = GAL. Nada sin Dios. Eta asesina. Viva Cristo Rey. Y cosas así.

Muchos quejigos y muchos chopos se han secado sin pasar por la alquimia ritual del otoño.

Media docena de naranjas nos sirven de refacción y nos partimos hacia Pamplona.

EN NAVASCUES

Desde el Alto de Loiti se ven bien las bandadas dispersas de cisnes fríos y quietos que han dejado las últimas nevadas en los abrigaderos del campo. El cielo está gelatinoso y gris.

Como hoy no es el mejor día para subir a Las Coronas, nos paramos junto a la fea pila de cemento, al pie de las Bordas las Vacías. Vacías están, vive Dios, y casi todas arruinadas. Lo mismo que las próximas Bordas de Articat o Artical. Son de una sola planta, rectangulares, con tejado a dos aguas, cubiertas de teja curva y con puerta en una de las fachadas. En los pequeños cobertizos anejos vivían, es un decir, los pastores.

Aquí y allí, durante todo el paseo, vamos viendo estos pequeños campamentos pastoriles, restos ya de una larga batalla, campal y perdida. La densidad del ganado ovino fue tal vez la causa de la degradación de estos parajes, con las margas al aire, y mal cubiertos de tomillos, aliagas, bojés y matorrales.

Al Borreguil le salen unas boiras frívolas y la sierra de Illón nos acecha torva y turbulenta. El regato Sierra viene saltarín y vigoroso desde el monte Torres y tenemos que echarle un puentecillo de piedras para pasarlo. Quedan a derecha e izquierda unos pastelones de nieve con la que jugamos a bolazos, uno de los más elementales y primitivos juegos que tenemos. Subimos, bajamos, corremos, nos seguimos, nos atrapamos

—Ven aquí.

—Ahí voy.

–Toma.

–Dale más

–Ahora, corre.

–Ya lo tengo.

–No le dejes.

–Aguarda.

–Tira.

Bien embarrados, con las manos ardiendo, con las camisas fuera y un hambre peligrosamente progresivo, llegamos, pequeños y grandes, a las dos y media en punto, a la Fonda Braco, de Navascués, en la calle-carretera del Roncal.

–Aquí estamos otra vez.

En el comedor contiguo a la cocina hay dos mesas ocupadas. Lo preside un mueble antiguo decorado con un tapiz. Nos calienta una estufa de gas.

Para hacer boca nos sacan un plato de pimientos conservados en escabeche, que así pueden llegar a los comedores de invierno. Pan cabezón. Vino de la tierra. Gaseosa para el mujerío y gente menuda.

–¿Qué van a tomar de segundo? –nos pregunta la sobrina de la famosa dueña (el primero se da por supuesto).

–¿Qué hay para hoy?

–Tienen pollo, codornices, morcilla, truchas a la navarra, menduico, cordero, filetes de ternera...

–Filetes y cordero, no. Todo lo demás.

–Eso, eso.

Y ya están aquí la sopa, las alubias rojas, y los garbanzos, ay. Y el hambre, que es la mejor salsa del mundo.

Los chicos se van tras los garbanzos, qué cosa. Los mayores preferimos las alubias... y los garbanzos después.

–Pues yo la sopa.

–Gente tuna... je, je, je.

–¿Te acuerdas de aquellos garbanzos de Aralar?

–Sí, pero la primera vez.

–Estos están soberbios.

–Ay, pues las alubias!

–¿Y los garbanzos, mi chico?

–Ummmmmmmm.

–No repitas, guapo, que tenemos mucha cosa luego.

–Despacio, hombre, que aquí no hay bolazos.

–Eso, eso, un trago. «Si quieres llegar a viejito, después de la sopa, un traguito».

–¿Más alubias?

–¿Y el colesterol?

–El colesterol con la nieve desaparece.

–A mí estos tropezones me recuerdan los años de colegio.

–¿Te acuerdas de aquellas alubias llenas de sapos que llamábamos «viviendas protegidas»?

Sonríe la sobrina, tan acostumbrada a estas hazañas, viéndonos de tan buen saque. Sonreimos nosotros cuando llegan los segundos platos, puestos en fila.

Estamos ya solos en el comedor y ya no hay contestación.

–Yo quiero la trucha.

–Y yo el pollo.

–Orden, orden que para todos hay condumio.

–A mi me dan pena estos pajaricos.

—Que son codornices, mujer.

—Qué más da.

—Venga ese menudico.

—Ay, qué asco.

—Qué dices, morrolindo, si es lo mejor de la mesa!

—Oye, déjame esa pata.

—La pata es para el chico, abusona.

Si se quiere zampar, hay que callar. Pero aquí hay gente y tiempo para todo. Nadie come aquí a lo melindroso, pero todos hacemos algún esfuerzo para no comernos las manos.

—Ay, cómo está la morcilla, bobas mías.

—¿Te acuerdas?

«...—¿Qué viene ahora?»

*—La morcilla. Oh, gran señora,
digna de veneración».*

—Pobre don Luis, dónde parará. Filosofía no aprendimos mucho, pero aprendimos a leer y recitar, que no es poco en estos tiempos.

Tiene Patricia la cara sonrosada y su hermanico los ojos brillantes, primeros efectos de la bucólica.

—Yo quiero más morcilla.

—Toma, rey.

—Oiga, un poco más de pan y poco más de vino.

Acabo de leer al maestro Delibes el elogio de la codorniz en la mesa, «ave comestible por excelencia», y lo repito como puedo, pero debo de hacerlo tan mal, que es el único plato que no se vacía.

—¿Postres van a tomar?

—Claro.

Pero cuando el sentido común impondría fruta o zumos, va y nosotros pedimos flanes y cuajadas.

—¿De casa?

—Claro.

—Y dos heláos.

Le invitamos a Feliciano, presidente de la Gestora, a tomar café. Desde que don Amadeo fue alcalde, y sigue siéndolo a su manera, aquí nadie quiere serlo, y tienen que medio obligarlos. Tomamos café de puchero y los mayores una copa de pacharán. Y todo por cuatro reales como quien dice.

—Esto no hay en Europa —me dice Feliciano.

—Y que lo digas, alcalde.

Tras despedirnos de la famosa y cariñosa dueña nos vamos a dar un paseo por el pueblo.

Navascués es un óvalo de casas sobre el teso en el que se asienta. «Puyo, lo llamó el rey Sancho el Sabio cuando hizo a sus habitantes francos, ingenuos y libres de todo impuesto y servidumbre. Carlos III el Noble, en 1417, hizo a todos los navascundarras «fijosdalgos» por sus buenos servicios fronterizos y les concedió un alcalde perpetuo, vecino de la villa.

Pero el pueblo viene de mucho más lejos. Tierra de dólmenes y de cuevas neolíticas en sus alrededores, Navascués es, según Joaquín Arbeloa, aquella «aldea de Baskhunsá, de donde era originario el rey de Navarra (Sancho Garcés)», que fue destruida el 21 de julio del año 924 por las hordas de Abderramán. En 1067 conocemos ya el nombre de Eneco Sanz como «tenente» o «senior» de la torre defensiva de la villa, cuyas últimas piedras se utilizaron para la construcción del crucero y cabecera de la iglesia.

Por las calles Mediavilla y Antonio Aróstegui lucen las contraventanas de pino barnizado. Los pequeños nos siguen tinkilintankala.

Desde los tiempos de la dinastía de Champaña, Navascués fue el centro del «Almiradío de los cuatro almiradíos» (junto con

Aspurz, Ustés, Castillonuevo, Racas y Cerréncano). Los almirantes eran oficiales del rey, con funciones judiciales, económicas y militares. Desde el privilegio de Carlos III, el cometido militar pasó en Navascués a manos del alcalde perpetuo, convertido más tarde en «capitán a guerra». El almirante fue perdiendo poder y extinguiéndose paulatinamente en el siglo XVIII, quedando sólo en título honorífico.

Fieles al Príncipe de Viana hasta después de su muerte, los navascundarras fueron también defensores heroicos de la independencia española frente a los invasores franceses. La villa fue cuartel general de la guerrilla, al mando del beneficiado local, natural de Burgui, don Francisco Glaría, muerto en acción en Idoy, cuando había sido ya elegido sucesor de Javier Mina en marzo de 1810.

Convertido durante las operaciones en hospital, la capital del Almiradío sufrió todos los horrores de la guerra, especialmente en la primera semana de marzo de 1812, cuando los soldados del general Caffarell, derrotados y traspasados por el frío y por la nieve, saquearon, quemaron y violaron a placer.

Pocos años después, Zumalacárregui hizo del pueblo cuartel general del ejército carlista.

Estamos lejos de aquellos tiempos dramáticos. Navascués es un pueblo coqueto, bien comunicado, con cuartel de la guardia civil, casas de camineros y parque de Bomberos, pero envejecido y sin más horizontes que los geográficos.

Incendiada en 1487, la iglesia gótica de San Cristóbal guarda un original tímpano trinitario, un retablo barroco rico en oros y tallas, una sillería coral plateresca del XVI y una graciosa Virgen del Rosario, muy modernizada, flor en mano, y el Niño como otra flor. Hasta la Desamortización, la parroquia fue jurisdicción de Leyre, con un vicario nombrado por el abad.

Desde el balconcillo moderno de la torre vemos bien el pueblo castigado de ayer y hermoseedo de hoy: el barrio viejo de las Eras bajas tras el barranco del Rigal, los almacenes de paja por los alrededores, el antiguo cine concejil, y ahí, a nuestros pies, la Fonda de nuestro refocilamiento.

Está la tarde libre y fría para que podamos contemplar con sosiego el terreno escabroso y guerrillero del Almiradío de los

almiradíos, con altos y bajos montes poblados de hayas, pinos y robles, bojés y matojos, laberinto orográfico surcado por barrancos. Al Idokorri le pica en el pico el último sol. Por la sierra de Illón se arremolinan los pinos rojos, que llegan casi hasta Las Mondas y Faulos y se ahincan más abajo los laricios de repoblación.

Al Salazar que abre la vega a nuestra izquierda le caen, a derecha e izquierda, regajales que vienen entre barrancos, como el que tenemos a nuestros pies llamado Cupero. La iglesia románica de Sta. M.^a del Campo, con su cementerio adjunto, remansa la tarde en la vega. Al fondo, el Olagato, y, un poco más acá, el cuello picudo de la Visca.

—Mira, el reloj de la torre es de 1913.

Los Frontones es el nombre de la pequeña sierra tras el río. Bien puesto el nombre, vistos desde aquí. A nuestra derecha, los montes siameses de Itismo y Agüete (que otros llaman Pialote). Al Borreguil le salen ahora otras nieblas.

Después de visitar a los amigos de la Fonda Rus, donde estuve la última vez, con el resultado parecido al de hoy, voy con Feliciano a visitar a don Amadeo Marco, casi cuarenta años en la Diputación Foral, desde el mismísimo 1931, y último presidente de la Corporación —que así se llamaba— antes de las elecciones de 1979.

—Acaba de sufrir una caída y está en cama.

—Vaya, hombre.

—Pero ya podrá visitarle, ya.

Casa Zalba, edificada en 1776, tiene diez balcones cerrados, ocho con barandilla. Otras veces me recibió en el despacho de la entrada, donde salía aquel enorme tubo de la calefacción, cerca del que se calentaba su perro fiel. Al subir, lo veo ahora entreabierto y me asomo a ver otra vez el piano, la biblioteca, el retrato de Franco, el escudo de Navarra y muchas fotografías.

Amadeo Marco ha sido en estos pagos el último «almirante» del almiradío navarro, el último «capitán a guerra», que se batió en el

Tercio de Requetés y en las batidas contra el «maquí» y que luego, ya en el palacio foral, añoró los viejos tiempos de la Monarquía navarra: una Monarquía popular y hasta pueblerina.

En mis anteriores visitas hablé con él de aquellos tiempos de la República que me ha tocado estudiar después, y menos de estos tiempos. Una vez me llevó a la huerta, al otro lado de la calle Maruguete. Había nogales, manzanos, almendros y ciruelos. El hacía allí lo que podía.

Tras un pasillo largo, tan propio de las casas navarras de la mitad norte, lleno de fotografías familiares, encuentro a don Amadeo en cama, caído pero bien consciente y resuelto. Le atiende una señora vecina. Hablo poco y le regalo un libro mío sobre Navarra, su gran amor. Lo llevan al hospital al día siguiente.

—Yo no hago más que leer libros de historia de Navarra.

—Esta es una historia muy reciente.

El alcalde le anima y don Amadeo nos da la mano con calor.

Al volver, el Salazar, nutrido de nieves, fulgura fluvialmente en la noche.

P.D.

Todavía sin publicar este trabajo, hoy, 14 de abril, «día de la República», hemos llevado a enterrar al camposanto de Santa María del Campo, tal vez la primitiva iglesia parroquial, el cadáver de don Amadeo. Todo Navascués y muchísimos navarros hemos bajado acompañándolo. Enterrar simbólicamente 56 años de historia política apesadumbra un poco. Doblaban las campanas de San Cristóbal y la primavera, todavía cabizbaja, se ponía alerta desde San Quirico hasta Olagato. Y mientras en casa Zalba los diez balcones seguían más cerrados que nunca, en la huerta florecían los ciruelos y comenzaban a abrirse los manzanos. Los treinta canecillos que sostienen el tejazoz del ábside de Santa María guardarán los restos de don Amadeo. Y la cruz, más alta aún, le salvará de cualquier intemperie.

ROMANCILLO DESDE EL TREN, CON NIEVE

(De Zaragoza a Pamplona)

El palacio de Cortes
entre las ramas.
Las Bardenas con nieve
no acostumbrada.

Nieve en el regadío.
Pellas dobladas.
Cardos enteleridos.
Lechugas gachas.

San Antón en Buñuel,
lleno de albardas.
Mucho maíz y pocas
yeguas y vacas.

Torrezuela mudéjar.
Viviendas bajas.
Calles interminables:
Ribaforada.

El Ebro en el Bocal
se desbocaza
y el canal se le escurre
de entre las barbas.

Estación de Tudela.
Antigua estampa.
Envejece la nieve
las viejas casas.

Puente de Castejón,
la ferroviaria.
Bajo un peine de trenes
el río pasa.

Cadreira, redimida
y torreada.
Milagro, fugitiva
y acantilada.

La torre octogonal
de Villafranca.
Escuadrones de chopos
en retaguardia.

Marcilla, recogida
como una falda.
Más tristonera que nunca
sigue «la fábrica».

La cellisca, confusa,
nos da en la cara.
Navegan hacia el sur
unas urracas.

Colinas albarizas.
Estepas blancas.
Murillete, encogido
tras de las bardas.

Del nevazo Pitillas
el cuello saca.
En Beire los cipreses
montan la guardia.

Olite, con la nieve
se reencanta.
Y vuelven por sus fueros
todas las hadas.

Retortijantes cepas.
Huertas ahogadas.
Un silo hospitalario.
Triste Tafalla.

Los olivos enseñan
sus limpias palmas,
con sus múltiples dedos
de verde escarcha.

El Cidacos se crece
con la nevasca
y corre por la albura,
verdimanzana.

Garinoain y Barasoain
se nievehermanan.
Pero Barasoain toda
es una alarma.

La nevazón se espesa.
No se ve nada.
Torbellinos oscuros
de nieve clara.

Allí lejos, Unzué.
A las montañas
las rebaja la nieve,
las apelmaza.

Vieja sierra de Alaiz,
quién te alcanzara
por alcorces de zorros
y nubes pardas.

Carrascal. Un letrero
y otra parada.
El jefe de estación
bosteza y manda.

Duras dunas de nieve.
El tren se espanta.
Gemidor, se detiene:
Biurrun-Campanas.

Los pinos se resisten
y se levantan
después que la nevisca
los desbarata.

Los arcos de Noáin
llevan el agua
que les deja la nieve
mucho más alta.

El Elorz tiene prisa
por ir al Arga.
Pamplona, cenicienta
tras la nevada.

(En el tren, 16 de enero de 1987)

ENTRE LOS ROSCOS DE SAN BLAS

*«San Blas,
pirulí, pirulero,
chupetitos, martillitos
de caramelo»*

Canta con desparpajo un hombre ya entrado en años, que vende golosinas a la entrada de la iglesia de San Nicolás.

Un gentío entra a misa de doce. Está San Blas entre claveles en el altar mayor, obispo vestido de pontifical, con su casulla roja de mártir. Se ha paseado esta mañana, bajo las arcadas, entre los puestos de roscos y rosqueros, y está todo contento de la buena salud de su feligresía, dada a muchos lujos de garganta y de otras partes del cuerpo.

Nos cuenta el Evangelio de la misa el caso de aquella mujer que padecía flujos de sangre y tocando el vestido de Jesús quedó curada.

¿Con un buen roscó en la boca, bendecido por San Blas, discípulo valeroso de Jesús, por qué no va a curarse uno?

Andan ciertos extravagantes por ahí haciendo aspavientos de estos casos, pero la gente que sale en el Evangelio, que es la que sale en la vida, vive las cosas y los acontecimientos de manera mucho más sencilla y directa. Por eso San Blas es cada día más popular, porque no se avergüenza de su gente, de sus devotos, que son muchos más y están mucho más seguro que los del equipo local de fútbol, que ya anda otra vez de mala manera.

No sé por qué, pero esta iglesia románico-gótica de San Nicolás, recién restaurada, dejada en la piedra dura y pura de su reconstruc-

ción gótica de mediados del XIII, me parece hoy demasiado fría y demasiado lejana: No me extraña que las buenas gentes fueran llenándola durante siglos de cosas tangibles y accesibles: pinturas, altares, imágenes...

El románico primitivo, al menos, se parecía mucho al castillo cercano, a la fortaleza de todos. El gótico, traído del Norte, era demasiado alto, aéreo, vacío, y las gentes del Sur lo adornaron pronto, luego inventaron el barroco y después reinventaron el gótico –el neogótico–, que es el primitivo gótico más el barroquismo local.

Lo cierto es que el patrono de la iglesia tiene una talla barroca; barrocos, y buenos, son algunos de los altares que ahora esperan su retorno, y barroca es la sillería del coro que se ha instalado en el presbiterio.

Para cuando vuelvo de estas superficiales cavilaciones, ya está el señor párroco bendiciendo los bolsos de los alimentos con agua bendita. En mi pueblo levantábamos los zorriones o las bolsas en alto, para que el santo las viera bien y les cayera un poco de agua. Era más emocionante, aunque lo que había dentro era más elemental y rústico. Alguna gente lo hace aquí también.

Cuando acabo de salir de la iglesia, cosa que no es nada fácil, veo en el mismo cancel un mendigo de los de ahora que pide su derecho al rosco: «Una ayuda para un paráu», dice en su letrerito.

Como no he madrugado bastante para acompañar al Santo en su procesión, me doy una vuelta por el barullo rosqueril. El dueño del primero puesto es de Tafalla.

–De Tafalla, para servirle.

–Pues sírvame esa torta.

Dos chicos de Estella venden roscos de Sesma

–¿Y dónde están los de Sesma?

–Que se nos da mejor a nosotros, hombre.

–Vaya. Ponme uno.

Rodeamos como moscas cada uno de los puestos. Miramos, remiramos, olemos, olfateamos, oliscamos, y no tocamos porque no podemos.

–Cuatro roscos bañáos, a 300 pesetas.

–Uno solo, que cuatro son muchos.

–No compres más, por Dios, que no vamos a poder terminar.

–Pues entonces, esa ensaimada.

–Ni hablar, que engordan mucho.

Las madres son así, aunque luego nos empapucen día a día.

Hay ensaimadas ungidadas y ungientes en muchas mesas. Y bollos con cabello de ángel. Las tortas de txantxigorri están a 300 pts. El pan sobáo a 125. Las rosquillas caseras, a 75. Y los roscos, los genuinos roscos de San Blas, también al mismo precio.

–Un roscó de San Blas.

–Deja eso.

–Mamá, por Dios...

Miro las bovedillas de las arcadas y veo convertidas en claves y volutas de piedra, tortas, bollos, roscos y rosquillas.

Lástima que San Blas no es abogado contra los males de la imaginación hambrienta.

Los puestos de golosinas sanblaseras llegan lejos, hasta abarcar todo el muro este-norte de la iglesia, que sirvió en tiempos de muralla exterior del Burgo de San Nicolás. Hoy el templo tiene un doble muro de dulce, que oculta hasta los sucios letreros que se ensañan en él.

Vuelvo con mi bolsa de San Blas y paso por la vieja plaza del Vínculo, a donde llegué por vez primera a Pamplona en el taxi de

«Minuto». «Minuto» era de Cirauqui y no sé si le pusieron el mote porque era pequeñajo o porque era puntual o cosa así. Aquí le llenaban el coche de cosas animadas e inanimadas, de vegetales, animales y animales racionales. Parecía un camión de carga y descarga. Luego querían que corriera más. ¡Cómo iba a correr!

—Hacía años que no teníamos un postre tan variado y tan barato

—¿Barato?

—Por Dios, mamá...

DESDE UNZUE Y ENTRE CAZADORES

Pueblo trepador, trepa hoy Unzué hacia la Peña en esta mañana de febrero que parece de mayo, tan relumbrosa, que las buenas gentes que ahora van a misa se quedan mirando desde el atrio. Se ven nítidamente las nieves del San Lorenzo, en la sierra riojana, y los nevazones del Moncayo.

La mañana contagia de relumbre a la iglesia de San Millán y a su torre, entre románicos y renacentistas, y la luz recorre también los terceletes que encienden unas cilíndricas ménsulas platerescas. Los tres canes del contrafuerte de la torre abren sus ojuelos minerales al esplendor matutino.

Alta está la iglesia, más alto aún el cementerio. Unzué, lugar de tránsito difícil, se aseguró bien subiéndose al monte, se resguardó tras la torre defensiva y el palacio de cabo de armería, demolido en 1514. El castillo de Guerga guardaba los pasos de El Carrascal y en sus fosos ejecutaban a los facinerosos habidos en los alrededores.

Unzué está demasiado nuevo, aunque algunas casas del siglo XVI, con sus portalones y escudos del tiempo, ponen el contrapunto histórico que le corresponde.

La nieve le ha dejado a Unzué agua por todas partes. Arriba y abajo caños llenos llenan las askas de las dos fuentes. Cuando se viene en días de canícula desde la Ribera, sólo Unzué es capaz de calmar la sed.

Disimulada casi por el tiempo y las transformaciones, está la



ermita de Artederreta –bellos encinares–, construida a principios del XIII, hospital de peregrinos jacobeos. La Virgen, romanista del XVI, está ahora en la iglesia parroquial.

Subimos hacia El Carrascal y oímos de repente un ruido grande

–Mira, escucha; ¿qué es eso, el viento?

No es el viento. Es el regato Artusia, que otros llaman Zidacos, y que es el primer hilo que forma el ovillo, ahora rodante y sonante, del Zidacos que desemboca en el Aragón de Caparroso.

Hicieron aquí una presa para llevar luz a Unzué y luego quisieron hacer una mayor para llevar agua a Tafalla. Hendieron la roca y comenzaron a hacer el murallón de hormigón y de ladrillo, pero la cosa quedó en agua de cerrajas, que para más no había. Dejaron, como ya es costumbre, todo a medio hacer y sin deshacer. El Artusia no sabe nada y baja metiendo mucho ruido. Queda de la antigua presa un junqueral y arena en las orillas. Los chopos tienen un color encanecido, y sauces y mimbreras ya tienen las puntas color fino de carne.

Subimos por entre brezales atlánticos, enebros y gayubas, y luego entre carrascales de boj, productos de transición del bosque mediterráneo típico hacia el robledal submediterráneo. Oímos algunos tiros.

–Ya están ahí.

Otro vagamundos, solitario pero bien pertrechado, nos adelanta. Hace calor, nos pesan las botas y vamos despacio.

Los pinos de repoblación cubren laderas enteras de montes. Llegamos a una campa, y nos metemos en medio de un griterío combativo y adiestrado. Pensamos al principio que son muchachos excursionistas, pero no, hemos topado con una partida de cazadores de jabalí

–Hala, hala, hala, hala, hala, hala...

–Ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay...

–Fuera, fuera, fuera, fuera, fuera, fuera, fuera...

–Ahivá, ahivá, ahivá, ahivá, ahivá, ahivá, ahivá...

A unas docenas de metros, un cazador, de espaldas y escopeta en mano, está atento al bicho.

Suena dos tiros que desgarran desgarradamente la dura tela del aire

–Ahivá, ahivá, ahivá, ahivá, ahivá, ahivá...

–Que va por el barrancoooooooooooooooooooooo...

Vemos allí arriba brillar como espadas los caños de las escopetas. Y luego bajar a los cazadores, como tras haber perdido una batalla.

–¿No ha habido suerte hoy?

–No ha habido

Los cazadores a estas horas son parcos en palabras. Llevan muchas horas dándole y cuando no cobran la pieza están taciturnos y con ganas de comer y de descansar.

–Otro día saldrá la cosa mejor.

–El otro domingo lo vimos y se nos escapó –dice un muchachito, vestido de soldado verdebosque, y con ganas de hablar–, pero hoy ni verlo.

Se reúnen los grupos junto a los «jeeps» y se van hacia la salida. Son, según nos dicen, una cuadrilla grande de amigos, de Pamplona y de pueblos, que van cada domingo a cazar.

La cosa es que por mirarlos y por miedo a subir y a que nos confundieran con el jabalí, hemos perdido el ritmo y el tiempo, y ya no podemos llegar al Carrascal ni siquiera al Alto del Rey. Así que seguimos un rato por un amplio camino forestal, abierto hace poco, tomamos el sol y volvemos por donde habíamos subido. Otro día será.

Qué bien levantan cabeza los trigos y cebadas recién nevados.

El llamado encinar de Unzué es un campamento de domingueros.

Hay mucha nieve en los Altos de Goñi.

Miramos con envidia la vertiente norte de El Carrascal, para ver de subirlo, por fin, de una vez por todas. Un día por la nieve, otro por los cazadores de jabalíes, aún no hemos puesto el pie en la cima.

Por la Vuelta del Castillo, que estos días parece la del Cemento, viene y va la gente, sorprendida por esta primaverilla.

Hace calor. ¡Algo mejor se estaba a orillas del Artusia!

NAVARRA, PELIGROSAMENTE SUCIA Y FEA

Ibamos a Lodosa y no podemos pasar porque «la tractorada» de este último día de febrero nos cierra el paso. Vuelve el coche de la guardia civil de tráfico.

—¿Esperamos?

—No sea que empiecen a palos con la guardia civil.

Hay que ver cómo está quedándose Villatuerta. Volvemos el coche y la vista.

Y, como en el mejor de los casos, llegaríamos ya tarde a todo, cambiamos de plan y nos vamos a visitar unos pueblos amigos, que los pueblos llegan a ser amigos como las personas.

Nos metemos por la carretera de Puente a Belascoáin, que podría ser la ruta que atravesara una finca noble entre pinares o una reserva de caza y pesca, encajonada entre el Perdón occidental y la cordillera que se levanta hasta las cimas del Axixuri y Espáraz.

Ya desde Unea vemos las primeras basuras, a orillas del Arga, ahora que todavía no hay golondrinas. La carretera da vueltas y revueltas, imitando al río que bordea, con respeto geométrico, los montes de Sarría. Unas nieblas desmadejadas suavizan los paredones de Echaauri.

Viñas apellejadas de Sotés. Pinos de Ecoyen. Castillo encantado por tanta soledad y tanta belleza. Pero al otro lado del cauce también vemos basuras. Tenemos encima el basurero controlado de Pamplona. El Arga, que viene espeso, corre rápido entre plásticos.

Vidaurreta, que es un pueblo faldero, está con las tripas de las calles recién abiertas y cosidas. Muchos tubos junto al palacio, frío de vida y arropado por la hiedra. La Playa está llena de miseria, y haría falta un rabión para acabar con ella.

Después de pasar el descuidado y desaseado balneario de Belascoain, algo nos alegra el puente de puntillas sobre el río y la iglesita del pueblo, sola y valiente sobre el alcor. El campo está verde en los llanos y vinoso oscuro en los ribazos, altozanos y colinas.

Desde Belascoain hasta Arraiza, cada saliente sobre el corredor que da al valle del Arga es un lanzadero de basuras. Pasamos un rato en Arraiza, que nos abre su ancha plaza y nos levanta su ciprés eterno. En Zabalza, que es todo un sereno mirador, hay restos de una obra reciente.

–¿Cómo no limpiáis eso, hombre?– le digo a un mocete que va en bici.

–Es de unas obras que hicieron.

–Pues, por eso.

El regato que baja de Ipasate no trae casi agua, pero ahí están las basuras, junto al puente, esperándola.

Ay, cuántos recuerdos en Otazu y Eriete. Y en el atrio y en el Ayuntamiento de Gazólaz.

En Cizur Mayor están comenzando una nueva urbanización. Vamos a ver cómo queda. La salida de la avenida de Belascoain es ya el colmo: basureros por uno y otro lado.

Y eso que hemos escogido un camino privilegiado, sin apenas tráfico, sin apenas población, con río entre montes y fuerte vegetación. Pero así, y mucho peor, está media Navarra. Fea y sucia de basuras, deshechos de obras, plásticos, bidones, letreros, papeles,

cubos sobrados y apestosos... Vayamos a Pikatua o a las fuentes del Urederra, a los sotos del Ebro o a los alrededores de cualquier ciudad, villa o aldea.

Casi todo poblado tiene su basurero aparente, un jardincillo al revés, que se cultiva día tras día. Las orillas de los ríos o de la carretera suelen ser los lugares preferidos. Si el pueblo está en un alto, no hay que romperse la cabeza: se tira desde allí la inmundicia, y santas pascuas. *Eta kito*. Y menos mal que aquel infame vertedero, que ardía, y olía a chamusquina, es hoy el vertedero controlado de Estella.

Para no hablar de los restos de cada temporada de caza, sobre todo en forma de cartuchos de mil colores, pero no sólo eso, sea en Enekorri o en Soracoiz. ¿No se podría, señor, a la hora de adjudicar los puestos, exigir algunas limpiezas posteriores? ¿Luego se quejarán de que los ecologistas traigan esa mugre a la plaza del Castillo!

A la ida y a la vuelta, dentro y fuera de Pamplona, vemos aquí y allí, sobre paredes de casas o de almacenes, sobre casetas abandonadas y sobre vallas, letreros de varios colores, agresivos y groseros, contra esto y contra aquello, contra presidentes de gobierno y ministros. Llevan ahí meses y años. Nadie los borra. A nadie parece importarle nada. Mátate durante años, pregunta y contesta en las Cortes, escribe a los alcaldes -¿eh, amigos de Oteiza?- y a los gobernadores. Total, para esto.

También el buen gusto, que era tradicional entre nosotros, sobre todo en el Norte, cuando se hacía o se arreglaba la casa, está en muchos sitios, por el suelo. Algunos conjuntos están destruidos ya para toda la vida. Otros van al galope hacia ese mismo final. El «chaletismo» ha destruido y está destruyendo no pocos ecosistemas urbanos y rurales, especialmente en las cercanías de Pamplona.

Y luego están los frontones y los polideportivos, feos muchos de ellos como silos, e incluso como demonios. ¿Todos los frontones han de ser como los de Erro y Eugui? ¿No podrían ser, al menos, como el de Ezcurra? ¿Y todos los puentes han de ser como el de Puente o el del Alto del Perdón?

La verdad es que la inmensa mayoría de nosotros de ingeniería y arquitectura entendemos mucho menos que los ingenieros y que

los arquitectos, pero de gustos, afortunadamente, no hay nada escrito.

Hablando de todo esto el otro día en Bruselas, le decía yo al Consejero de Medio Ambiente que la cosa no tendrá remedio hasta que en todas las comisiones de urbanismo, medio ambiente, entorno, o como se llamen, no haya un pintor y un poeta. Y no lo digo para colocar a mis amigos, ¡tan vagos ellos y tan al aire!

Navarra está, en gran medida, peligrosamente sucia y fea. Escandalosamente fea y sucia.

Además, estamos en el Año Europeo del Medio Ambiente.

DOMINGO DE RAMOS EN LEYRE

Llovizna en Pamplona. Agua persistente y vastísima.

–Como aquí no saldrá la procesión, podemos ir a Leyre.

–Vamos allá.

Cae el agua tibiamente sobre los sembrados, como con miedo de escacharrar las porretas de los herbales.

Desde Loiti oteamos un cielo alegre y lejano, entreabierto entre nubes albigrises de los Pirineos. Los chopos que guardan el Irati en el Solano de la Val llevan chaquetillas ligeras, verde y ámbar.

Los bojerales y encinares de El Juncal suben con nosotros a la procesión de los ramos. Las nieblas ocupan seriamente El Carasol y el espinazo de Arangoiti, y no nos dejan ver la marcha tupida de las hayas.

La Porta Speciosa de la iglesia de Leyre es una procesión desorganizada de santos, ángeles, demonios, monstruos, hombres, animales..., entre palmetas, siguiendo a Cristo y a la Virgen.

Dentro del templo nos dan unos ramos toscos de boj y vamos en procesión por el claustro del siglo XVIII, entre tallas barrocas y antífonas gregorianas.

Pueri hebraeorum...

Aquí no hay olivos ni olivastros. Pero toda la sierra de Errando, con el Fayar Castelar, Escalar y Paso Ancho, se suman a nuestro homenaje al Jesús vencedor de la muerte en este interminable recorrido de los tiempos

Gloria, laus et honor tibi sit...

La maravilla reposada de San Salvador se me hace hoy andante y procesional al ritmo del encanto gregoriano que viene y va.

Van hacia Oriente las naves románicas al paso lentísimo de la esperanza hecha piedra secular.

Palmas de piedra son las medias columnas con sus collarinos, sus cimacios y sus capiteles, con bulbos y volutas.

Pérgola de palmeras es la bóveda gótica que levantaron los monjes blancos, rematada en el escudo de Champagne y el caballo legerense.

De la cripta viene el rumor histórico del ventalle de los cedros visigóticos.

Ha dejado de llover. Desde la barandilla de la lonja vemos levantar la cabeza a las primeras margaritas.

El ventarrón loco de Leyre ahuyenta a la gente y alborota el agua del embalse sacándole varios colores a la cara: plata, grisciolo, líquen, cobrizo, añil...

Crece los pinos en los montes de Ruesta.

En Yesa los sauces, recién verdecidos, le hacen rizos al viento suave, que aquí se aplaca.

Hay ambiente en los bares.

Vienen y van los coches por la carretera.

Es Domingo de Ramos.

EL MONASTERIO DE LA OLIVA

No sabe uno qué nos traerá este cielo, medio marcerero medio abribeño: si agua, si nieve, si más nubes o si algún sol.

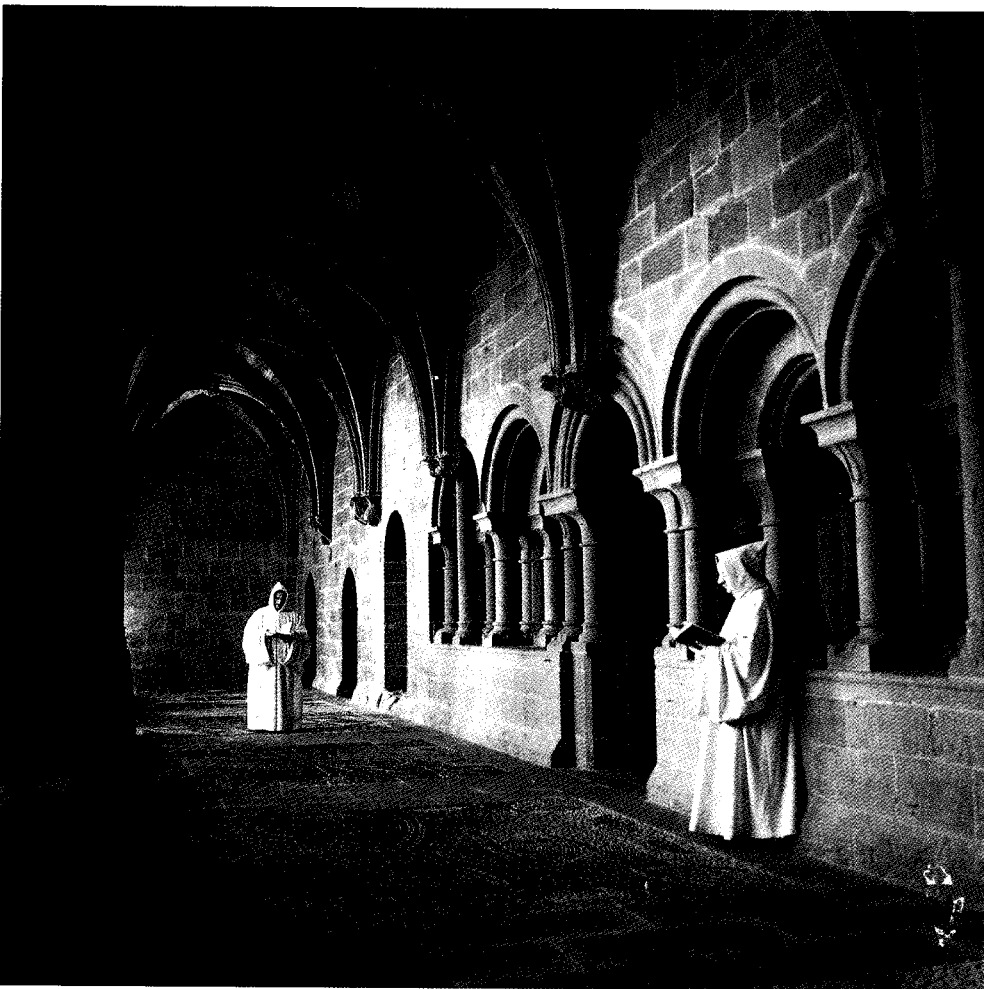
El Cidacos, denso. Los campos, verde norte. Las flores de la huerta de Tafalla, tan heladas, que apenas se dejan ver. Olite, cada día peor cercado. Pitillas y su espantoso cobertizo. Mérida en su mirador defensivo, sin memoria ya de su antiguo castillo, viendo cómo se derrama la primavera por la vega del Aragón. Bandadas de quinces, que algunos llaman gaviotas, siguen con alboroto a los tractores que remueven la tierra.

—Están los monjes en retiro— nos dicen en la portería, de donde ha desaparecido el veterano Hno. Zacarías, historia viviente del monasterio desde su restauración en 1927.

Nos metemos por una ventana entreabierta del renacentista palacio abacial, que están transformando en futura hospedería, con cuarenta habitaciones y dos comedores. Desde que se levantó el nuevo monasterio en 1974, era ésta una necesidad inaplazable.

Salimos a la huerta. Están los perales en flor, las abejas se agolpan en los ramilletes níveos de los cerezos, mientras los membrillos aguardan con las yemas abultadas.

Vamos a la habitación del P. Mariano, el abad. Es gordo y bueno. Y aragonés entrañado en Navarra. Y como todo gordo, cordial, y como todo hombre bueno, comprensivo. Al frente de la comunidad para tiempo indefinido, por especial merced, a él se



debe, en buena parte, la reforma y la renovación de la misma. Con la ayuda del Concilio, ha metido el monasterio en el siglo XX, en cuanto a higiene, sencillez, trato interno y externo, etc., que no es lo mismo que decir que haya metido el siglo XX en el monasterio.

—¿Y ese bastón, padre abad?

—Yo lo llamo «quita manías» -responde con guasa aragonesa.

En la habitación hay unos cuadros piadosos de los fundadores de la Orden. Un retrato del abad con el Papa. Unas cruces de hierro. Una mesa llena de libros.

Nos dice que tras la misa y la homilía transmitidas por la televisión desde el monasterio, hace un mes, ha recibido más de quinientos telegramas y cartas de agradecimiento, felicitación y consulta, hasta con relatos de conversiones.

—Para que luego digan.

Está contento el abad con los cuarenta y dos monjes, el mayor número de los últimos tiempos, cinco postulantes y tres novicios, más otras nueve peticiones que no han podido todavía ser aceptadas.

—Hombres de nuestro tiempo, seguimos siendo fieles a los principios de nuestra Regla: la oración, la austeridad, el silencio, el trabajo, el servicio alegre a la gente...

Desde la muerte del primer abad Bertrando (S. XII), los abades de La Oliva eran elegidos por el capítulo del monasterio, con el visto bueno de la abadía fundadora francesa de Scala Dei. Pero a partir de la segunda mitad del siglo XIV, la abadía recayó muchas veces en individuos ajenos a la Orden, o en monjes tan políticos como Pedro de Eraso, consejero de la Corte navarra, cuyas armas campean en las claves del claustro.

La situación empeoró todavía tras la unión de Navarra a Castilla, cuando el Papa concedió a los reyes castellanos el derecho de

presentación de obispos y otras dignidades. El nepotismo, la simonía y la avaricia lisa y llana hicieron estragos en una Orden nacida para reformar profundamente el monacato.

Señores feudales los abades de los propios monjes y de los vasallos y pecheros de los pueblos que dominaban, cortesanos y consejeros reales, presidentes de las Cortes y de la Diputación del Reino..., las desamortizaciones, con todas sus injusticias radicales, acabaron en 1820 y 1834 con aquella evidente degradación del primitivo espíritu del Císter.

-¿Qué diría tu antecesor Juan Pérez Pobladura, si te oyera? -le preguntó al P. Mariano.

Pobladura, oidor del Consejo Real de Navarra, nombrado abad por Carlos V, no sólo no quiso tomar el hábito, sino que escapó a la Cancillería real de Valladolid con un botín de 16.000 ducados, y desde allí tuvo la caradura de hacer a un familiar suyo vicario de Carcastillo.

En una pequeña dependencia junto al garaje y a la rudimentaria fábrica de mermelada, están automatizando la quesería. Acaban de poner el tanque pasteurizador y las cámaras para criar y conservar el queso. Con un olivo como marca comercial, piensan producir unos quinientos quesos semanales.

En la hospedería vieja, y fría, donde hace dos años, por estas fechas, comimos aquel sabroso potaje cuaresmal -aquí no se come nunca carne-, nos tomamos ahora, presididos por un cuadro de San José, un buen café y una copa. Y seguimos el paseo.

Han ensanchado la plaza de entrada a la iglesia y han hecho un jardincillo donde estaba la antigua tapia, contigua a las granjas que olían tan mal. Han plantado adelfos, cipreses y rosales. La nueva tapia no es de piedra del siglo XII precisamente, pero no es peor que la anterior. Al final del paseillo y al lado oeste de la pared han puesto una fuente, que trae las aguas del canal, con unos versos de Juan Ramón:

¿No era nada el agua? ¿Nadie?...

Han limpiado toda la parte exterior norte del claustro, donde estaban las dependencias de los servicios monacales, que ahora

pueden verse de cerca, aunque sean sólo sombra y figura de lo que fueron: el refectorio, el canal para la conducción del agua, la cocina, la hospedería, la sala de novicios o biblioteca... Durante un siglo fue esto cantería barata para las obras de los pueblos vecinos.

Seguimos hacia la primitiva capilla de San Jesucristo -por una talla del Crucificado que guardaba hasta la desamortización-, cuya cabecera reproduce la iglesia románico-gótica posterior. Aquí cerca estuvo emplazado el gran monasterio nuevo del siglo XVII. Por el suelo se hacían piezas arquitectónicas desde la fundación hasta hoy. Pensaron hacer con ellas un pequeño museo

-Pero nos dijeron que no merecía la pena.

Visitamos el cementerio, entre cipreses varios, donde descansan sacerdotes, monjes, oblatos y familiares.

A la salida vemos, entre «floridas» y flores de borraja, el pozo del hielo, que se hacía y conservaba con nieve y paja. Lo mandó hacer don Luis Aux de Armendáriz, descendiente de los marqueses de Cadreita, nacido en Quito, que acabó de arzobispo de Tarragona y virrey de Cataluña; tan bueno con los pobres, que hubo que pedir limosna para su entierro.

Y ya estamos en la huerta, donde los alberchigueros acaban de perder la flor. En los invernaderos no encuentro aquellas rosas que entusiasmaban al querido P. Tomás, aplastado meses más tarde por un tractor; falló la comercialización; ahora se dedican a verduras.

En la huerta hay espárragos, berzas, alcachofas, cardos, escarolas, borrajas... Los manzanos de las variedades reineta, golden y starking hacen pasillos entre sembrados de cebada y veza. Los monjes cultivan también diez hectáreas de viña, con bodega propia situada cerca del convento, mientras han dejado en arriendo los campos de cereal. Han alquilado las antiguas granjas de cerdos y

gallinas, y se han quedado con cuarenta vacas, que dan leche de queso y leche de beber.

Eran otros tiempos. Cuando desde aquel mínimo patrimonio inicial formado por las villas de Oliva, Figarol, Castelmunio y Encisa, que donó a los fundadores bigorrenses el rey García Ramírez, el cenobio navarro se había alzado con el santo y la limosna. Los favores de los reyes navarros y aragoneses, las donaciones de los fieles y la solercia y ambición de los abades habían hecho que la Oliva poseyese en señorío los pueblos de Carcastillo, Mérida y Murillo el Cuende; tuviera como pecheros los habitantes de Caparrosa y Cizur Mayor; gozara de encomiendas en Ejea y Andión, amén de iglesias sometidas a su jurisdicción y otras bicocas.

Los pleitos con pueblos y personas fueron interminables, hasta la supresión del monasterio. Todo terminó en pública y barata subasta en las dos fechas antes señaladas, después que los soldados franceses y navarros lo saquearan a su antojo durante la guerra contra Napoleón. En cambio, los pueblos de señorío y pechería, libres de la carga secular, vivieron una fuerte expansión.

Los cistercienses navarros, que llevaron su espíritu regular a cenobios como La Gloria (Huesca), Leyre -con luchas interminables hasta comienzos del siglo XIV- y Marcilla, acaban de fundar en Hornachuelos (Córdoba) el monasterio de Santa María de las Escalonias, con cuatro monjes. Y esperan ir pronto a crear el primer monasterio de Vizcaya, en Cenarruza, cerca de Durango, en una finca del obispado de Bilbao.

Es la hora de vísperas. En los bancos de la iglesia hay un grupo de jóvenes, de los muchos que visitan durante todo el año La Oliva.

Resuenan los salmos en castellano en las cinco capillas absidiales; ascienden hasta la bóveda de crucería borgoñona; acarician las rosas, los cálices de azucena, las sirenas y las figuras grotescas de los capiteles

*Haz de esta piedra de mis manos
una herramienta constructiva,
cura su fiebre posesiva
y ábrela al bien de mis hermanos.*

Salimos después a pasear un poco por las cuatro crujías del claustro amigo, entre una algarabía de gorriones, que uno no sabe bien si buscan acomodo en los cipreses del jardincillo o en la innúmera flora de los capiteles. Y hasta se puede dudar de que esto sea el alboroto de unos gorriones dicharacheros y no la greguería de los mil y un personajes escultóricos que andan de tertulia al atardecer: los lobos andantes, el ciervo y el lobo que luchan, el abad sedente, la sirena que se peina, la mujer atormentada en la caldera, el monje de la compuerta, el cazador del jabalí... Humanidad doliente y gozante de los siglos, a la luz de la primavera cuaresmal que se nos cuele aún por la cuadrícula verde del claustro monástico, por sus rosetones lobulados, por los maincles del alma entristecida y esperanzada!

El Padre Abad suele dar una palmada en un ángulo del claustro y se callan al momento los pájaros. Yo repito el gesto, y debo de hacerlo tan mal, que siguen piando como antes. Enigma, entre franciscano y cisterciense, que se le escapó al autor de *El nombre de la rosa*.

El cimborrio octogonal tamborilea los últimos soles.

Las rosas románicas de la portada hacen de ojos tristes de la tarde. Y cuando estamos a punto de dejarnos llevar por el canecillo cluniacense de la rueda de la fortuna, el Agnus Dei del tímpano nos enseña el Alfa y el Omega, Principio y Fin, al que el sol y la luna dan vueltas.

Se aprieta la tarde, resistente, entre El Sado, Larrate y El Hornaz. Todo el resplandor del atardecer del primer abril nos da en los ojos y nos llena de serenidad, como serenos están los campos de La Cerrada del Vicario y de La Val del Rey.

Es un cielo casi velazqueño, con unos borrones de nubes greco-nianas. Como si se hubiera convertido durante las vísperas.

No hay nadie en el ayuntamiento de Carcastillo. Un corrillo de personas hablan sosegadamente junto a la puerta de la iglesia. La larga nave cisterciense huele a incienso caliente de funeral.

Otro recuerdo, más mundano, del antiguo dominio del Císter en Carcastillo es el palacio del Abad, siglos XVI y XVII, con su galería ladrillosa de arquillos dobles y su balconada corrida.

—¿Qué hace ahí ese grotesco kiosko de música, echando todo a perder?

Está llenándose el bar de la plaza de Raimundo Lanás, en Murillo.

Qué bien resiste la intemperie el muñón de la torre medieval de Santacara.

La laguna de Pitillas es un pajizo carrizal, con unas pintas azulosas, en medio de una redonda era verde.

Definitivamente, se nos ha ido la tarde.

PESTES DE NUESTRO TIEMPO

(Tarde del Jueves Santo en San Agustín)

*Tres Jueves hay en el año
que relucen más que el sol...*

Hoy es el primero de ellos. El Jueves Santo era un día grande y claro cuando yo era chico y su esplendor me dura desde entonces. Además, reluce hoy también un sol pleno de primavera casi madura.

Huelen a Pascua los jacintos morados que hay en la plaza del Castillo, donde da vueltas la luz entristecida de la tarde. La calle Chapitela está casi desierta. Hay unos corrillos de gente en la plaza del Ayuntamiento: son turistas que esperan poder visitar la Casa Consistorial. Un pequeño revuelo de policías municipales y fotógrafos.

Suenan los clarines y salen once concejales con el alcalde, «en cuerpo de ciudad», precedidos de clarineros y maceros, y seguidos de la guardia de gala, con sus penachos verdes, y de la policía municipal. Paso ligero por la plaza y por la calle de Mercaderes. En las aceras y en la calzada, detrás de los ediles, algunos curiosos y devotos.

Pasamos por la calle Calderería, recién regada pero no barrida, maloliente, embadurnada de letreros políticos, groseros y matarife-riles, sucísima en el suelo y, para colmo, con obras.

Un numeroso grupo de gente que espera junto a San Agustín se añade al cortejo y entra en el templo, casi lleno.

El párroco, revestido de capa pluvial, agradece a la Corporación Municipal su presencia y recuerda brevemente la historia y el sentido del secular voto ciudadano.

La peste diezmaba a los pamploneses en los últimos años del siglo XVI. Un frailecico franciscano de Calahorra, con fama de santo, dio, por revelación divina, la receta eficaz: *«que haga imprimir tantos papeles como hay chicos y grandes en la ciudad, donde están las cinco llagas más y la corona de espinas, y que todos los chicos y grandes las traigan puestas en sus pechos quince días descubiertamente y que haga hacer una procesión como el Jueves Santo...»*

El impresor del burgo confeccionó los moldes para imprimir sobre papeles verjurados las efigies que ordenara el fraile. El día 27 de noviembre de 1599, quince días después, cesó la peste en Pamplona. Un año más tarde el Concejo ordenó que pasasen dichas insignias al escudo de la ciudad y las llevaran alcaldes y regidores. Hoy renueva la corporación municipal el «Voto de las Cinco Llagas».

La Capilla de Música de la catedral y el coro Jóvenes Intérpretes cantan un Miserere Romano, anónimo del siglo XVIII, y el *Inter vestibulum* de Cristóbal Morales, del siglo XVI, mientras la procesión de sacerdotes y ediles, tras el simulacro de las Cinco Llagas, da la vuelta al templo. Un concejal lleva la bandera de luto de la ciudad.

A la hora de la despedida, el párroco agradece de nuevo al Ayuntamiento su fidelidad a la tradición y vocea con energía, «en nombre de quienes no tienen voz», palabras muy sentidas de queja y de protesta: en el barrio, por las noches, «reina la anarquía». Otra peste, distinta de la del siglo XVI, pero peste al fin, se ha apoderado de esta parte de la ciudad. Los cristianos no podrán nunca renunciar ni a su libertad ni a entender la autoridad como servicio. El mensaje no puede ser más claro y directo. Tal vez le ha faltado

preguntarse por los grandes y lujosos «camellos», canalla malandrina, responsables, en buena parte, de la situación del barrio y que a estas horas se tuestan en las playas o meten más dinero en el banco.

Lo cierto es que la venta y consumo de droga, las borracheras, la prostitución, el robo, la burla a todo lo religioso, las mayores procacidades, el insulto y el asalto reinan en estas calles, que visito detenidamente poco después. Venir diciendo ahora que la sociedad es responsable, vía paro juvenil y otras injusticias, de lo que ocurre es perder el tiempo y encrespar más aún los ánimos, hasta que la seguridad no vuelva a estas calles y casas, y la gente no pueda vivir y hasta pensar tranquila. Y aquí están las puertas «kiskorradas» de San Agustín para quien quiera verlas.

Lo que pasa es que, como por aquí no viven «personas importantes» (*vip*), sino sólo ancianos y pobres, y pocos más, los diversos agentes de la autoridad no ponen más empeño. Aquí hay un cura valiente, pero no tiene, como en algunos barrios de Madrid, la ayuda de centenares de madres que, al ver morir a sus hijos por la droga, se rebelan y salen a la calle. Todo llegará, pero aún no ha llegado. En esta tierra, lo mismo que en lo que hace al terrorismo, hasta que no mueran muchos, la gente no reacciona. Muertes y más muertes. Tártagos y sustos de muerte.

Durante mi paseo posterior hablo con algunos policías municipales sobre el abandono de este barrio. Les pregunto por la última, casi única, redada policial de los últimos días

—Sí, algo se ha hecho.

—Otros dicen que es por las elecciones.

—Vaya.

Subimos por la Bajada de Javier, Compañía y Curia hacia la catedral, siguiendo el Ayuntamiento. En el atrio neoclásico la gente espera y toma el buen sol.

Nos recibe la dolorida y amorosa Dolorosa, negro y oro, entre claveles blancos, preparada para salir mañana por esas tristes calles de Pamplona. Y nos perdemos en la solemne y entrañable liturgia del Jueves Santo.

Al volver, hay por la calle Curia una procesión popular y desordenada de gentes que suben y bajan. En la Calderería ya están a pleno ritmo los bares habituales.

Huelen a Pascua los jacintos morados de la plaza del Castillo.

POR EL ARAGON HASTA LARRATE

Hoy ha roto por fin la primavera el huevo cenizoso del invierno y se ha puesto a andar.

El armatoste que han puesto a la entrada de Pitillas destruye toda la visión del pueblo, tan bello en piedras. Lo mismo podemos decir de Murillo, aunque aquí la piedra escasee más.

El Aragón viene verde de árboles y azul de cielo raso. No hay cuadro de pintor paisajista como este río que llega ahora:

*Arboles, hierbas y plantas
que en aqueste sitio estáis...*

Tomamos el camino de Gallipienzo, sucio de plásticos y otras basuras caseras (cáscaras de huevo, zapatos, vasijas, carritos), que bordea el pinar y el río. El Aragón está casi limpio y baja pando y distendido entre sauces, alisos y olmos recientes, álamos aún velludos y fresnos de hoja estrecha y nueva. Saltan algunos barbos en las aguas estiradas de los remansos. Un milano real sobrevuela la vega adormecida de sol.

Caminamos entre aliagas hace poco encendidas y romeros recios y lilazulados. La llamada presa de Carcastillo es un paraje casi idílico donde hay que detenerse bajo los chopos de hojas brillantes y pegadizas y mirar largamente el salto de agua, caballo fluvial y plúrime. Nos metemos luego por unos ribazos, entre pinos y ceba-

dales adultos y vamos a dar a un camino que nos lleva entre acequias viejas y nuevas, ahora sin agua. Está el campo recién llovido y todo es romero a nuestra derecha y nuestra izquierda. Intento retratar a un ruiñón bastardo, pero se me escapa.

Nos asomamos a una inmensa explanada, que arranca de las Bardenas de Cáseda y acaba Dios sabe dónde. Ventas y corrales, y a lo lejos las manchas blancuzcas de San Isidro del Pinar y Sofuentes. Nos cierran la vista la Sierra de San Pedro y la Sierra de Peña.

Subimos a la mesetilla de Larrate, que llaman Llano o Plano. Terraza fluvial cuaternaria, cubierta hasta hace años de pinos, hoy es ancho campo de cereales y algunos almendros.

Vamos un rato por la carretera de Carcastillo a Cáseda. Aprieta el sol. Los taludes septentrionales de la terraza mantienen los copudos y seculares pinares carrascos, a los que se han añadido otros nuevos, más claros y con flor más apagada. Conservan bien los suelos, resisten como nadie la sequía y el calor y son ricos en resina. Conviven con coscojas y enebros. Muchos tienen bolsas de muérdago, planta parásita que propagan los zorzales.

Entre los campos de trigo y el pinar, miles de lirios del campo están aún sin abrirse. Y, de nuevo, por aquí y por allí, basuras de todo tipo.

Bajamos del Plano atravesando la cantera de cascajo, o gravera, que muestra bien el origen fluvial de la meseta. Desde un pequeño cabezo vemos la masa terriblanquitejosa de Carcastillo, con la torre neogótica de ladrillo dominando suavemente el desordenado caseal. No se ven por ningún lado las tres torres del viejo castillo, que nos recuerda el escudo de la próspera villa.

Alto Allaurre, Santa Agueda y La Sierra, últimas vértebras del espinazo de la Sierra de Ujué, protegen del nortazo a Murillo del Fruto. La chimenea de la vacía tejería se alza al cielo, viril e impotente.

Dejamos a la izquierda el depósito de aguas. Allá abajo, apenas si se distingue el manchón parduzco de La Oliva. Cruzamos el

nuevo barrio industrial-conservero. Muchas granjas de aves y de puercos en terrenos donde aún rebrotan los espárragos. Polideportivo, escuelas, biblioteca, casas nuevas en forma de villas. Toda una confusión urbanística. La cigüeña sigue en su nido de la torre.

Al ir a coger el coche, miramos por última vez la primavera derramada sobre el llano aluvial, donde refulge la flor de ciruelos y perales y se hacen mozos los árboles de la orilla del río.

—Buena mañana.

—Buena, buena.

—¿Como se llama ese monte?

—No me diga, que no soy de aquí, aunque llevo muchos años viviendo.

—¿Cuánto se ha extendido este pueblo, verdad?

—Dígamelo a mí, que soy el constructor de todo esto.

—No hablemos más.

Al pasar el puente sobre el Aragón, se nos van los ojos a la derecha. Hemos visto de cerca la primavera.

ENTRE CIZUR Y BARAÑAIN

(Letrilla fácil para una tarde de otoño con luna)

Bajo los pinos,
cerca del puente,
nadamos juntos
contra corriente.

La luna llena
sobre tu frente,
llegué a tu luna
cuarto creciente.

Cizur huía
tras la pendiente.
Pasaba el tren
irreverente.

Los chopos, lívidos.
Venus, fulgente.
El río, sordo.
Los dos, ausentes.

DE LORCA A LA CRUZ DE VILLATUERTA

Pasada la muga de Mañeru, nos aparece la gallarda estatua medieval de Cirauqui sobre un lustroso jardincillo de colza.

Andan en Lorca cortando espárragos. Cinco hombres maduros repasan los caballones removidos a eso de las diez y media de la mañana. Trabajan en silencio y con prisa, y no nos atrevemos a interrumpirles

–Buenos días.

–Buenos días.

Dejamos el coche junto a un corral y seguimos por la carretera hacia Estella. Vamos por la orilla, entre cardos lecheros, mostazas silvestres y amapolas. Los herbicidas los han desplazado de su reino antiguo de los herbales.

Asun se retrasa un poco. Luego nos alcanza alborozada

–Este es el monaguillo.

–Ahivá, desde crío no lo había visto.

Se le saca al capullo del «fraile» las arrugadas faldas rojas y se le pone encima la cápsula del fruto de la amapola, como cabezuela

–Qué curioso.

–Qué bonito.



AÑO 1133

Nos cruza la Cañada Real de Tudela, por donde subían/bajaban los rebaños a/de la Sierra de Andía. Subimos unos cincuenta metros entre campos verdes de labor. Se despabilan las acederillas en los ribazos y se nos adelantan dos alondras. El cuco reclama lejos, sobre el quejigal.

Trepamos entre los quejigos enciniegos, que acaban de sacar la hoja, con los amentos aún colgando. Huelen los bojes a cuchara limpia antes de comer.

Llegamos a la pequeña cumbre de Maurien, que parece recordar a los moros y sus correrías fronterizas por estas tierras, y nos volvemos para admirar un paisaje bellissimo, de geografía exacta, de luz novísima, dentro del que se agolpan un puñado de pueblos pequeños a espaldas de Lóquiz, Urbasa y Andía.

—Vamos sin parar hasta la Cruz.

—Venga.

El cuco canta ahora más arriba aún. Un ruido áspero de alas y dos aves gruesas -tal vez tórtolas, perdices o palomas- se nos vuelan bajas y directas a nuestra espalda. Parece que no, pero la Cruz de Villatuerta está más lejos de lo que parecía.

—Siempre pasa igual.

Bordeando un joven pinar quemado, lleno de chamizos, rebrotado en quejigos, espinos y enebros, llegamos hasta la cima cónica, y el mejor premio es la risa de los vientos y de los espacios que nos regala la mañana de abril. Veo al cuco, blanquinegro y grisazul, volar desde el arbusto más alto y perderse.

La Cruz, ruda construcción encalada, de seis breves cuerpos ascendentes, fue levantada en aquel año movido y victorioso para las gentes de estos contornos que fue 1933, año también del jubileo oficial de la Redención. Unos años más tarde, la cruz blanca se tiñó con los nombres de los voluntarios carlistas de Villatuerta -todos los muertos fueron requetés-, víctimas de la guerra civil. Las aspas de San Andrés, cruz de Borgoña, están bien visibles y casi borrado el escudo nacional.

Estremece ver esta lista numerosa sobre estos campos, quebrados de trincheras y restos de trincheras de las dos guerras carlistas, entre Monte Esquinza y Montejurra. Hay dos hermanos muertos;

tres requetés del pueblo murieron en el aciago 10 de mayo de 1937. ¡Hace ahora aproximadamente cincuenta años!

La Cruz reparte paz y transcendencia no sólo a esta secular tragedia nuestra sino también a esta alegría juvenil que nos trae este impalpable embrujo de la primavera.

Se ve bien el caserío de Larraga, apelotonado junto al otero con pinos, y el espolón de Lerín verticalizado por la torre.

Muniain, Morentin y Dicastillo buscan el resguardo de Montejurra. Al otro lado, Irache, un día hospital de sangre, y Ayegui, recrecido bajo el Alto Redondo.

Estella se semiesconde entre el abrigo de sus montes circulares. Desde aquí es patente la estratégica importancia de esta plaza durante siglos. Por encima de la histórica ciudad levantan cabeza el veterano cerro castillar de Monjardín y el roquerío abrupto y engallado de Codés.

Da el pelotón del sol en los paredones de Lóquiz, bajo los que se acurrucan Ganuza y Ollogoyen. El Urederra, invisible, se abre paso rompiendo el espinazo de la cordillera. A su derecha se yergue Dulanz y tras él, ya en la Sierra de Andía, La Zalaya, Alto de la Trinidad, Mugaga, Zoyola, Artesa..., hasta cerrar el Valle de Yerri y el de Guesálaz en la tenaza de Peña Echauri y Espáraz.

Villatuerta, vista un poco de lejos, no parece tan desordenada. Andéraz, cerca del amplio caserío de Abárzuza, abre el escaparate de poblados montañoses: Iruñuela, Azcona, Arizaleta, Lezaun, Iturgoyen, Irujo, Arguiñano..., y allí, al final, Muniain.

Por delante, todo el feraz Valle de Yerri, desde Riezu hasta Bearin: huerto verde aluzado, cortado por carreteras y caminos, y separado del de Guesálaz por el Ubagua, el Salado y la cola azul del embalse de Alloz. Entre el verde agresivo de los cereales, el amarillo de los corros de colza, y el ocre pardo de los viejos pueblos, resalta, provocador, el tejaroj rojizo y nuevo del Monasterio cisterciense.

Hay por aquí y por allá unas mesas y unos bancos de cemento, a la sombra de los quejigos sueltos de la cumbre.

De vuelta, ya con más calma, admiramos los adonis vernaes que nos alegran durante todo el pasco con sus hojas lanceoladas y sus flores grandes y vivaces; según los sabios, son, además de diuréticos y sedantes, tónicos para el corazón.

—Parece mentira, pero me parece que los veo por primera vez.

—A mí me pasa igual.

Descendemos con brío por el quejigal y tornamos a la Cañada; pero sin ladear Monte Hermoso, llegamos, de ribazo en ribazo, hasta el barranco Maurien, ya seco, pero todavía húmedo. En su orilla derecha hay pequeños huertos con habales, frutales y algunos cardos fuera de juego. Abundan las pequeñas balsas, embalses o depósitos, de tosca construcción. Las cardelinas revolotean, rítmicas y vistosas, entre los chopos lombardos. Huele a flor de espino. Vemos las primeras rosas caninas o flores de escaramujo. Los sauqueros no han abierto aún los ojos.

Descansamos un poco en un bosque de quejigos. Tienen estos parientes pobres del roble un tronco atormentado, con líquenes de color óxido, la hoja tierna y la copa alta. Cantan amorosamente las alondras y las currucas. Cualquier trozo de bosque es hervidero de vida: suben y bajan las hormigas, discretas y diligentes; tientan las hojas, cautos, unos gusanillos verdes; repica metálicamente el carbonero, y nos miran ilusionadas las humildes verónicas azulclaras y las celidonias de cera amarilla. No nos moveríamos de aquí.

Vemos por encima del bosque las primeras y más altas casas de Lorca. Por el linde de un sembrado y pisando con tiento llegamos al punto de partida.

Más nos hubiera valido volver por el pueblo. Toda esta parte del bosquesillo es un vertedero, ya viejo, donde se amontonan restos variados de muchos años de construcción y basuras nuevas de toda especie. Una miseria. Una más.

Mañeru tiene su entrada oeste cercada de ziapes. En Puente ya está la cigüeña casera sobre el nido del silo.

EN PEÑALEN

El mirador defensivo y terroso de Miranda, sobre el Arga. San Salvador de Falces, el único vigía montañoso que nos queda en estas tierras de frontera histórica. Los vestigios del castillo «La Atalaya», por el que revuelan los manes de Mosén Pierres de Peralta. El Arga, domesticado en canal desde Falces hasta Funes, a donde llegamos, entrada la mañana, en este primer domingo de abril que se esfuerza en ser primaveral.

Dejamos el coche a la entrada del Camino de los Almendros. Pero por aquí no hay almendros sino ontinas, retamas, tomillos, escambrones, sobre suelos yesosos propicios a la erosión y al fraccionamiento. Un letrero municipal nos pone sobre aviso al comienzo del paseo: «Agricultor: cuida tus caminos. Sino (*sic*) serás sancionado con 5.000 pesetas».

Subimos por un sendero que se mete en el pinar de pino carrasco, llegamos a la carretera de Rincón de Soto, la dejamos después de un rato y avanzamos por un sendero que se pasea horizontal por la loma sobre el frondoso valle que el río ilumina.

Lo primero que ven y miran los ojos es la vasta y verde llanura aluvial entre los ríos Ebro, Aragón y Arga: los choperales ambarinos, los prados de maíz y trigo, los frutales floridos, los caballones



de las esparragueras... Desde aquí, Marcilla, Caparroso y Villafranca son como alquerías. Peralta, sin embargo, aparece un pueblo alargado y crecido bajo sus tres boinas verdes de pinos, ahora fortaleza industrial más que defensiva, con color blanco y ladrillo de villa rica, que manda un río hecho canal para que los de Funes lo canalicen todavía más.

Los dos pueblos, que han vivido hasta ahora del regadío, han cambiado el curso del Arga, lo han puesto rígido como si fuera una cuerda. Desde aquí se ven bien los brazos fluviales muertos de los antiguos meandros, anegados y palustres ahora, mientras el nuevo cauce canalizado pasa seguro y recto como un desfile.

Funes fue en tiempos pueblo fortaleza frente a los árabes invasores que seguían el curso de los ríos. Por una parte lo defendía el Arga y por otra su famoso castillo, de cuyos «tenentes» sabemos los nombres desde tiempos de Sancho el Mayor.

La villa fue incendiada por los castellanos en la guerra de 1378 y sus habitantes tuvieron que ir a vivir a Peralta. Pero sobrevivió con fortuna.

Funes no es aquel pueblo estrecho y amontonado, con sus 170 casas, distribuidas «en una calle larga y varias callejuelas con una mala plaza», como lo definía Madoz a mediados del siglo pasado. Hoy Funes se ha descongestionado y se ha puesto a vivir más holgadamente a ambos lados del Arga, con la ayuda de un puente seguro, ahora nuevo. En la orilla derecha ha surgido todo un poblado, donde coexisten casas pluri y unifamiliares, naves de conserveras, escuelas y campos de deportes. No es que sea un modelo de urbanismo, pero peor se estaba antes en el racimo histórico colgado sobre el río.

En los senderos que recorremos entre los pinares encontramos una y otra vez larguísimas procesiones de procesionarias, larvas que se alimentan de las hojas de los pinos. Van de un lado para otro, ocupando todo el camino, pequeños vagones semovientes, lentos más que la Renfe, rítmicos, disciplinados, eficaces.

Triscando como podemos, nos asomamos a la parte sur del barrancón de Peñalén, hecho de cortados y bancales de yeso y

arcilla, terminado en el desafiante espolón blanco que planta cara a quienquiera que venga de la vega verde.

Aquí, desde entonces llamado Barranco del Rey, fue muerto el rey Sancho, nieto de Sancho el Mayor, el día 4 de junio de 1076, despeñado por sus hermanos Ramón y Ermesinda en una jornada de montería. Tenía 36 años. Había visto morir a su padre, el rey García, en la batalla de Atapuerca, cuando apenas tenía catorce años. A la muerte de Sancho el de Peñalén, los reyes de Castilla y Aragón se repartieron nuestro Reino.

Es la primera vez que vengo a este lugar. Miramos fascinados la suave conjunción del Arga y del Aragón, que hacen un leve delta de arena fina junto al Soto Chopar. El Aragón llega verde marronoso, con aguas de nieves y lluvias recientes. El Arga trae la color verde parduzca, de tanta contaminación aguas arriba de Puente, aunque en los últimos kilómetros se recupera mucho.

El Aragón se queda con el nombre, por ser el más viejo y el más fuerte, aunque no el más navarro, y ya, más robusto aunque menos puro, baja con mayor ímpetu a desahogarse en el Ebro. Tamarices, álamos, mimbreras y chopos lombardos acaban de echar sus plumas verdes.

Ahí cerca, sin que nadie sepa dónde, existió una villa importante, documentada ya a fines del siglo XI. En el XIV comienza a llamarse Villanueva: «*Sobre la riba de la Peina, que le dicen Peinalén o Villanueva*», escribe el Príncipe de Viana. Fue puerto fluvial, al que llegaban cargamentos de Zaragoza, Tortosa y Valencia. Se extinguió a comienzos del siglo XV.

El itinerario nos indica volver sobre nuestros pasos, llegar hasta el Corral de la Facería caminando un rato por la Cañada Real, bajar hasta el río por el Camino del Soto y seguir hasta el pueblo viejo.

Pero el lugar es tan privilegiado, está abriéndose tan cálidamente la primavera, y es tan sosegador ver juntarse las aguas de dos ríos a la espalda del precipicio regicida, que no nos movemos de aquí y nos quedamos un largo rato mirando la mañana, mientras despuntan las flores lividorosáceas de los tomillos y se contonea sobre las ruinas imaginarias de Peñalén un milano negro.

Retornamos al fin entre pinos carrascos de repoblación y cipreses exóticos, entre procesiones de procesionarias.

Dejamos a nuestra izquierda el monumento al Sagrado Corazón, hasta donde sube en picado un viacrucis con estaciones de hierro, y la contemporánea ermita de Nuestra Señora de Portegado, que da incluso nombre a candidaturas municipales. El activo párroco don Ambrosio Eransus dejó bien visibles estas tres huellas: todo muy 1961.

Pasamos encima del cementerio, mal cubierto de cipreses y mal cuidado. Muchos carnarios nuevos, que llenan, como ya va siendo costumbre, casi todo el terreno. A unos metros del camposanto, dos fallas de terreno están llenas de coronas y de flores viejas y podridas. ¿Cosas de Buñuel? Cosas de Funes. Tristes cosas.

Bajamos hasta el coche. Toda esta entrada/salida del pueblo necesita una urgente renovación. Aquí conviven alguna casa nueva, cuevas abandonadas, casuchas, corrales, almacenes, gallinas, vacas, un borrico, ruinas, deshechos y azulete. Quien vea todo esto y no vea más puede pensar cualquier cosa. Hay que levantar los ojos a la torre de ladrillo de la iglesia de Santiago, con sus cinco cuerpos cúbicos decrecientes, sus arcos ciegos, su cornisa moldurada con bolas de remate, su airoso cuerpo poligonal y su aguja cimera.

En Peralta, pueblo rico y sin paro, están tomando el aperitivo. El jardincillo nuevo junto al río está hecho un primor. Pasamos el puente y echamos a correr.

DE CARDETE AL HOSPITAL DE GRACIA

Vamos oliendo a flores de retama por la autopista.

–Ya sabes que son buenas contra neumonías y bronconeumonías.

–No lo sabía.

Se van apagando las flores de la colza y plateándose las cebadas.

En Huerta Mayor, junto a la carretera, hay unos amplios invernaderos.

–¿Qué tienen dentro?

–De todo: tomates, pimientos... ¿Quieren pasar?

–Luego volvemos, si andamos bien de tiempo.

Hace calor. Dejamos el coche a tostar en un descansillo de la carretera a Murchante y nos metemos por el camino de las Hoyazas u Hoyaras. La acequia o río Carra trae agua abundante proveniente del Canal de Lodosa.

–¿Vamos bien hacia Cardete?

–¿A dónde quieren ir?

–A la balsa.

–A la estancia.

–Eso.

–Pues todo derecho.

–Gracias.

Están rastrillando los campos para sembrar maíz. Las viñas ya tienen el fruto salido.

–Pero ligar es otra cosa.

–Claro.

Ya nos pasábamos, hacia Campo Bajo, cuando el mismo señor, que pasa en un coche, nos hace señas de que volvamos y vayamos por la derecha.

Así es. Llegamos a un tupido carrizal, donde están enverdinándose los carrizos *-lezkas* llamamos en mi pueblo-, que sustituyen a los viejos. En las orillas y en el borde derecho del camino crecen altas unas hileras de cañas. El agua está azul y tranquila. La pequeña laguna endorréica que existió sobre el terreno aluvial y cuaternario fue agrandada para las necesidades del regadío, si bien algunas roturaciones posteriores han ido mordiéndole por el sur.

–La llenan del Canal todos los días -nos dice un hombre al que acompañan dos hijos preadolescentes, chico y chica. Los tres esperan, nerviosos, tostados de sol, a que alguna carpa pique el anzuelo. Son de Ablitas y a los chavales les gusta la cosa.

–Ahí acaban de coger una carpa de seis kilos.

–Mucho es eso.

Pero así es. Hablamos un rato con los afortunados pescadores, que son de Tudela.

–Si no se la lleva nadie, la echamos otra vez.

–¿Ah, sí?

–Venimos por afición. Muchos hacen lo mismo. No son buenas pa comer.

Continuamos entre los estridentes cantos de los carriceros comunes y carriceros tordales, que así reivindicán sus territorios caseros y amorosos, recién llegados de su invernada en Africa.

Siguen rastrillando la tierra para sembrar el maíz. Los melocotoneros acaban de perder su flor rosada. Por los ribazos y orillas del camino vamos viendo lenguas de perro, hierbas canas, dientes de león y las flores escotadas de las malvas.

Pasamos junto a un corral grande. Hay un hombre sentado en un pequeño poyo de piedra, junto al borde de la balsa.

—Buenas.

—Buenas.

—¿Eso es un corral?

—Así es.

—¿Es de gente de aquí?

—De gente de Salazar.

—¿De usted?

—Entre otros.

Hablamos un poco del negocio de la cría de corderos y me quedo dudando de si nos conoce o no. Parece un poco frondío, pero es seguramente un hombre listo. Salacenco.

Es fácil andar entre campos de labor, árboles frutales y piezas preparadas para el maíz. Ontinas, hinojos y escorzoneras.

Bordeamos la balsa, donde siguen, dale que le das, los pescadores que vimos antes.

—¿Ha habido suerte?

—Poca.

—No se hable más.

—Y ustedes, qué, maestros?

—Algo parecido.

Salimos hacia Huerta Mayor por el camino de las Hoyazas. Llevamos a nuestra derecha al pobre río Queiles, que llega tan

mermado a Tudela que lo meten bajo calles hasta que desemboca o se desmaya en el Ebro.

Estamos en la plaza nueva de Tudela cuando los músicos de la banda suben al kiosko para el concierto del sábado.

En el Hospital de Gracia (de Nuestra Señora de Gracia) visitamos a un amigo que lleva muy dignamente sus años de ancianidad y de viudedad. Pasamos por pasillos largos y lustrosos, visitamos las sencillas y bien aprovechadas habitaciones y salas de estar, con flores y cuadros de la Virgen. Saludamos a la comunidad de religiosas, entre ellas a una roncalesa, pequeña, toda nervio y simpatía, que es la decana. Tiene esa sencillez luminosa de quien acumula la sabiduría singular de conocer miles de vidas humanas a la hora de la verdad.

Paseamos un rato por la huerta, llena de árboles, verduras y flores.

—Son salvias.

—Ah, gracias.

Nos lo dice un anciano que anda por allí. Nos chiflan esos macizos, de varios colores, en medio del jardín.

Alrededor son todo huertas. Bien se ve que esto estaba en las afueras de la ciudad hace muchos años. Por encima de los terrazgos sacan la cabezota algunos de los monstruos que han destruido, en buena parte, la belleza antigua de Tudela.

La superiora nos abre las habitaciones para que veamos las buenas obras de pintura y escultura que guarda la casa, entre las que destacan unos deliciosos lienzos de Berdusán.

Subimos luego al trastero, donde recorreremos una exposición no expuesta de cuadros y tallas de segundo y tercer orden. Me gustaría

que alguien de buen gusto estético revisara, si no lo ha hecho ya, estos deshechos, algunos de los cuales conservan aún el poder de seducirnos.

Es la hora de cenar en la Residencia.

Contemplamos, a la penúltima luz del día, los alisos del Ebro recién enverdecidos.

Recordamos en silencio dolorido a Paco Alava cuando pasamos junto a la casa de Arguedas contra la que chocó el día de jueves santo.

Y despedimos a la tarde en la fronda de la ermita del Soto, en Caparroso, donde hay una fuente difícil y donde unos mirlos, que andan recogiendo, nos tocan por última vez sus dulces flautas sostenidas.

EL YUGO DE ARGUEDAS

Tiende la niebla mañanera un acueducto de ilusión entre la Sierra de Tajonar y la Sierra de Alaiz. Y, mientras los labradores cogen a chorros espárragos en las subterráneas acequias de los caballones, a la piel del campo le salen margaritas, amapolas, mostazas silvestres...

Está abierta de par en par la recién reforzada y restaurada iglesia de San Esteban, de Arguedas. Huele duramente a pintura nueva. Luminoso siglo XVI en las bóvedas del cielo estrellado. Retablos rococó del XVIII. ¡Si no estuviera ese Cristo tan repintado! Todo vida y color natural son, en cambio, esas pinturas del altar de la Virgen del Rosario.

—¿Por aquí se va a la Virgen del Yugo?

—Por aquí, todo derecho, y luego a la derecha.

Apenas vemos gente por el pueblo.

—¿No es hoy el día de la romería?

—No, hombre, que fue ayer, segundo día de Pascua.

Subimos atravesando las seculares defensas de Arguedas: barrancos mogotes y cortados de yeso, que la erosión despelucha.

–Parecen pastelotes de hojaldre.

–Un poco más duros.

Por un carretil indecente, entre viñas, olivos, campos de cereal, romeros y retamas, llegamos a la basílica de la Virgen del Yugo.

Un hombre riega unos arbolitos jóvenes a la entrada con una manga que saca de un camión cisterna.

Está el «virgenero», que así se llama en castizo, o ermitaño, o santero, limpiando los cubos de la basura, llenos del día anterior, día grande. Pero la basura no está sólo en los cubos sino en muchos metros a la redonda, que el clásico viento bardenero redondea todavía más.

–Por ese camino, sí. Y luego, todo derecho.

Oímos el estrépito de los aviones que hacen ejercicios de tiro en el célebre polígono.

Comenzamos a andar por el Camino de la Sierra, donde encontramos pronto un horrible chiringuito que han construido las Peñas de Arguedas para pasar allí un rato o varios días. Está revestido de cal; hay otros de ladrillo cara vista. Junto al camino hay una pantalla de televisión hecha añicos, somiers, basuras, cartuchos... lo ya habitual en toda la geografía navarra. Cubren la loma de la Sierra del Yugo –*jugum montis*– pinos carrascos de repoblación.

Siguen dándole los aviones. Vienen y van veloces. Se meten entre las nubes pardigrises y luego los vemos reaparecer mucho más lejanos de lo que el fragor deja entender.

La mañana está un poco brumosa y se pierde la vista más allá de La Estroza y del Cabezo del Buitre.

La Bardena llamada La Blanca es desde aquí un escenario entre lunar y de película de Samuel Bronston. Saladares blanqueados,

entre cabezos y barrancos, que la mano lenta pero implacable de la erosión ha ido recortando de las terrazas fluviales cuaternarias y de los glaciais a ellas vinculados: Candévalos, El Trillo, Las Cortinas, Tres Hermanos, El Bercho...

Algunos sembrados periféricos junto a los desiertos de arcillas y sales.

Dejan los aviones el humo de las bombas huecas sobre los cogotes de Tres Hermanos.

—¿Que si están acostumbráos los de estos pueblos? ¿Pero qué es lo que votaron cuando el referendum de la OTAN? Pues que se chinchén, tú.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Hombre, tú, mucho.

—¿Qué tiene que ver la OTAN con el polígono de tiro, que se hizo mucho antes?

—Ya está visto, hombre, no te digo...

Cruzamos el Camino del Portillar y subimos hasta el altozano de El Cuerno, cerca del vértice geodésico, donde nos sentamos viendo pasar los cazas españoles y norteamericanos, abrirse las nubes bardeneras y brillar la Bardena salitrosa al sol. Eran otros tiempos cuando escribía yo en mi *Cancionero Bardenero*:

*En las Bardenas Reales
no quiero ver más aviones
que perdices y aguiluchos
y calandrias y gorriones.*

Sin bajar hasta el Corral del Cuerno, atravesamos un campo de almendros y por el último tramo del Camino del Portillar, que bordea un barranco recién llovido, salimos al Camino de la Solana, que rompe una suave vaguada hasta la basílica. Dejamos a la izquierda un corral-colmenar. Por el camino encontramos almen-

drales, unas pocas viñas, olivares mal cuidados, pero sobre todo mostazas silvestres, que aquí llaman «floridas», blancas y amarillas; unas flores blanquidoradas y olorosas, cuyo nombre no conozco, y lo que en mi pueblo llamábamos «uvicas del Señor». Cojo unos ejemplares para enseñárselos al santero. Por la ligera pendiente de la Sierra que acabamos de dejar baja un muchacho con un perro.

Se nos escapan casi de los pies cogujadas o cogulladas cresteñas y levantan su robusto vuelo un poco más lejos las calandrias reales.

Ya no oímos los aviones.

—Es la hora de parar. Se acabó el ejercicio de tiro.

—¡El experto!

—Algo se aprende, mujer, después de tanto leer y hablar del famoso polígono.

El «virgenero» sigue limpiando los cubos y la cosa ya va buena.

Le enseñó las flores.

—Que no sé o. Paicen floridas.

—No, floridas son éstas.

—Que no sé, ¡que yo no ai estudiáu estas cosas!

Vamos a ver la basílica de la Virgen del Yugo, que tiene su hermosa e ingenua leyenda como todas las Vírgenes locales. La iglesia está también abierta de par en para para la limpieza. La portada superpone períodos y estilos, ladrillo sobre piedra, terminando todo en un óculo y una espadaña. Como haciendo juego con los caprichos naturales de La Bardena.

Restaurada hace unos años, conserva bien la nave gótico-renacentista de comienzos del XVII, y el crucero y cúpula levantados

una decena de años más tarde. Los prestigiosos escultores de Tudela poblaron la basílica, a finales de ese siglo, de retablos barrocos, ricos y coloristas, pero excesivos para mi gusto.

Sobre todo este derroche de color y decoración reina, demasiado restaurada, Nuestra Señora del Yugo, adolescente aún, y ya tan serena y entera, con un Niño alegrón en el brazo izquierdo. Está hoy rodeada, tras la fiesta, de claveles, azucenas, aves del paraíso y flores de espino local.

Yo le digo aquella jota de mi *Cancionero*:

*Qué guapa tienes la cara,
Virgen del Yugo, de Arguedas.
Con esos ojos de cielo
llenas de luz las Bardenas.*

La antigua casa del ermitaño ha sido sustituida por un edificio rectangular, adosado al templo, en cuyos bajos está el bar y unas largas salas con bancos para peregrinos y visitantes. Allí hablamos con la «virgenera», santera o ermitaña. El matrimonio vive en Arguedas y sube al Yugo los sábados y domingos y algunos otros días señalados.

—Mal día hoy; igual, el peor del año, ¿o qué?

—Bueno, ya hay otros días malos, ya.

—Mucho jaleo ayer.

—Mucho. Mucha gente.

—Eso es bueno. También para los «virgeneros».

—Pa todos.

Nos dice que vienen muchas excursiones de colegios.

—¡Con ese camino!

—Pues ya ve usted, dice el alcalde que eso no es cosa suya, que la Telefónica, que puso esas antenas, lo tié que arreglar.

–Pero de Arguedas viene gente, ¿no?

–La mayoría

–Pues entonces... Una coca-cola

–Yo otra.

–Y otra.

–Coca-colas no hay. Se acabaron ayer. Hay cervezas.

–Pues tres cervezas.

Hablamos con los ermitaños sobre el pueblo. Dicen que las conserveras fracasaron y que la gente tiene que ir a Tudela, a Cadreita, Castejón y a Valtierra a trabajar.

–Este es un pueblo pobre.

–Y va bajando mucho, pero que mucho.

Al volver, entre olivos, viñas, campos de cereal, romeros y retamas, nos paramos cuando divisamos la aguja de la torre dieciochesca y los restos del castillo medieval, que se asentaba como un nido de cigüeña sobre la escarpada roca que guarda el caserío.

Arguedas, poblado en la edad de hierro, y aldea indígena en tiempos romanos, según muestran las excavaciones de El Castejón, fue castillo fronterizo y famoso de los moros, conquistado por el rey Sancho Ramírez en 1084. La fecha marcó época en la datación de los diplomas reales. Ocho años más tarde, el rey le concedió fuero y el disfrute del monte real de La Bardena.

La neblina blanquea y difumina la reverdeciente ribera del Ebro. Hoy no podría escribir aquello de

*¿Quién ha visto en este mundo
en unos palmos de tierra
el Ebro y el Pirineo
y el balcón de la Bardena?*

Las casas baratas de los años cincuenta ocultan las cuevas habitadas hasta entonces, que aún recuerdan los hallazgos prehistóricos de El Castejón.

La mañana, de primavera tímida, revienta de color en un rodal de lirios morados que crecen junto a las casas de la carretera.

LA TRINIDAD DE ARRE

Llueve que da gusto en este 14 de junio de 1987.

Por la Calle Mayor -hasta hace poco la única- de Villava vienen y van los fantasmas electorales de los últimos comicios, bajo la lluvia que cae para todos.

La lluvia ayuda al Ulzama a pasar bajo los arcos rebajados del puente de la Trinidad y a dar los dos saltos de la presa, echando espumarajos por la boca desdentada, entre los carrizos.

La gente sacude los paraguas en el atrio de la basílica, donde hay misa mayor con un solo cura en el día grande de la fiesta anual. Pero canta la Coral de Villava la misa «en honor de la Inmaculada», del maestro Goicoechea, y uno cierra los ojos y se acuerda de las fiestas grandes de su pueblo, con mucho incienso, dalmáticas rojas, corros en el atrio, toda la gente mudada, y pollo en la cazuela.

No llueve al salir, pero está desapacible y, una vez repartidos los saludos, subimos al primer piso con balcones, donde nos dan unos aperitivos sólidos y líquidos. Al mal tiempo, buena mesa. Los cantores y cantoras son los más activos, que bien se lo merecen.

Saludo a la Comunidad de Hermanas de la Sagrada Familia, que cuidan del culto, atienden la hospedería o albergue y crean ese,



casi respirable, ambiente de espiritualidad alegre, sencilla, peregrina, que atrae a muchos peregrinos por la vida interior. Hay unas habitaciones para quienes quieren pasar aquí algunas jornadas de recogimiento.

En una salita contigua está el archivo de la secular Cofradía, que se ha revitalizado en estos últimos años con el pomposo nombre de Sociedad Benéfico Cultural de Amigos del Camino de Santiago y del Hospital y Basílica de la Trinidad de Arre.

Si no hubiera llovido, el aperitivo lo hubiéramos tomado en el patio o jardín, que da paso a la huerta. Está lleno de cerezas, fresas, rosas, azucenas y otras golosinas jardineras.

—¿Qué hubiera sido entonces de las cerezas?

Pregunto esto mientras me chirrió las manos y las mangas de la americana cogiendo cerezas del árbol.

—Te estás poniendo los zapatos como un pato.

—Buen pareado.

En la huerta hay de todo, desde alubias verdes a perejil. Por un camino de barro blando, puestos ya los zapatos en faena, me acerco a ver la cabecera románica de la iglesia, el ábside reforzado con contrafuertes, y los canecillos lisos que soportan todo el alero del tejado.

Por una escalera exterior de piedra, dentro del jardín o patio, entramos en la planta alta del antiguo hospital o albergue. Es un edificio de origen medieval, planta rectangular, muros de mampostería de piedra sin concertar, revocados de yeso en su interior, cubierta a dos aguas, formada por pares de madera con medias cañas de yeso, y teja árabe, sostenida por grandes tijeras de roble. Todo, probablemente, del siglo XVII.

El reciente almacén se va transformando, poco a poco, gracias a las ayudas de los cofrades y devotos en un largo dormitorio con algunas camas y rudimentarios lavabos que hacen juego con el solado de yeso, con sus desconchados y ondulaciones.

Tienen los activos responsables de la Sociedad un ambicioso plan para convertir los 171 metros cuadrados en toda una hospedería santiaguense, y lo han presentado así en todos los escalones de la Administración, incluido el mismísimo Consejo de Europa.

Por lo poco que sabemos, ya existía este hospital en el siglo XVI. Tenía doce camas y lo cuidaban dos hospitaleros. A los peregrinos que volvían de Santiago enfermos los llevaban a caballo hasta Roncesvalles.

Varios centenares de peregrinos pernoctan cada año en Arre y participan, si lo desean, en el desayuno de la Comunidad. No sé si les sirven también cerezas.

Cuando todo parecía llegar a su fin, Clarita, una de las hijas de la que fue durante cincuenta años dueña de «El Ventorrillo», nos lleva a su casa a recordar antiguas degustaciones que hicieron las delicias de las buenas gentes trabajadoras y honradas de Arre, Villava y alrededores.

—Aquí venían a comer y a jugar muchos obreros de La Papelera— nos dice doña Petra, mientras nos enseña el vestíbulo, los pasillos y las habitaciones.

Era entonces Villava centro fabril papelero, como sigue siéndolo, y capital del Sindicato Católico Libre, que aquí tuvo su sede española. En el Libre casi todos eran carlistas.

—¡Ay, cómo está este relleno, doña Petra! Como para comerse los dedos.

Pero este desgraciado, que apenas probó bocado por tener que probarlo luego, es indigno de describir, y más aún de analizar, las delicadezas culinarias del actual Ventorrillo en la fiesta grande de la Santísima Trinidad.

—Esto no es un aperitivo, Clarita, esto es un colmado.

Cuando salimos, llueve de nuevo. El Miravalles es como un gran paraguas verde. El puente, que destruyeron los carlistas, según la memoria popular, pasa de puntillas sobre el Ulzama.

POR AMESCOA ALTA

Vamos por el longo corredor de Améscoa, bajo el tejaro de la Sierra de Urbasa, del que se desprendieron durante los siglos las tejas rocosas, sobre las que crecen ahora carrascas, hiedras, saúcos y matorrales.

A derecha e izquierda hacen alta guardia permanente las hierbas de San Gerardo, las brancas ursinas falsas, los perifolios bordes, los gordolobos y las angélicas.

Hace un calor primerizo cuando llegamos a Aranarache, sitiado todo de rosales, con casas fuertes y renovadas, subiéndose por las faldas bajas de la Sierra. Una señora nos mira, escamona, por detrás de una ventana.

Salimos por la carretera hacia Larraona. Hay un recodo con nogales frondosos y en frente una granja rodeada de olmos jóvenes que tapan un letrero que dice: «OTAN NO».

—En mal sitio lo han puesto.

Los ribazos están vivísimos de margaritas, cerrajas, barbas de cabra, hierbas de Santiago y escorzoneras. Pasan dos o tres coches mientras el sol se nos derrama a placer. Al llegar a la Muga, dejamos la carretera y seguimos hacia el cauce del Biarra, entre una gloria de madreselvas, cuajaleches, campánulas azules y valerianas.

–Está el campo como nunca.

–Ahora es el tiempo.

Saltamos en seguida la primera langa.

–No hay más remedio.

–Cuida, que te cazas el pantalón.

–Ya está.

Comenzamos un paseo inédito, en un ambiente romántico de sol y sombra, robles albares y peludos, arces, algunas hayas, espinos, pudios, enebros, madre selvas y rosales silvestres. A veces salta un herrerillo, a veces vuela un arrendajo.

Vemos la estampa blanca de Larraona, último pueblo navarro, recostado en torno a la iglesia románico-gótica de San Cristóbal, y nos metemos por un sendero que corta el barranco Amasobe, entre el Amasu de Arandarache y el Amasu de Larraona.

Después de pasar junto a un corral grande y abandonado, perdemos el sendero y seguimos andando por el barranco, hasta que, no pudiendo seguir más, lo bajamos en picáo hasta el suave ruido del Biarra, que se agacha bajo un puentecillo de maderos, que retiemblan al pasar.

–Pasa sin miedo, hombre.

Pasamos y nos refrescamos despaciosamente manos y pies en el agua fría y aliviadora, llena de cabezones, de este riachuelo tan desconocido, que se escapa, por excepción, del mundo subterráneo fluvial formado en los hondones de la sierra de Lóquiz, entre el Arnaba y el Castillo. Luego le puede la querencia tribal y se mete bajo tierra en medio del Valle.

Seguimos ahora el cauce hasta que, no lejos de las ruinas del molino de Arandarache, nos encontramos en un callejón de bosque sin salida. No encontramos el «camino sobre la margen izquierda».

–O nos metemos en el río o tenemos que volver.

¿Estaba el río seco cuando los autores del itinerario recorrieron el lugar?

–Pues igual.

No es cosa de arriscamientos. Así que volvemos por donde hemos venido. Bueno, esta vez sin triscar por el despeñadero, seguimos al Biarra, que ha ido cortando el paredón margoso del Amasu, donde tal vez anidan algunos alimoches.

Este es un lugar verdaderamente idílico y puro, que bien merece un día entero de regocijo.

Oímos un lejano cencerro de vaca pirenaica suelta.

Están los trigos aún sin madurar en Aranamendi y en San Cristóbal. Queremos salir por algún sitio a empalmar con el camino del itinerario que vuelve por Carriabide, pero no hay manera. Menos mal que nos animan y nos solazan las orquídeas bifoliadas, los corazoncillos, las cincoenrama, los tréboles encarnados, las correhuelas blancas y rosiblancas, y de nuevo las madreselvas.

—Por cierto, no hemos visto un alma.

Pasan dos o tres coches. Vamos despacio, las camisolas a la cintura, desceñidos y flojos.

En Aranarache encontramos el auto hecho una brasa. Hay propaganda de EA por las paredes. Huelen a vida las rosas de Pitiminí. Me cojo un ramillete, ahora que la mujer de la ventana —pienso— no me mira.

Eulate me parece más extenso aún y más florido. Han remozado la casa consistorial. Toda Navarra está en obra, terminadas y sin terminar, a la hora de cambiar de alcaldes.

Baja hoy el sol como hacha del mundo.

Bebemos agua, cómo no, de la fuente de San Martín.

—¿Y ahora hasta Pamplona?

—¡Qué le vamos a hacer!

A LAS ORILLAS DEL ARAQUIL

Dejamos atrás Izcue y Artázcoz. Artázcoz es un breve conjunto documental de palacios, torres y casas, donde hay que detenerse un buen rato y recorrerlo despaciosamente, de espacio en espacio.

Han arreglado las calles de Izu y están rehaciendo y reluciendo las buenas casas del siglo XVIII. Bebemos en la fuente nueva, que es vistosa pero no bonita, un agua que sabe a antigua de lo rica que está.

Llegamos a la orilla izquierda del Araquil, que viene ya cansado desde los montes de La Burunda, con ganas de rendirse al Arga, al que le limpiará la piel en Ibero. Baja suave y plácido, recogiendo en su tersura toda la belleza lánguida de la tarde de junio.

Pasamos por un camino romántico, mientras en las playas verdes de la otra orilla, las famosas playas de Asiáin, levantan unas familias la tienda provisional de esta tarde de vacaciones y se van hacia los coches. Quedan unos chicos rezagados, correteando en las choperas, y una adolescente, muy consciente de sí, tiene los pies metidos en la corriente del río mientras expone la cara al penúltimo sol.

Aquellos chopos suizos todo ámbar de la primera primavera están maduros de color verde y hacen aspavientos cuando el aire les revuelve las hojas verdiblanas.

Hace unos años ensancharon el cauce para hacer el Araquil menos peligroso y está la orilla cortada casi a tajo. El río está ahora corto de aguas tras las primeras sequías de mayo y deja ver unas largas losas lisas, como esas de los viejos lavaderos de pueblo, por donde se resbalan los ojos vespérales. Triscan unos barbos un poco más arriba, sobre los pozondis.

Se siguen y persiguen los chicos al otro lado, y la niña de los pies desnudos en el agua se levanta con majestad de Venus incipiente y vestida, y desaparece entre los árboles.

Los chopos de la orilla izquierda, airosos y esforzados, invitan al silencio de la pradera enredada y a la intimidad sombría. No nos resistimos al embrujo. En unos minutos de eternidad concentrada desabrochamos el último misterio de la tarde y todo estalla en gozos vegetales y sobrehumanos. Junto a unos lirios cárdenos que acaban de desflorarse. Entre toronjiles y mentastros.

La tarde primaveral que el Araquil empuja nos recuerda aquella tierra recreada que cantó Aleixandre:

*La tierra conmovida
exhala vegetal
su gozo...
Verde rubor, hoy boga
por un espacio aún nuevo.*

Están las ortigas mayores, con sus espigas buidas y los péndulos de sus flores, guardando los bordes del río, junto con los zarzales en flor aún cerrada y los sépalos a punto de anteabrirse. Reinan en el aire los cinco pétalos rosados de los escaramujos o *astolarosa* (rosas de burro).

A los dos lados del camino se pavonean las amapolas, en sus últimos esplendores rojos, y brillan, más modestas, las potentillas y los botones de oro, que atan luces dispersas y descosidas. Tras la grama de las boticas y las espiguillas, comienzan a florecen las cabezuelas de los cardos comunes, empiezan a secarse las viboreras y sacan sus dulces agujijones las sanículas o hierbas de San Lorenzo.

Por el ribazo que sostiene los altos campos de trigo ya granado campan las acederas de hojas carnosas y táctiles, los racimos de los cuernecillos, las arvejas silvestres, los briosos corimbos de las mil-hojas. Las salvias de los prados abren sus cróticos labios azules.

Las correhuelas o «malas hierbas» –¿por qué malas?– se agarran al santo suelo del camino.

Veo otras plantas pequeñas florecidas y delicadas, cuyo nombre no conozco, y las llevo conmigo a ver si los libros me dicen su nombre y no los olvido más.

El río sigue diciendo su fluvial canción a quien va con él, a quien le escucha. No sabemos ya escuchar a los ríos. Trae el Araquil frios y soles, ruidos y rumores de las industriosas zonas del norte y de los hortelanos recorridos posteriores. Trae sobre todo el perenne paso de la vida que no cesa.

Están ensanchando el puente de Asiain a Izu, como ya en su día nos anunció la alcaldesa del primer pueblo. Han echado abajo el viejo frontón para hacer más fácil el acceso. Están poniendo la nueva superestructura encima de las viejas e intemporales pilas y estribos, pero, como era de temer, ya han cometido la fechoría de destruir dos arcos en cada uno de los extremos para conseguir el mismo nivel de la carretera. «Nadie ha protestado por ello», ha declarado la joven y simpática alcaldesa. ¡Como si sirviera de algo protestar tras la demolición! En todo caso, yo protesto desde aquí.

Pasamos por Izu, con demasiados humos de urbanización tal vez. Y luego por Artázcoz, antiguo de piedras y hiedras, bellissimo de siglos y de atardecer.

HACIA BENTARTEA Y ARNOSTEGUI

Va a hacer calor y salimos pronto de Pamplona, apenas Dios amanece. Subimos por Erro. Hay grupos de excursionistas en Espinal y algunos coches en la explanada de Roncesvalles.

He subido a Ortanzurieta siempre con nieve y ahora la echo en falta. Nos paramos en Lepoeder, bella palabra que dice la verdad. Desde este cuello pirenaico vemos las bien erguidas cabezas de los montes de Francia y España, del País Vasco legendario, histórico y actual.

Por una senda que sube a Astobizkar –lomo de burro– vuelven unos jóvenes madrugadores. Por el viejo Camino de Santiago dos familias francesas, muy deportivas, vienen hablando francés. De los pelados lomos del burro montañoso se desprende un reguero de esquistos.

Un pastor con boina, sentado al volante de un «jeep», habla con otro paisano, también con boina. Como vemos ovejas lachas por todas partes, preguntamos a los dos hombres si son los dueños.

–Este– dice riéndose el del «jeep».

El de a pie se sonríe también, y no sabemos si la respuesta va en serio o no.

Son de Burguete y tienen el rebaño en terrenos de Valcarlos.

–¿De carne o de leche?

–Según. Depende.

—Claro.

Cuando hace mal tiempo, los rebaños se refugian en las hondonadas. Y en pleno invierno los llevan a Francia. Hablamos luego de precios, y ya se sabe: el trabajo es mucho, los pastores y ganaderos ganan poco, y la gente compra la carne muy cara. La culpa es siempre de los intermediarios que, además, no nos oyen.

Atacamos el viejo camino, hace poco ensanchado y rudamente arreglado, con trozos de tubos de alcantarillado al aire. Laderas cubiertas de brezos y árgomas. Hayas y algunos serbales de pajareros o cazadores a un lado y otro, sobre un horizonte de hayedos y halderíos, rojizos de brezales y marrones de helechos tostados.

Las hayas se arrancan de las pendientes rozando casi el suelo para luego erguirse en busca del sol. La nieve las cubrió y torció cuando eran sólo plantones, pero resistieron la prueba, se hicieron mayores y ahora son las amas del lugar.

Esta es una de las dos rutas tradicionales de salvar el Pirineo.

Es la vía romana (Burdeos-Astorga), a la vez llamada de Napoleón, porque fue ampliada para transportar la artillería del mariscal Soult.

Muchas de las hayas están desmochadas por el hielo y por los rayos.

A la altura de Menditxipi nos encontramos con dos peregrinos o excursionistas franceses que, bien equipados, nos preguntan por Roncesvalles.

—*C'est pas loin. Neuf ou dix kilomètres à peu près.*

—*Bonne journée.*

—*Bon voyage.*

En Iturapurre hay un aska fea con agua. En la ladera se aprietan unas ovejas cansadas y sudorosas, en una especie de aprisco abierto, con marcas azules sobre la lana. Un poco más abajo, una chabola nueva. Al otro lado del camino, las ruinas de un

pobre edificio, que más que una «Elizacharra», como aún se llama el paraje, parecen haber sido de una choza de pastor o refugio de montañeros.

Caminamos al pie del Txangoa, cubierto en su cima de pastos, como todas las cimas de los alrededores. A la del Leizar-Ateka un rebaño le pone un alto collarín gris nieve y jugueteón.

Bajo la guardia altiva y ceñuda del Meatze y del Mendimotxa, verdea la vallonada feliz de Valcarlos recorrida por el Luzaide. Los tejados de los caseríos de Gaindola son bolitas de ese generoso serbal de pajareros que es Valcarlos, bien enraizado en su tradición pero extendido y madurado en el espacio del ancho y alto Valle. Al fondo del telón geográfico-histórico, el picacho de Autza y el circo de Iparla.

*Pasan las montañas y más altas peñas,
los profundos valles y angostos estrechos*

subrayaba el *Cantar de Roldán*.

Al llegar a Bentartea —ruinas de la antigua Venta entre ortigas y cardos—, seguimos hacia Leizar-Ateka, pirámide de pastos, toda escalada de rebaños. Las mugas 199 y 198 limitan terrenos pizarrosos. Pasa un «jeep» con varios soldados que recorren los territorios fronterizos. Se asustan unos pájaros de cola blanca y delantal barroso.

Vemos una casa blanca a lo lejos y algo más allá unas cosas que se mueven. Son coches que suben por la carretera que viene desde San Juan de Pie de Puerto, desde donde viene también la vía romana.

Volvemos hasta el collado de Arnostegui o Iriburrieta, mojón 205 de la frontera con Francia, punto final de la carretera francesa.

Regresamos por el lado oeste de la cordillera, sobre le barranco Etxasakese-Txangoa, entre hayas, abetos y algunos cipreses Lawson. Un largo vallado, difícil de pasar, separa los terrenos de

Valcarlos de los del Valle de Aézcoa. Las vacas pirenaicas, trigueñas, levantan la lira de su encornadura al oírnos: caras cortas, cuellos musculosos, grupa angulosa.

Desde Menditxipi nos detenemos a mirar el abanico cerrado de montañas que no nos libra del resoplido de fuego que nos pega este sol de vacaciones prolongadas. Por un lado, Lindux, Solepo, Adi, Isterbeguy, Argintzo. Por el otro, Urkulu, Mendilaz (volcado sobre la cuenca del Txangoa), Orión, Mendizar Mozolo, Malgorra, el gigantón del Ori, la sierra partida del Abodi hasta el escarpe del Agibel sobre el Irati, y, más lejos, Barazea, que saca hacia Francia su cabeza redonda.

Nos cae el sol tan a plomo, que apenas hablamos una palabra hasta llegar a Lepoeder. Nos paramos a la sombra de las hayas. Alguien recuerda el wodka que se hace con los frutos rojos de estos serbales. No nos quita la sed tal pensamiento. Nos cruza el «jeep» del pastor que vimos al principio, y se sonríe como diciendo: ¿a dónde irán estos paletos?

—Adiós.

—Adiós.

Vemos la Colegiata desde lo alto, desde el viejo camino que baja entre flechas amarillas pintadas sobre las piedras. Este era el primer «monte del gozo» en el Camino Jacobeo español.

En Ibañeta hay coches, y corros de gente. En recuerdo de la ermita-hospital, que existía ya en 1071, se levantó en 1965 una capilla pirenaica y un monumento a la memoria de Roldán, que por aquí hizo sonar su olifante pidiendo auxilio, muriendo después de intentar destrozarse su espada Durandal contra el suelo. Aquí también, según la *Guía del Peregrino*, plantó Carlomagno una cruz al abrir con hachas y martillos la ruta para entrar en España.

Bebemos largamente de la fuente, que nos trae el invierno recogido en el Guirizu.

—Pura nieve.

—Ya no vamos al bar.

En el primer recodo después de pasar Burguete, hay un grupo de personas y un caballo blanco. En el Alto de Mezquíriz la gente se sienta ya a comer.

No nos quitamos la sed en todo el día.

LA NOCHE DE SAN JUAN

Hay varios pueblos en Navarra para escoger dónde celebrar la noche de San Juan.

Escogemos Alsasua y los pueblos de alrededor que viven la fiesta.

Está la tarde un poco sosa. Una capa ligera de calima se echa sobre la sierra de Aralar y sobre la de Satrústegui.

—Es el calor.

Llevamos poca ropa. Echarren luce banderas de rosas y en Echarri Aranaz han construido unas casas que le están haciendo cada vez más feo. Huele a hierba cortada.

Como tenemos tiempo, vamos por la atiborrada carretera de Guipúzcoa. La dejamos pronto y nos entretenemos por las faldas del Balankaleku, donde el vientecillo blanquea los alisos y miles de florecillas nos alegran los ojos. Como ha llovido estos últimos días, unos regachillos de juguete saltan aquí y allí.

Queremos ver salir al Ayuntamiento hacia la ermita de San Juan. Ya ha salido: dado un rodeo, lo cogemos justo cuando enfila la calle que lleva el nombre del santo, antes carretera de la estación. Van los txistularis delante y el alcalde y los concejales detrás. La gente está a un lado y al otro, y los sigue a distancia.

Hay que dar ahora una vuelta larga, por el corte de la ya famosa variante, pero la mayoría vamos por el alcorce, siguiendo el trayecto antiguo, y llegamos a la campa de la ermita antes que los ilustres corporativos.

Hay mucha gente en la campa, sobre todo gente joven. El Ayuntamiento entra, sin detenerse, en la ermita.

La ermita de San Juan está encaramada en una terraza sobre el río Alzania. Tiene unos recios muros de sillería, techo de madera cubierta de teja y portada por el lado sur con un arco rebajado y moldurado. El interior es oscuro, rasgado sólo por unas pequeñas saeteras. La cabecera de la ermita, hacia el este, está pavimentada con piedra de Urbasa y cerrada por una balaustrada de madera. Desde su peana preside San Juan Bautista, con un ramo de flores en la mano derecha. Desde aquí no veo bien qué flores son.

La ermita anterior a ésta, que fue construida en el siglo XVI, debió de ser la iglesita parroquial de una aldea llamada Saratsu o Saraso. Cerca corría la calzada romana que fue destruida hace unos años en unas obras de infraestructura.

Hoy los ruegos del suelo están cubiertos por helechos y las paredes rústicas revestidas con ramas de fresno. El Ayuntamiento y los oficiantes pasan la balaustrada y los demás nos quedamos de pie. La misa de la víspera de San Juan es bella de textos y cantos y la homilía me parece espléndida.

Después de la misa se enciende la hoguera en medio de la campa de la ermita, en un corro donde no crece hierba hace muchos años. El fuego nos hace volver la cara. Se apoya la tarde suavemente sobre la pequeña cordillera que va de Sietenkolarre hasta Arnabarreta, pero la niebla ya está ablandando la crestería de Urbasa.

—Luego hará frío.

—Y yo con esta camisola.

Ahora hace calor de fuego. Cuando las llamas se apaciguan un poco saltan tres muchachos una y otra vez sobre la hoguera. Los

demás aplaudimos en corro ancho, pero nadie los imita. Comienza a sonar el txistu y los jóvenes bailan alrededor.

Poco después, siguiendo al Ayuntamiento, bajamos hacia la casa del ermitaño, unos hablando y otros bailando.

Mientras bajamos, me cuenta el secretario algunas tradiciones alsasuarras en el día de San Juan. Hasta hace poco los vecinos echaban a las llamas de las hogueras los ramos secos de las hierbas buenas de San Juan («*San Juan belarroak*»), espigas de trigo y rosas secas, bendecidas el año anterior. Puestas en las ventanas, balcones, puertas y habitaciones de las casas, las habían protegido contra toda clase de males. Mientras se quemaban, la gente saltaba sobre ellas, como si saltase sobre los males vencidos.

Mejor se conserva la tradición de las enramadas. Los mozos colocan ramas de fresno —que quiere decir simpatía, admiración o afecto— en las puertas o ventanas de unas mozas, y ramas de chopo— que quiere decir antipatía, calabazas o rechazo— en las de otras. También para las primeras valen flores y plantas cogidas en ventanas, huertas y jardines. El sol, que el día 24 sale bailando, encuentra Alsasua más verde y alegre que nunca. Es la fiesta de «San Juan Verde».

Junto a la casa del ermitaño la comitiva se para y el alcalde nos da vino en una tacita de plata. Como Emilio acaba de ser reelegido, el trago se convierte en un brindis sanjuanero y municipal. Pero hay que beber de prisa, porque la taza tiene que repartirse mucho.

Desde allí llegamos a la plaza de los Fueros, llena de gente. Lucen aquí algunas de las mejores casonas de la villa. Junto al kiosko está la barrica de vino que pone el Ayuntamiento, y volvemos a beber en tazas de plata. Algunos todavía reparten trozos de bacaláo crudo para estimular la sed. A mí me lo da un amigo, y la verdad es que me entran ganas de beber, pero ya no están las tazas.

Siguen los jóvenes bailando. Subimos a visitar la nueva casa de cultura, que da a la plaza, que es una casa hermosa de ver y un trabajo digno de admirar. Y luego nos vamos de bares un rato, porque todo el mundo tiene hoy compromiso de abadejada.

Encendidas las hogueras interiores, vamos a ver los exteriores, que cada barrio enciende cuando se hace oscuro. Cada uno quema lo que puede, y todo el mundo salta, canta, baila, ríe, jalea y aplaude.

De Alsasua volamos hacia Urdiáin, que hace también romería a la ermita de San Juan, en el camino de Aitziber. Vemos una hoguera en la parte nueva –y fea– del pueblo, junto a la carretera, pero no parece haber aquí mucha animación.

Así que seguimos hasta Arbizu, que celebra asimismo romería a la ermita del santo, una ermita grande, restaurada, con pórtico cubierto y atrio-prado con cercas. Celebra además las fiestas patronales.

Todo el pueblo está lleno de letreros y banderolas. Que en el pueblo han «barrido» los nacionalistas, radicales y menos radicales, se ve a la legua. Recubre el balcón del Ayuntamiento un letrero escrito en tela blanca: «*Jaiak bai, Borroka ere bai*» (Fiestas sí, lucha también). El conjunto musical le da al rock duro. Bailan un grupo de mocetes y mocetas. Otro grupo menos joven mira y conversa en los bancos. Apenas se ve gente mayor.

En un chabisque del mocerío, grande y abierto, que tal vez es habitualmente un garaje, otro letrero proclama: «*Trasladorik ez. Errefuxiatuak Euskadin libre*» (No a las extradicciones. Los refugiados, libres en Euskadi). Por si algo de doctrina faltaba, otro letrero, no muy correcto, campea de un lado a otro de la calle mayor: «*Gazteok indartzen borroka. Herria askatzen*» (La lucha fortalece a los jóvenes, libera al pueblo).

Recorremos despacio la bonita, una pizca excesiva tal vez, calle mayor de este pueblo-calle, de este pueblo-jardín, incendiado salvajemente durante la ocupación francesa y vuelto a reconstruir. Hay una hoguera apagada, y casi siempre barrida ya, cerca de cada casa. Se adelantaron, por lo visto.

–¿Sabéis que estoy heláo?

–Ya te lo han dicho en Alsasua.

—Déjame el jersey, anda.

El antiguo palacio de cabo de armería ya no impone respeto sino que parece él mismo asustado de tanto ruido y tanta democracia callejera.

Van y vienen por el barrio de los restaurantes grupos de jóvenes.

Por fin llegamos a Huarte Araquil, otro pueblo en fiestas. Tuvo ermita de San Juan, ya no la tiene, pero la iglesia parroquial está dedicada al santo. Todavía están saltando los chicos en una hoguera abierta al final de la calle mayor y hay corros de adultos cerca. Pero la mayoría del pueblo ya está cenando. Y, por si acaso, vamos nosotros también a cenar, que son cerca de las doce.

Cenamos muy bien, entre gente joven gritadora y bebedora.

Vamos luego a bajar la cena, como dicen los filósofos locales, y recorreremos las dos calles tradicionales de la bastida de Huarte, bien iluminadas de luz blanca y muy bien cuidadas.

Después nos perdemos en la noche tenebrosa y mágica de San Juan.

Sueño por la noche que me asomo a la ventana a ver crecer el fresno que me han plantado hace poco.

CAMINO DE SANTIAGO

Viejo Camino de fe
de la Europa peregrina.
Guía segura y doctrina
de la Cristiandad a pie.
Contigo voy. Y no sé
de dónde vienes rezando
ni a dónde vuelves cantando
con tu concha y tu bordón.
Camino del corazón,
lo tuyo es ir caminando.



EMPEZAR POR NAVARRA. ACABAR POR EL MUNDO

Pueden pasarse las vacaciones, por qué no, en casa o fuera de casa, sin moverse un palmo del sitio. Y pueden aprovecharse las vacaciones, en cualquier estación del año, para viajar. Ahora está de moda ir en avión a lugares lejanos y a ser posible exóticos, para poder contar después las pocas cosas que se han visto y oído. No entro ni salgo en cuestión de gustos, modas y preferencias, pero pienso que para viajar hay que prescindir, en lo posible, del avión, y, en lo posible también, de los viajes organizados.

En avión no se viaja, estrictamente hablando, a no ser que el avión haga posible el viaje. ¿Cómo viajar, por ejemplo, a América, sin coger el avión? En avión se va y se viene, se sale y se llega, pero viajar... Viajar es hacer camino, viendo, oyendo, hablando, deteniéndose.

Los viajes organizados, tantas veces necesarios por la dificultad o lejanía del viaje, cortan, como se sabe, muchas posibilidades de iniciativa y libertad en el viajar.

Me refiero aquí sobre todo a los jóvenes. Los mayores, si es que ya no estamos cansados, nos cansamos pronto y somos un poco raros. Nos gusta demasiado la tranquilidad. Nos gusta la mesa, la buena mesa, la sobremesa.

Por miedo, por costumbre o por falta de imaginación, elegimos sitios cómodos, cercanos, y algunas veces los que están de moda, porque nos gusta que nos vean y porque nos gusta seguir siendo importantes incluso en vacaciones.

Con frecuencia, en vez de aprovechar el tiempo para conocer gentes y tierras, llevamos con nosotros las gentes que nos acompañan todos los días y las costumbres de nuestra tierra, que nos parece la mejor del mundo. No solemos estar para trotes, ni para «perder» mucho tiempo, y menos para estar mirando el diccionario mucho rato.

La verdad es que, si pasar unos días de vacaciones nos ha costado tanto tiempo y tanto esfuerzo, no vamos ahora a amargar la vida a quienes disfrutan en el monte y en la playa el merecido descanso hablándoles de los cuernos de la Luna. Cosas de idealistas y de señoritos a destiempo.

Nada más cierto y respetable. Pero ahora hablo de viajes.

Eran los tiempos en que no teníamos un duro ni esperanza de tenerlo. No teníamos coche. A veces nos quitaban el pasaporte. No estábamos en el Mercado Común ni en la OTAN. Y, sin embargo, íbamos de aquí para allá, viajábamos siempre que podíamos. Eramos jóvenes. Viajar era para nosotros otra señal de identidad y de rebeldía. Tan importante como leer y pensar.

Tengo entre los mejores recuerdos aquellos viajes en auto-stop, en tren-stop si terciaba, y hasta en barco-stop, por dentro y fuera de España, de camping en camping, de albergue en albergue, con el bolsillo lleno de direcciones, para poder pasar la noche y echar algo al colete. A veces nos fallaban los planes y las brújulas, pero siempre había un banco en la estación, un río seco bajo un puente, un corredor de convento o unas camas en la «*Salvation Army*».

Así conocimos España y parte de Europa y Africa. Así nos entusiasmos con la pintura y la escultura. Así vimos las primeras buenas películas. Así conocimos tierras, libros, gentes, proyectos. Así fuimos haciéndonos hombrecitos y hasta «ciudadanos del mundo», que era cosa grande.

Hay que ir pocos y bien avenidos. Los viajes, sobre todo cuando son largos y duros, son una prueba de fuego de la mejor amistad. Un examen de fin de carrera.

Hay que preparar bien el viaje. Dejarlo todo a los guías es uno de los mayores disparates. Un buen mapa y un poco, al menos, de

geografía e historia, de ilustración sobre lo que va a visitarse. Es como viajar tres veces.

Hay que conocer un poco la lengua que sirva. Con el inglés se va por todo el mundo, pero no es malo aprender algo la lengua del país. Diez palabras en la lengua propia se agradecen más que cien en la lengua del imperio lingüístico.

Hoy el auto-stop es mucho más difícil. Pero las posibilidades de viajar bien y barato son mucho mayores. El tren es muy bueno en casi toda Europa. Luego hay incontables albergues, campamentos, casas de juventud... con tal de prepararlo todo a tiempo. Hay centenares de encuentros, intercambios, cursillos, semanas, festivales, jornadas, cursos de lenguas... en todas partes y con toda clase de posibilidades, con tal de que no se vaya sólo a hacer el gamberro.

Basta con un poco de audacia y de buena suerte. Y en la juventud casi siempre se tiene.

Hay que ir, claro, con ganas de ver, oír, aprender, asimilar, intercambiar. No hay pueblos mejores y peores, aunque en algunos sitios las cosas estén mucho mejor que en otros.

Empezar por Navarra: claro, pero no quedarnos siempre aquí.

Conocer España: por supuesto, pero conocer también otros países.

Recorrer Europa, pero sabiendo que los europeos somos lo que somos porque recorrimos y recorreremos el mundo.

Israel, Grecia y Roma son tres lugares que hay que conocer pronto, entre otras cosas, para conocernos a nosotros mismos, pero también para mucho más. Portugal está a un paso y es parte de nuestro todo. Francia es un país bellissimo y es nuestra puerta hacia la mayor parte de Europa. Europa va desde el Atlántico hasta los Urales, desde el Artico hasta Malta y Chipre. El norte de Africa nos queda muy cerca, aunque no sea recomendable en verano para los que somos pirenaicos. Y qué suerte poder entrar en Asia o saltar hasta América. Para la mayoría es más difícil pero a los veinte años todo está a la altura de la mano.

Un buen viaje es tanto como una asignatura. A veces casi una carrera. Sólo que sirve, nada menos, que para vivir.

BAJO LA SIERRA DE LOQUIZ

(De Ganuza a Zufía)

Huele a cerdo. ¿Por qué el olor a cerdo ha de ser un mal olor?

Huele a tarde de julio y animal casero.

Hay en Ganuza tres calles longitudinales y una transversal, más una pequeña plaza. La restauración del caserío se ha hecho deprisa. Sauces, chopos y acacias adornan el cauce del Arrazuri, ahora con poca agua, que nace en la fuente de San Paulo, en Lóquiz, y da de beber a varios pueblos de la zona.

Dos mocitas están sentadas cerca, junto a una fuente. Subimos a ver las últimas casas del pueblo. «Atención al perro» dice un letrero. El perro nos llama la atención y nos vamos.

Un camión llena toda la calle. El camionero se empeña en que vayamos a la ermita de Santiago.

—Desde allí se ve media Navarra.

—¿Y cómo vamos?

—Desde Ollogoyen, por un camino que sube a la Sierra.

La iglesia dedicada a Santa Eulalia, está fuera del pueblo, como casi todas las del Distrito. Como casi todas, fue construida en el siglo XIII y remodelada tres siglos más tarde en estilo gótico-renacentista. La puerta y una pequeña ventana nos recuerdan bien el tipo cisterciense de la primera construcción.



Dan las cinco en la torre, como con sordina. Encima de la espadaña hay un racimo de altavoces.

Ganuzza es, de estos pueblos, el más cercano a las Peñeras de Valdeallín, farallón continuo de roca caliza, parte de ese balcón de almenas y torres naturales con que la Sierra de Lóquiz se defiende en casi toda su extensión. Dos curvas convexas convergen en el puerto de Ganuzza a Lóquiz, por donde viene el airaz célebre por estos parajes. Hoy no se mueve una pluma. Encinas y quejigos pueblan las laderas que bajo las cornisas tienen un 70 por ciento de pendiente. Algunos enebros y encinas se agarran al mismo paredón.

Bajando hacia Ollobarren, salen al encuentro de los ojos las tres calles estriadas en que se divide el retablo de Montejurra, que es el retablo geológico de Tierra Estella. Al otro lado del barranco que ahonda el Urederra brillan al sol las Peñas de Echávarri y las Peñas de San Fausto y se echa la siesta Eulz a los pies del Belástegui.

A la entrada del pueblo nos impide el paso una enorme cosechadora que hace maniobras. Junto a la puerta de una casa, con escudo barroco entre atlantes, cosen en santa paz unas mujeres, entre ellas una monjita toda de blanco y una pañoleta negra en la cabeza.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Ollobarren es una calle larga, que sube. Calle Mayor sin duda. Al final, apartada, entre acacias y almendros, está la iglesia, con una portada románica hermosa en su rudeza y una torre barroca. En un capitel dos jinetes se dan la mano y el visitante se une con mucho gusto al gesto. Del retablo que hizo a fines del XVI Juan Imberto II quedan varias tallas dentro de los retablos posteriores.

Bello mirador sobre campos de cereal tostado, con algunos chopos sueltos. A la izquierda de la iglesia de la Asunción está el

cementerio, exento, con tres cipreses. La contigua casa parroquial está rehecha pero fea.

Tiene el Concejo una gran piscina azul y se oyen los gritos de los chicos que se tiran, nadan, chapotean, salen, se siguen, se tiran otra vez.

Saca la iglesia de Ollogoyen la cabecita entre unos árboles.

Bajamos por la calle-pueblo, donde, contando las nuevas, las casas no deben de andar lejos de las 15 que contó el *Diccionario de Madoz*, hace siglo y medio. En una casa del siglo XVI veo un blasón neoclásico con las armas de los Beraza: dos árboles con lebreles pasantes y diez palos, con orla de cadenas.

Pasa un hombre mayor que parece que va de paseo.

—¿Cómo está la cosecha de cereal?

—Regular.

—Y por Estella, ¿engañan ustedes muchos?

—¿Por Estella? Ellos son los que nos engañan.

Y nos cuenta una curiosa historia de un amigo suyo al que le querían vender patatas a mayor precio del que vendían en la plaza...

Siguen las mujeres en el banco dale que le das, tranquilas sin duda de que los hijos estén en la piscina, sin otras armas que sus agujas y la que tienen en común con los togados, que es la lengua.

Lo primero que vemos al llegar a Ollogoyen es el rótulo que domina la plaza: «Plaza de Luis Roldán», anterior delegado del Gobierno en Navarra y actual director general de la guardia civil.

—Hombre, plaza de Luis Roldán. ¿Cómo es así? ¿Les ayudó mucho?

—Es descendiente de aquí.

—¿Pero les ayudó?

—Hombre, siempre cae algo.

Es una simpática mujer la que me contesta, sentada con otras dos paisanas en medio de una plaza redonda, a la que alegra una fuente arreglada hace poco.

Damos una vuelta por este pueblo pequeño y bonito, lleno de buenas casas de piedra del siglo XVI, de flores, y de muchos perros también. Calles de San Blas y San Martín: en esta hora de silencios, uno puede situarse, con poco esfuerzo, en ese siglo pujante ante estas casas palacio, con escudos y brocal.

Siguiendo el consejo del camionero de Ganuza, tomamos el camino que va hasta Santiago de Lóquiz, al borde de los escarpes, donde se reunía la «Junta de Dieces de Santiago de Lóquiz». El camino está empedregado y difícil. Con coche, imposible. A pie, demasiado penoso.

Una cosechadora hace tanto ruido como la circulación habitual en una carretera. Cogemos ramos de espliego y orégano en flor. Miramos el valle a los pies de esta tarde clásica de siega, que parece no tener prisa ninguna.

Esta vez, la iglesia de San Martín está aún más apartada del pueblo, sobre un altozano, y conserva mejor que todas las iglesias vecinas sus orígenes del siglo XIII. Todo es pequeño y bello, menos las campanas que son enormes y tienen que hacer temblar a la Virgen del Rosario, talla del XIV, menuda y con un niño como estampado.

Una encina copiosa es el árbol de la era que hace de atrio. Por un camino corto entre almendros, se baja hasta el cementerio, lleno de hierba, con lápidas y cruces sólo en y junto a las paredes laterales.

Tras sentarnos un rato debajo de la encina, llegamos, entre trigales, a Metauten, capital del Distrito. Dos calles, varios anchurones, dos viejos palacios cabo de armería. Una granja alargada y un gran silo. Muchas flores, pero también, junto a las pilas de la fuente, coches abandonados, leña y deshechos de construcción.

En una punta del pueblo, la iglesia gótico-renacentista sobre la anterior románica, retablo de San Román con abundantes follajes

barrocos, y alta y robusta torre del XVIII. Custodia la casa parroquial, medio en ruinas, un rosal de rosas rosadas. Aquí me invitó una vez un amigo cura que había trabajado con emigrantes españoles en Francia y había venido tan austero, que para jarra de agua tenía una botella. Su hermana se desesperaba:

—Déjalo, mujer, que la botella está más fría.

Una higuera, un nogal y dos encinas dan aire de atrio al espacio lleno de cardos, ortigas y hierba seca. Un grupo de jóvenes habla y bebe en una casa cercana.

El Ayuntamiento del Distrito es nuevo, hecho de piedra, y está fuera del pueblo, junto a la carretera. Mientras vamos hacia Arteaga, veo que las Peñas de San Fausto son tres, dos grandes y una chica. Unas vacas, con las cabezas juntas, intentan librarse del calor en una ladera.

Al llegar al pueblo más pequeño de los hoy recorridos, que es Arteaga, uno puede pensar que todo son almacenes y granjas, pero no, es que está aún a las afueras, a pesar de la casa nueva del Concejo, la antigua escuela, de dos pisos, bien equipada de salas y cocinas.

Una señora mayor, que vive en la casa blasonada con castillos, calderos, leones y querubines, nos enseña amablemente la iglesia dedicada a San Nicolás, con yedras en los contrafuertes y rosas blancas sobre la cuadrícula del antiguo cementerio.

El retablo plateresco, obra de Pedro Gabiria, entallador de Estella, es de la época de la construcción de la iglesia. La señora va diciéndonos los santos del altar, uno por uno. Ménsulas platerescas con grutescos sostienen los nervios de las bóvedas que tienen claves decoradas. Le sobra tal vez un punto a la reciente restauración.

—Muy bonita iglesia, señora.

—¿Le parece a usted? La limpiamos y cuidamos por turno.

—Eso me parece muy bien.

En el cancel hay un recordatorio de las bodas de oro del primer sacerdote del pueblo, todavía misionero en América.

Arteaga es el único Concejo que tiene en su escudo las cadenas de Navarra y no el árbol –¿roble?– común del Distrito.

Pasamos el indefenso Arrazuri y, de nuevo, por cebadales y trigales maduros llegamos a Zufia. Parece un pueblo mucho más extenso que los otros. Claro que es un pueblo que tiene varias huertas dentro, llenas de árboles frutales, verduras y flores.

La calle Real exhibe varias casas del siglo XVI, bien conservadas, con escudos de castillos, bandas, leones y crecientes. Pero también hay calles viejas y pobres, que recuerdan tiempos no muy lejanos, con casas vacías y abandonadas.

La iglesia es una gran mole de sillería, de finales del XVIII. Sobre la puerta aparecen unos relieves góticos de la iglesia anterior, del siglo XVI. De este tiempo es el retablo dedicado a San Miguel, del maestro Martínez de Gaztaminza, de Olazagutía, aunque todo el mundo coincide en que la policromía posterior daña no poco a la escultura romanista del conjunto. Una talla gótica de Santa Elena en otro retablo llama la atención por su rara originalidad.

Bajo el pórtico, un papel pegado a la pared hace propaganda de «Harinas Izquierdo». Fuera del pórtico, una lápida recuerda los muertos del pueblo en la guerra del 36, que fueron muchos.

La pared oeste del templo fue arreglada como rebote en el año 1929, según se lee en la parte alta.

–Pero, ¿dónde está la gente en este pueblo?

–Es hora de trabajo, hombre, y hace calor.

Y como si nos hubieran oído, pasa un coche, y luego una chica de unos diez años, y luego un señor.

Salimos por el barrio de la estación donde hay varias villas vistosas.

En la falda de un montecillo de encinas hay unos trozos de huerta y más adelante unas choperas umbrosas que no se sabe de dónde han salido.

Arbeiza está oculto por las arboledas del Ega. Zubielaqui, como su nombre lo indica, está a la salida del puente.

—Mira, lo que veíamos desde Ollogoyen: eran las casas del Puy.

Están levantando el suelo de Estella. Dos municipales con boina roja guardan las calles cortadas. Ya hay en el aire un olorcillo picante a fiestas.

—Quién pudiera darse un paseo por los Llanos.

Terminamos el paseo junto a la Cooperativa de Mañeru. Su parte trasera, la que da a la carretera nueva, está llena de letreros que debieran borrarse. Los chopos plantados en la calle de San Esteban no pueden disimular el desgraciado espectáculo del Zafarrache (*¿zaharetxe?*) cayéndose a pedazos. ¿Mucho vino y poco gusto?

La casa natal está fresca y acogedora. Fresca de piedra enfriada en invierno. Es la hora de cenar.

HASTA Y DESDE MONTE ESKINZA

Subimos por el camino de los tractores, no por el de las culebrinas, que es el camino tradicional, el de los romeros de mayo.

El río Salado es un río ciego, todo carrizos. Andamos entre ollagas, otaberías, ontinas, cardos... Tras los últimos campos de cultivo, comienza la mancha espesa de encinas, carrascas, coscojas y enebros. Hay enebros grandes como pinos pequeños.

Nos acompañan hasta la cima las mil flores de julio, entre las que prefiero las clavelinas silvestres y las hierbas de San Roberto, que perfuman la mañana.

Encontramos a un montañero maduro, bien equipado, que nos pregunta por el monte Axixuri.

—¿Por qué las Guías lo relacionan con Cirauqui?

—Porque está detrás de ese monte, a la izquierda del despoblado de Soracoiz, antes de llegar a Guirguillano.

El pasado año recorrió Mañeru y subió a Santa Bárbara.

Le preguntamos cuánto queda hasta San Cristóbal y nos despedimos.

Llevamos a nuestra izquierda el camino de las culebrinas, todo él una culebrina ascendente, que enlaza casi en la cima con una

reciente pista forestal y viene a coincidir en el último tramo con el de los tractores. En lo hondo del barranco hay una balsa de agua verde, hecha para no sé qué vacas que pastaron un tiempo por aquí y que ahora no se ven por ninguna parte.

Nos volvemos una y otra vez para descansar y para mirar nuestro país natal.

Todo ese terreno, en el falderío del Iguste, se llama Urbe. Son tierras rojas, donde crece la mejor viña de Cirauqui.

Urbe, como poblado es conocido desde 1046. Era un lugar realengo a fines del XIII. Perteneció después a Irache, más tarde a la Casa de Alba, y a principios del XVIII estaba ya incorporado a Cirauqui. Hoy quedan de Urbe, según me dice Miguel Angel, algunas ruinas, y el que quiere escarbar un poco siempre encuentra cosas.

El regato Iguste divide el monte homónimo de su gemelo Chopardía, monte de chaparros, hoy en buena parte sustituidos por los pinos de repoblación, que llegan hasta San Esteban, en la muga de Mañeru. Cerca del barranco se abre un camino, ahora ensanchado, que sube hasta un corral nuevo.

Al pie de Chopardía vemos el boquerón de Nuestra Señora de la O, o de Aniz, pequeña iglesia románica, hoy a la intemperie, refugio de animales y de hombres vagabundos, que aún sostiene en pie costillares y espaldón, a fuerza de estar acostumbrados a todas las pesadumbres de los tiempos.

Conocido el poblado desde mediados del siglo X, a principios del XVIII ya era parte de Cirauqui. Pero Aniz continuó como parroquia muchos años después. A primeros del siglo XIX contaba 349 fieles adultos y el templo, que guardaba dos altares de Juan Imberto, necesitaba ya serias reparaciones en bóveda, tejado y casa contigua.

—Como siempre, esto está más alto que lo que parecía.

—Ya falta poco.

Mañeru aparece lejano, un poco curvado hacia oriente, con la torre alta y la iglesia frondosa, entre árboles, extendido por algunos

edificios blancos hasta la yesera, y protegido siempre por la ermita de Santa Bárbara, patrona que tuvo ocasión abundante de hacer honor a su patrocinio en ese punto estratégico durante tres guerras. Están cortando alfalfa en una finca cercana al camino. Levantamos la mano.

El caserío terroso, con pintas blancas, de Oteiza asoma tras los tesos. Mucho más lejos, como en un nido de pinos, se recoge Larraga. A su ermita de San Esteban, ya desaparecida, peregrinaron durante años los de Cirauqui.

Murajes de flores rojas y flores azules de achicorias silvestres.

El aljibe de los peregrinos está cegado de tierra y de piedras. Cerca, vemos las escasas ruinas del Fuerte de San Cristóbal, famoso Fuerte en las guerras del siglo pasado.

—Vamos a dejarnos de guerras esta mañana. Para otro día.

Seguimos hasta el vértice geodésico, desde donde contemplamos en esta mañana soleada y fresca de julio una buena parte del mapa navarro: desde la vega de Lodosa hasta los montes de Munárriz, desde Peña Costalera hasta la Valdorba.

Ahí abajo, la cruz de Villatuerta, desde donde miré hace poco este mapa. Ahora los verdes son amarillos y ocres-pardos, veo mejor el contraemblase verde de Alloz, de donde parte el Canal, y veo el lago azul del embalse. A simple vista, vemos también el rosario de montañas que separaron a moros y cristianos, a castellanos y navarros, a liberales y carlistas: Montejurra, Monjardín, San Gregorio, Dos Hermanas, Cábrega, Codés, Sierra Chiquita y la Peña de Lapoblación. Montañas frente a llanuras. La geografía como división fundamental. El cierzo nos limpia y nos templea. Y nosotros nos quedamos papando cierzos.

Vemos a un hombre sentado en uno de los bancos de homigón junto a la ermita. Nos acercamos y vemos que lee un periódico y tiene junto a él un libro: *El nombre de la rosa*.

—Buen sitio para leer.

—Hola, ¿qué tal?

Es un religioso de Oteiza, que trabaja en el sur de Bolivia y ha subido esta mañana desde su pueblo. Hablamos de aquellas tierras y luego de éstas.

—Qué distinto todo, ¿verdad?

—¡Ay, si usted supiera!

Me dice Miguel Angel que en lo que ahora es un cardedal cercado hubo antes un yerbín amable.

La ermita de San Cristóbal ha dado nombre popular al nombre culto de Monte Eskinza, casi desconocido por aquí y menos utilizado. Es un rectángulo largo y bastante alto, al que se le adosa una casa para ermitaño, sobre la que se levanta una espadaña de ladrillo con campana, coronada por una cruz moderna de hierro. La nueva cal ha borrado el rótulo anterior «Basílica de San Cristóbal».

Desde Monte Eskinza —730 metros de altitud— corre el espinazo que toma los nombres de Markora, Salbacea, Santa Cruz, Mandabelz (*Mendibelz*), hasta Peñas Gordas, cerca de Andión. Andión (Andelos) es sitio bien investigado, pero toda esta línea montañosa guarda muchas sorpresas a los investigadores que lleguen a tiempo.

Mi compañero cree ver un águila que va alta y con prisa. Le parece muy bonito.

—Vete a saber si eso es un águila.

Bajamos por el alcorce del camino viejo, hasta llegar a la pista. Cirauqui se asienta sobre un otero ancho, se sobra un poco por el sur, antes de derramarse por el este. Le rodean ahora no los enemigos del Conde de Lerín sino campos de cereal, mientras las viñas buscan sitios más seguros.

El Iguste atraviesa, con la sombra de pocos árboles, Morondoba, antes de llegar al Salado. Parece que los de Cirauqui y Mañeru odian los árboles en el campo que no sean frutales. Han acabado con casi todos ellos.

Bajamos leves y ligeros. Pasamos sobre el Canal de Alloz, que trae aguas silenciosas, obedientes y rápidas.

El río Salado, que depende ahora del pantano, es un cauce de carrizales, sin que se le vea una gota de agua, cuando se acerca a Cirauqui. El puente romano o románico de la Galzarra sigue maltratado por los siglos y por la incuria presente.

Unos chopos cabecean al pie del otero que sostiene al pueblo. Los pinos se secan y dejan ver el basurero que cuelga en lo alto.

La cooperativa vinícola de Cirauqui –premio al vino clarete el año 1986– tiene las puertas abiertas, mientras el «merendero», por llamarlo de alguna manera, lleva dos meses cerrado.

–Y que siga.

VISITA RAPIDA A VERA

Vamos por la carretera de Lizuniaga y luego por el carrito por el que subimos hace unos meses a Larún. Pasamos las dos regatas, entre alisos y fresnos, y nos metemos en el camino que nos lleva hasta el caserío, en pleno barrio de Caule. Un caserío comprado hace unos veinte años y convertido ahora en residencia de verano. Buena piedra, balcón corrido de madera por donde corren las parras de uvas blancas, las hortensias dominan el jardín campestre, y nos acoge una matriarcal higuera bajo su verdosa longevidad.

Con Javier García Larrache –apellido este último beratarra si los hay– hablamos de su padre y de los papeles de su padre: aquel gestor foral republicano, luego gobernador civil en Alava y Avila, que dio, como tantos otros, con sus huesos en emigración. Cosas de nuestra historia que se repite tanto: en 1936 volvió a la casa comprada en Bayona por sus mayores, exiliados también en el siglo pasado. Una vez por carlistas y otra por liberales.

Conversamos echando los ojos a las curvas de castaños, robles y pinos, entre los altos polos verdinegros del Laruntxiki y del Labeaga que divisamos desde el jardín.

Nos perdemos luego por Alzate, antiguo señorío, lleno de tiestos de flores y de extranjeros rubios, rojizos, enrojecidos y tostados, que



van y vienen por tiendas y bares, como si estuvieran en casa, porque en su casa hay también geranios y petunias, fucsias y margaritones, claveles chinos y salvias, árboles y setos. Las casas más nuevas de Alzate han sabido hermanarse en volumen, estampa y decoración con las más antiguas, y con alguna, notoria y notada, excepción, el conjunto es placentero, rítmico, luminoso y feliz. La postal viene después.

Seguimos por la calle de Leguía, entre casas hermosas, que estudió minuciosamente Julio Caro, huertas y altos maíces.

—Ahí estuvo viviendo Carlos VII.

Fachada entramada. Tallas de madera sobre la viga que sostiene el primer piso. Cortafuegos. Perfecto juego de ventanas, balcones corridos y ventanales, que hacen que la casa sea todo ojos, cejas y pestañas. Dos columnas toscanas enmarcan el amplio «gorape».

Casas del XVII, XVIII y XIX. En la historia de Vera abre una época el incendio del 16 de julio de 1638 a manos de las tropas francesas, «*por fidel y serbicio de Su Magestad*», como dice la inscripción tallada en madera en casa «Carnashenea». Por servicio al rey Felipe IV contra Richelieu.

Primer pueblo fronterizo cerca del paso más abierto de los Pirincos, Vera sufrió varias ocupaciones francesas en los siglos XVIII y XIX, fue escenario bélico en las guerras carlistas, en su territorio fracasó la entrada de Mina a España en 1830 y la de los anarquistas durante la dictadura de Primo de Rivera —«los sucesos de Vera»—. Por sus buenos servicios prestados en la defensa de la frontera de Guipúzcoa (entonces Castilla), el rey Carlos III de Navarra le concedió en 1402 tener alcalde y otras bicocas.

Llegamos a la plaza del Ayuntamiento, centro del casco viejo, de la villa propiamente dicha. Luce la Casa Consistorial (1776) las antiguas pinturas de las cuatro virtudes cardinales, ocultas desde principios de este siglo y sacadas a luz durante la restauración de 1983. No hay nada parecido en Navarra. Unas mujeres hablan sentadas en corro.

Subimos los dos tramos de escaleras, florecidas de margaritas, hasta el atrio de la iglesia, enorme corpachón tardogótico de piedra,

saqueado e incendiado una y otra vez, airoso sobre los muros de una vieja casa torre que guardaba la vega del río Cia, afluente del Bidasoa.

Junto a la puerta, cerrada, bajo un pórtico de cinco columnas, una inscripción en la piedra nos ilustra: «*Auzo lana egiña* (hecha en auzalán) Iglesia gótica siglo XVI. Primer cuarto de siglo. Restaurada en el año del Señor 1964-1965».

Como no podemos ver su gigantesco retablo ni su célebre órgano romántico, obra de Don Aquilino Amezúa y Jáuregui, hacemos la ronda entre árboles, plantas y flores, sobre el pueblo y bajo un corro de montañas.

Vera es un batiburrillo de barrios y caseríos rodeado por una carabinería de montañas fronterizas que se llaman Alkozpe, Mandela, Usateguieta, Larún, Lizuniaga, Idoia o Larrategaño. Cia y Caule son dos barrios montañosos y la misma iglesia se sube al Alto del Calvario, último escalón que baja de la muga con Francia. «Distante de Pamplona seis leguas, en alegre valle, faldas de los Pirineos, raya francesa...», escribió en 1645 Rodrigo Méndez Silva.

En la parte sombría del atrio que da al monte se conservan aún algunas estelas del viejo cementerio, ahogadas por las hierbas, helechos y mentas, cercadas por un seto de boj. Las últimas flores de las hortensias, blancas, rosadas y azules, son las bellas del lugar.

La casa más cercana se llama «Eliz aldea» y tiene en la puerta una placa plateada del Sagrado Corazón. A la izquierda hay un grupo de casas hechas en serie, con muchos tiestos, y a la derecha sostienen la ladera unos palos altos de alubias verdes. En la casa contigua hay una ventana gótica, de las pocas que quedan de antes del incendio. Más arriba, unas metas o almiares camino de un caserío. Más altos aún, castaños, robles y pinos.

En esto que viene, con paso rápido, bullicioso y parlanchín, «un personaje barojiano» —dice mi amigo—: gafas negras, pelo blanco, ligeramente inclinado de hombros, y con bastón, acompañado de dos mozos que bien pueden ser sobrinos o nietos.

—¿De dónde son?

—De Navarra.

—¿Dónde viven?

—En Pamplona y en Lerín.

Y sin más nos espeta:

—Ustedes han oído aquellos versos

*La antigua y noble Vasconia
hoy Provincia de Navarra
en uno de los extremos
de España se halla situada...?*

Los dos hemos oído cantarlos a nuestras madres. Le tarareo la musiquilla del romance escolar. No cabe en sí. Se ríen los dos muchachos. Viene de San Sebastián, donde vive, a recordar sus juveniles años en Vera. Dice una y otra vez versos del romance

*Más de cien villas famosas
embellecen a Navarra,
entre ellas Puente la Reina,
Falces, Lodosa y Peralta...*

Van los mozos por la llave a la casa parroquial. Está cerrada. Por cierto, ¡cómo le quita esa casa vista y hermosura a la torre! Bajamos hacia la plaza del Ayuntamiento por un paseillo con plátanos, palmitos, serbales, tejos, cipreses, ciruelos-cerezos... Nuestro caballero parlanchín se encuentra con una señora mayor que lo reconoce y le dice nombre y apellidos. Se llena de alegría. Va mirando las casas de su tiempo.

—Esa era casa Larumbe, la más rica del pueblo.

Se refiere a la «Arostegia», con las armas de don Santiago de Leguía, su primer dueño en 1796. Albergó en poco espacio de tiempo a José Bonaparte y al Duque de Wellington.

Pasamos entre las casonas que crecen gigantes a los dos lados de la costanilla que llevaba a la primitiva fortaleza. Huertos con frondosos magnolios. Paseamos hasta casa «Reparacea» y la villa

de Ignacio Irazoqui, al que todos llaman en Vera Inato. Todas las clásicas flores de adorno están aquí. Sobre la pendiente del montecillo que cierra el pueblo por el noroeste se ven las ruinas del «Reparaceakoborda». Estas bordas dependían de las casas o de los caseríos mayores y eran las viviendas de los renteros o aparceros humildes.

Después de ver el señorío de Alzate y el centro de la villa, cuesta más ver otras partes y otras casas nuevas, aunque nunca llegan, ni de lejos, al grado de fealdad o de mal gusto que campan en el centro y en el sur de Navarra.

Se acabaron hace años los canteros. La villa, de larga tradición fabril, se ha industrializado y ha crecido mucho. Y si no hay cantería y si las necesidades y prisas son grandes, que haya al menos un poco de gusto, buena cal y unos cuantos tiestos.

La luz verdirosada de esta tarde del último agosto le da al ancho valle la primitiva claridad de un país humilde, sonriente e ingenuo, como lo vio Pío Baroja y lo pintó su hermano Ricardo.

Volvemos siguiendo las curvas y recurvas trazadas hace mucho tiempo por el río a los ingenieros de caminos, que andan ahora estrechándole la orilla derecha.

El Onin lesacarra, todavía alegre y combativo, empuja briosamente al lánguido y ya despernado Bidasoa.

Nos perdemos luego entre los montes.

HOMENAJE EN LOS ARCOS

«Los Arcos mira al Sur, se cuelga de un alcor, y se desparrama desde las sierras de encina hacia las de polvo y paja. La Navarra vieja de los penachos de cierzo y nieves se la carga a su espalda, y se le abre el alma a la ribera de las tierras llanas.

Está a mitad de camino entre el hayal y la esparraguera, entre el boj y la alfalfa. Es monte bajo de tamujos, tomillos y coscojos. Y es también llanura alta de cereales, ribera tardía».

Así nos introduce en su pueblo el fino escritor que es Fernando Videgáin.

Cuando llegamos, hace una linda mañana de julio, la plaza de Santa María está vacía y damos una vuelta por los alrededores: plaza de la Fruta, calle del Medio, calle Bajera... Pórticos sobre pilares y columnas; casas macizas de dos cuerpos (sillería y ladrillo) y ático, coronados por aleros de madera con ménsulas talladas. Ostentosos escudos. Altos portalones para entrar y salir. Algunos huertos bien cercados. Esta es una villa hecha/rehecha en los siglos XVI, XVII, XVIII. La influencia de Castilla, a la que entonces pertenecía, es bien clara.

En el número 24 de la calle del Medio veo el escudo de Iván Fernández Texeda, «familiar del Santo Oficio». Sus símbolos heráldicos no pueden ser más significativos: cruces de Santiago y Calatrava, medias lunas, un león pasante, y un árbol arrancado con lobo entre cadenas.



Los Arcos rinde hoy un homenaje oficial y popular, por iniciativa del Club de Jubilados y del Ayuntamiento, al historiador Ricardo García Villoslada, hijo del pueblo, autor de numerosos libros de historia, profesor emérito de las Universidades de Salamanca y Gregoriana de Roma.

Buen marco la iglesia de Santa María para el homenaje a un jesuita historiador del Humanismo y del Renacimiento.

Tenemos poco tiempo entre saludos y otras urbanidades, pero antes de la misa admiro con José Ignacio Tellechea, otro insigne historiador del tiempo, la portada renacentista, obra de los hermanos Landerráin, canteros guipuzcoanos asentados en esta villa.

Estatuas miguelangelescas de San Pedro y de San Pablo, que hacen guardia a una clásica Virgen sedente con el Niño, rodeada de ángeles. También el sotocoro es de tracería plateresca y no tiene que envidiar a la del coro, sillería aparte, que ya está llenándose con los jóvenes músicos de la Rondalla.

Un funcionario del Ayuntamiento nos da al alcalde y a quienes le acompañamos agua bendita de la pila de mármol negro, labrada por los Landerráin.

La parte religiosa de la fiesta y luego la civil, con la entrega de la placa de hijo predilecto, tienen como marco la amplia nave del templo, que amaneció románico y maduró barroco.

Pinturas barrocas y paramentos de madera pintada en forma de tapices de oro, rojo y verde, sobre fondo plata, cubren los espacios no ocupados por la frondosa vegetación decorativa e iconográfica de los altares. Todo, bajo un barroquismo de cornisas, frisos, cúpulas y cupulines, entre celestial y palaciano.

Excepcional es el retablo mayor, que tengo delante. Bosquecillo del arte cristiano del siglo XVI, enciclopedia de la historia de la salvación para la lectura común del pueblo, museo de estilos afines: renacentista, romanista, naturalista, prebarroco... Concentrado todo en una Andra Mari gótica, Virgen con Niño del siglo XIV, dos imágenes finísimas y atezadas, que parecen vueltas hacia los versos que un día les escribió el P. Villoslada, también poeta

Santa María de los ojos zarcos...

En unas palabras conmovidas de final de acto, el celebrado historiador nos recuerda dos símbolos de su vida ya plena: el río Odrón que va hacia el mar, y la torre de la iglesia que se dirige siempre hacia el cielo. Es una lástima que la torre más bella de Navarra en su género esté hoy oculta entre las lonas y arpilleras de su restauración y sólo veamos la cúpula y la linterna circular, que nos animan a esperar un poco.

Al salir, llevo a José Ignacio a ver el retablo gótico de la Visitación, que antes presidía la capilla de los Eulate, de estilo hispano-flamenco, un encanto de oros, perspectivas y naturalismo expresionista, aunque algunos trozos sean rudos y mal terminados.

En el jardín del claustro hay palmitos, laureles, malvaviscos y rosales, que compiten en belleza con la vivísima tracería flamígera de los maincles, arcos trilobulados, cuadrifolios, círculos polibulados y lanceolados en espiral. Esta vez gana la piedra.

Siguen pasando los siglos entre las claves de las bóvedas y las ménsulas de las crujiás, florecidas en símbolos permanentes: Cristo, apóstoles, ángeles, reyes, caballeros, peces, flores, vides, hojas... La escala del entendimiento de Ramón Lull, que el artista catalán plasmó en piedra en la cima de Montserrat: piedra, fuego, planta, hombre, cielo, ángel, Dios.

—Que se quedan dentro, que cierro.

—Que ya vamos.

La señora de las llaves las suena como si fuera un instrumento musical de retirada. Al pasar hacia el hotel vemos el hueco de lo que fue el famoso hospital de Santa Brígida, que Zumalacárregui tomó un tormentoso día de febrero de 1835, arrojando a los sitiados haces de paja ardiendo mezclada con guindillas.

Con un almuerzo, digno de la casa, no es difícil que el homenaje adquiriera tonos cada vez más afectuosos. Algunos discípulos de García Villoslada le recordamos aquellos felices tiempos de la Italia feliz de los sesenta, cuando con la boina, bota y chorizo de Lerín o de Los Arcos, nos íbamos a la caza de la belleza en Roma, Orvieto, Tívoli o Sorrento.

Los Arcos tiene mucha historia y muchos historiadores. Poblado ya desde antiguo, fue importante asentamiento romano y durante la Edad Media, fortaleza real. Merced a su cercanía a la frontera castellana y por ser hito obligado en el Camino Jacobeo, la villa fue visitada y regalada por los reyes navarros con fueros, mercados y otras excelencias.

Tan sabroso bocado era, que el rey de Castilla Enrique IV se quedó con ella y con cuatro villas vecinas más en julio de 1463. Los habitantes de los Arcos, que habían defendido con denuedo los derechos del Príncipe de Viana, estaban tan cansados y castigados por la guerra que, al fin, y tras oponerse en un principio, juraron fidelidad al soberano extranjero, con la condición de conservar los fueros, usos, costumbres y libertades que hasta entonces gozaban.

Durante tres siglos hicieron lo posible por disfrutar de todas las buenas cosas que como castellanos y navarros, a la vez, les correspondían. Famoso fue su mercado de vinos hacia fuera y hacia dentro, que llegó a espantar a las autoridades navarras.

Por fin, aquel latrocinio estúpido no podía durar más, que demasiado duró, y Los Arcos y las otras cuatro villas –Torres, Sansol, El Busto y Armañanzas– fueron reintegradas a Navarra en 1753.

De estas cosas y de otras más modernas vamos hablando un grupo de amigos conducidos por José Mari, experto en saberes orientales y mediterráneos y uno de los organizadores del homenaje. Estamos en la Calle Mayor, calle que recorre Los Arcos como un río de historia quebrado y discontinuo, de norte a sur.

De sur a norte vamos nosotros, como navegando por los siglos XVI, XVII y XVIII, con alguna incursión en el XIX. Avistamos algunos horrores de reciente siglo XX. Hay casas vacías y algunas a punto de hundirse, como ésa donde se refugia la peña «Los Gayumbos» por fiestas: algo es algo.

No se puede ser demasiado duro, aunque hay que exigir todo el interés y el gusto posibles. ¿Qué hace un Ayuntamiento pobre con un casco histórico que ni un rico podría mantener? Los Arcos ha quedado fuera de la industrialización navarra de los sesenta, que se asentó en Viana y en Estella, dos polos vecinos. En Los Arcos hay

poca agua y el turismo es exiguo. Queda un buen secano de cereal y la emigración.

Un grupo de mujeres cotorrean junto a la esquina de la calle de los Esquiadores, que sube hasta las bardas de la colina de yesos con matorral, romero y pinos de repoblación, que fue en tiempos, más gloriosos y más odiosos a la vez, eje del pueblo. Con castillo, torres y murallas. Barrio de Santa Olalla, o de Santa Eulalia, como lo dice la gente.

—¿Y dónde está la partida?

—Hoy no hay partida, que faltan muchas.

Pregunto por la partida de cartas. No vaya a creer el lector que pregunto por la de Don Santos Ladrón de Cegama, que cerca de aquí fue capturado el 10 de octubre de 1834

*Huyen los nuestros y queda
por prisionero su jefe.
Entre los sueltos caballos
de los vencidos jinetes.*

En la calle del Rancho contemplamos el actual Ayuntamiento, ahora en obras, y el palacio contiguo, dos bellas muestras de finales del XVIII.

Andando, andando, llegamos a los austeros y restaurados muros del convento de las Concepcionistas, antes de Capuchinos, odiados por las tropas de Napoleón. En la casa de enfrente, muy deteriorada, vivió unos años, huyendo de la Revolución del país vecino, André Hubert Fournet, más tarde cofundador de las Hijas de la Cruz y santo canonizado.

Salimos por la Puerta de Castilla, que lleva las armas de su restaurador Felipe V y las del pueblo, para ver el río Odrón, del que antes hablamos. Es un cauce manso de carrizos, aneas, sauque-ras, matorrales, hierba fina y centauros menores en flor.

Vemos ahora todo lo que de moderno y presente tiene la villa: carretera, hostel, hotel, bares, frontón, piscinas, sala de fiestas, colegio comarcal...

Sólo le falta unir el siglo XXI con el siglo XVII.

Lástima de la torre, medio ciega, que antes nos despedía siempre!

CRUZANDO A PIE EL PANTANO DE IRABIA

U no piensa que va a encontrar por fin Aoiz libre de basure-ros públicos y provocadores, pero, por lo visto, aún no podemos darnos ese consuelo.

Entramos por la carretera que nos lleva hasta Arive para ir al costado del río Irati y ver de nuevo ese encanto que es Oroz Betelu.

El embalse de Usoz está vacío. Es todo un espeso lodazal. Hay que largarse de aquí.

–Parece que lo van a limpiar– nos dice un señor que también se paró a verlo.

–Buena falta le hace.

Hubo que emplear muchos quintales de pólvora desde 1779 para hacer este río navegable desde Orbaiceta hasta Sangüesa. En cada una de las once presas o arcales de entonces hubo que hacer un puerto de trece pies para que pudieran pasar las almadías, y los conflictos con los ayuntamientos, con los dueños de molinos y fincas fueron numerosos. Pero don Plácido Correa, capitán y comisario regio en la empresa, ayudado por varios navarros, se salió con la suya. Y durante muchos años bajaron por el Irati, con troncos de los montes pirenaicos, las almadías o armadías:

*Alto el remo, crujiente su verdaje,
se arroja puerto abajo la almadía...*

cantó el sangüesino Pepe Landerech.

Desde el mirador de Ariztoquia nos llenamos de mañana luminosa y saludamos a todos los mil metros de la comarca. Viene el Irati menudo y a trompicones, estrechando la cintura a veces para abrirse paso, cegado del sol. El río desfila aquí entre algunos de los mejores robles de Europa, duros en la sequía, exigentes en estructura calizodolomítica, resistentes al frío: *pétreos*, como su nombre latino lo indica: *quercus petrea*. ¿Es posible que aquí haya un estercolero como éste?

–Ver para creer.

Tiene Arive, donde nos detenemos un rato, ese aire coqueto de capital histórica y ganadera del valle. Puente medieval de dos ojos, casas espaciadas y seguras, tejados apuntados. Es el pueblo, de entre los nuevos, que componen el Valle de Aézcoa, el más bajo y más céntrico.

Encuentro Orbara un poco decaído, a pesar de su iglesia del XIII, de sus terrazas-jardín, de sus cubiertas en solape y de sus hórreos pirenaicos. Orbaiceta parece más vivaz, menos sobreviviente.

El camino desde Orbaiceta a Irabia está rematadamente malo. Pero, por favor, no hagan una carretera como las demás, hagan otra cosa. De vez en cuando nos distrae una casa, una borda, los barracones de los militares de cuando el «maquis», o el monumento en piedra a la devolución por el Estado del monte Aézcoa en 1981.

–Caía el cielo a pedazos la mañana en que lo inauguramos.

El Monte, como lo llaman los aezcoanos, parece más tranquilo, y lo está, desde que ha vuelto a casa. Más tranquilos aún están los pueblos.

Debajo de la presa, de 44 m. de altura de coronación y 158 de longitud de cerrada en cota superior, se oye un rumor de arroyo grande. Al otro lado vemos la cola del embalse casi pelada. Sólo la curva final, a fuerza de estrecha, lleva un poco de agua clara. Los gigantescos costillares cóncavos de hormigón y de hierro no tienen qué contener ni qué resistir.

Mojón 225 de la muga con Francia en letras amarillas, y en letras negras las iniciales de Francia y España a ambos lados de

una raya diagonal. Baja discreto el río Urrio o Eurguio tras hacer, durante dos kilómetros, de frontera. El puentecillo es de cemento armado, con cadenas por barandillas. El río se rompe bajo el puente en dos pequeñas cascadas sobre la pequeña presa rota. Espinos, hayas, helechos, zarzales, eupatorios y pies de león en sus orillas. En la ribera hay dos tiendas de campaña. Un joven lee sentado en una piedra grande, sobre el río. Un letrero en castellano y en vascuence dice que se lleven las basuras a Orbaiceta o a Ochagavía.

Al otro lado del puente, la clásica rueda de piedra ornamental nos dice que estamos en el monte «La Cuestión», monte de 1800 ha., que disputaron al Estado los Valles de Salazar y Aézcoa en largo pleito, al que puso fin la sentencia del Tribunal Supremo en octubre de 1880. Desde entonces hasta hoy mismo ha sido monte del Estado, administrado por la Diputación Foral. Una familia aragonesa, con grandes y pequeños, madre grávida incluida, todos mochila al hombro, andan que no saben a dónde tirar.

—¿Sabéis si este camino llega a Ochagavía?

—Me parece que sí, pero no estoy seguro.

Un camino forestal, junto a un rodal de falsos cipreses de Lawson, tan queridos por los pájaros, lleva a Errekaidorra. A la izquierda, otro camino forestal cerrado por una cancela, nos conduce a Contrasario.

Tomamos este segundo y caminamos hasta el final, frente a Lizardoya, siguiendo el cauce del afluente, hundido en el barranco, con algunas aguas corrientes sobre piedras y, en la mayor parte del cauce, seco. Todas las regatas que le bajan por la derecha están secas también.

Por el barranco vemos algunos avellanos, sauces, alisos, fresnos, sauqueras, serbales, y algunos abetos jóvenes o «zarcadales». Al otro lado del Contrasario, masas azules de pinos silvestres de repoblación, bajo las crestas de Urdaindeguzarra. El haya es por aquí reina y señora. A ratos, corros de alerces por el camino. Y en los ribazos, mercuriales, fresales sin fresas, juncales, brezos, helechos, gatuñas, tréboles encarnados y blancos, margaritas, ortigas, eupatorios, lauréolas, suzones, amargones, fárfaras, cuernecillos... Racimos de corazonillos o hierbas de San Juan, y las flores blancas y azules de las hepáticas. Una mariposa limonera se posa sobre la flor de un cardo común.



Subimos hasta el «Parque», muestra intacta del ecosistema hayedo-abetal primitivo, una de las pocas muestras de vegetación virgen en Navarra. Hayas y abetos alcanzan el tamaño máximo permitido por el suelo y, en constante competición, pasan de los 40 metros. Los abetos ganan casi siempre. Los abetos blancos, de corte cónico-piramidal, de pies mojados y cabeza seca y soleada, viven casi 400 años. Las hayas, de tronco cilíndrico y recto, gris claro, de pies secos y cabeza mojada, amigas de las nieblas, envejecen a los 180 y algunas pueden llegar a los 300.

Cuando los abetos y hayas mueren o los mata el rayo, permanecen un tiempo de pie, sin hojas, o se derrumban sobre el bosque. Es fácil ver por aquí troncos caídos, semipodridos o podridos ya del todo, invadidos tocones y mástiles de musgos, hongos, pezuñas de yesqueros, pies de león, cuescos de lobos... Espectáculo de descomposición-renovación natural y admirable, que el hombre, en este caso, se limita a contemplar.

Comemos el rancho en un yerbín con sol, cerca de un ruidillo, casi imperceptible, del regato, al que le mana un poco de agua de algún rincón. Altos, vuelan dos gavilanes o calzorros. Hace calor y apenas oímos pájaros. Creemos ver algunos pimpines. Linneo, en su Suecia natal, estaba tan acostumbrado a ver los machos solos, que los llamó «célibes». Pero es que las hembras, en invierno, habían emigrado hacia el sur. Aquí no están solos.

Bajamos luego a refrescarnos un poco, pero apenas si nos cubre unos centímetros el Urrío antes de colarse en el embalse. Bebemos las botellas que nos quedan, puestas a refrescar en el agua, cerca de las primeras moras negras y de corrillos de mentastros. Se escapa una mariposa saltacercas, naranja vivo.

Salimos por el camino forestal de la derecha, y a los quinientos metros bajamos y recorremos el lecho del pantano a pie. Construido en 1921-1922, fue ampliado en 1942-44, hasta 13,5 Hm³. De él parte el canal de Betolegui que lleva a la central de Orbara.

Pisamos con cautela las frágiles cuadrículas del barro seco, y nos hundimos levemente en el mantillo de hojas de haya podridas.

Los tocones del hayedo talado en la pendiente son como graderíos de anfiteatro para gnomos. Viene el riachuelo Irati por su viejo cauce estrecho, ahora un poco más hundido, y se junta en medio del embalse con nuestro amigo Urrio, Eurrio, Eurbio o Eurguio (todos estos nombres recibe), que llega, recto, entre pequeños accidentes del viejo talud anegado. Unas vacas se pasan el cencerro de un lado a otro del hilo de agua que cruza este lago seco, este desierto húmedo, allá lejos, en la curva que tuerce hacia la presa.

Desde el avión es Irabia un reptil azul, de tres colas, en medio de un bosque verdi-negro. Ahora será un reptil disecado.

Dos nevericos ruidosos, de cabeza negra y espalda gris verdosa, revolotean entre los árboles del ribazo. Varios limacos negros se arrastran por la pista. Seguimos al río Irati a contrapelo, en largo y hermoso viaje hasta su nacimiento. Estamos en medio del bosque Irati, que se extiende largamente por Francia.

Cuando la Baja Navarra pasó al país vecino, los pleitos entre los ganaderos se multiplicaron. El Tratado de Límites, de 1856, apaciguó un poco las cosas. Los troncos de los abetos se aprovecharon para mástiles de la Armada, después para las obras del Canal Imperial, y más tarde como combustible para la industria del hierro. Madera blanca, ligera y resistente, hoy se emplea para obras y para cajas de instrumentos de tecla, pulso y púa. Uno cierra los ojos... y oye en estas intactas soledades pianos, violines y guitarras. ¿O es que el viento se ha movido?

En los pequeños sotos de la ribera hay varias tiendas de campaña, pequeñas, de esas que llaman canadienses.

Bajo la ermita de las Nieves, levantada en 1954 por don Santos Beguiristain, se juntan el Urbeltza, que nace del Irati-Soro y paso de Burdingurutze, hoy dentro de Francia, y el Urtxuria, que tiene muchas de sus fuentes en España. En contra de los que los nombres vascos dicen, el Ubeltza trae agua bulliciosa y blanca, mientras el Urtxuria apenas trae nada. Este es sitio de acampadas; vemos adolescentes que van y vienen, y humo sobre el cauce. El puentecillo es feo y está, cómo no, rodeado de basuras.

Desde aquí se estira una carretera tan buena, que no parece que sea una carretera de montaña. Y si alguna es, es ésta. Dejamos el

bosque y pasamos al alto trecho pirenaico, a donde no suben las hayas ni los abetos. Llegamos hasta algunas de las crestas del Abodi, nos asomamos con vértigo a sus hondonadas, respiramos con alivio cuando nos resguarda el murallón de la sierra. Estamos en Goñiburu. Si volvemos los ojos atrás, despedimos a las cumbres fronterizas de Ortzanurieta, Txangoa, Urkulu, Mendilaz, Mendizar, Mozolos, Erroizate, Biskartze, Alupeña, Ori, Pikatúa..., que la mano azul sedosa de la tarde comienza a velar. Desde el puerto somos dueños visuales del norte del Valle de Salazar y de los montes más altos del Roncal y de Ansó. Silencio.

Luego bajamos en picado y nos encontramos con el Zatoya que, para llegar a reunirse con el Anduña, hace un largo arco triunfal.

Pasamos junto a Ochagavía que sigue extendiendo la muralla de apartamentos, y por medio de Ezcároz, muy animado esta tarde de agosto. Nos paramos en el hostel de Oronz, que da al pueblo disperso un poco de unidad y una nota turística.

Terminamos perdidos por las calles de Lumbier, ya con rumor y olor de fiestas, que empiezan mañana. Van padres y chicos a ver los gigantes que están tras las puerta del Ayuntamiento.

La calle mayor es toda una víspera.

DE PERROS

Para Antonio Laita,
pintor de perros.

Cuántas veces nos dijeron
que teníamos cara de perros,
que iban a echarnos a los perros,
que llevábamos vida de perros.
A los perros no les dijo nadie
—o, al menos, ellos no entendieron del todo—
que tenían cara de hombres,
que iban a echarlos a los hombres,
que llevaban vida de hombres.
Pero cuántas veces, tal como están las cosas,
bueno será tener cara de perros,
desear que nos echen a los perros,
y llevar, incluso, una vida de perros.

Cirauqui, 1985

POR EL VALLE DE ANUE

Había yo leído en no sé qué Guía que el Valle de Anué, situado entre esto y aquello, había sostenido no sé qué pleitos con los habitantes de Baigorri, durante muchos tiempos, por cosas de pastos. Que el Valle nombraba un diputado y cada pueblo tenía un regidor, elegido por turno entre las distintas casas. Que su escudo lleva un león rampante de oro, coronado del mismo color, y un yelmo empenachado... Y cosas así.

¿Y qué me hago yo con esto? —me dije. Así que esta tarde he ido directamente a ver, de cerca, el Valle de Anué.

Llegamos a Esáin, pasando por Burutáin, a primeras horas de esta tarde de tardo agosto. Tiene el pueblo tres barrios: el de arriba, el de abajo y el de la iglesia, que está más alta que el pueblo de arriba. Entre el Adorraga, el Aztiriguerdi y el Ichuru. Al atrio lo llaman yerbín y hay unos plátanos que dan sombra y hermosura. Esta vez en la casa parroquial, llena de flores, hay cura, que nos enseña detenidamente la iglesia. Es del siglo XIII y tiene un pórtico cerrado, único en su género. Está muy deteriorada, cae la cal a planchas y van a restaurarla.

—Ya han venido los arquitectos de Príncipe de Viana.

—Menos mal.

Nos gusta mucho una Virgen renacentista, en la mano derecha una paloma que el Niño coge por el ala.

Leo en una de las «fuesas» de la iglesia: «*Otoi bat gure iddako-Enzat Landakoan*» (una oración por nuestros muertos en Landacoechea). Casa con la que emparentó el médico Amat, muy conocido en Pamplona. En el cementerio, pegado a la iglesia por el lado norte, veo el mismo apellido en una estela con inscripción también en vascuence.

Desde la pequeña atalaya del atrio se dan los ojos contra las paredes altas del pequeño valle dentro del Valle, que riega, en tiempos normales, la regata Esáin. Las escalan pinos royos, hayas cimeras y algún roble bajo. Cerca de la iglesia crecen unos fresnos y hay un huerto bien regado junto a una casa nueva. También en la antigua escuela pasa los fines de semana una familia. Los ganaderos, probablemente, hicieron esos corros en medio del monte para dedicarlos a pastos.

Bajamos a ver el pueblo donde se conservan bien algunas casas señoriales de los siglos XVII y XVIII, y otras menos bien. Varios hornos exteriores. El que todos llaman palacio *-jaureguia-* es una casa grande y bien lucida pero sin el aspecto exterior clásico.

Junto al camino que lleva a Usechi, siguiendo el regacho, pacen unas yeguas y unos potricos royos y pintos.

Fue Esáin –dentro del Valle, bastante pobre– un pueblo próspero con la ganadería, la agricultura y el carbón. Las casas no dejan lugar a duda alguna.

En Burutáin nos dicen que las vacas y los potros que hemos visto son de Esáin.

–Aquí no tenemos tanto ganáu, y sólo Nicolás vive de él.

La señora que nos hace de guía, a quien hemos ido a pedir la llave de la iglesia, lo sabe todo sobre el pueblo, tiene hermanos en el extranjero y se alegra de vernos por aquí.

Las casas de Burutáin están bien enlucidas, más juntas que en Esáin, y cercadas de flores, arriba y abajo: geranios, petunias, cosmos, rosas, claveles chinos... Nogales y manzanos.

La iglesia de San Pedro tiene un bonito retablo renacentista hecho por el imaginero Miguel de Espinal, del que llevaron a un altar cercano una encantadora Virgen con el Niño. En el «recinto delicioso a modo de atrio», como lo define Caro Baroja, dos acacias sostienen la memoria de los siglos.

Vemos a muchos chicos pasar y correr, seguirse unos a otros, hacer corrillos.

—Algunos son del pueblo y otros están de vacaciones.

Junto al Centro Social, que está a punto de inaugurarse, viene un niño chico montado en una minibici. Es, por lo visto, sobrino de nuestra guía.

—¿De dónde eres tú?

—¿Yo? De todas partes.

Ecuménica respuesta. Y es que el crío, que se llama Mikel, según nos dice la tía, nació en Barañain, vive en Elizondo y veranea aquí.

Subimos una suave pendiente por donde el pueblo se derrama ordenadamente. Desde arriba vemos las villas que han ido construyéndose estos años junto a la carretera, la piscifactoría y la antigua Venta.

Como en otros pueblos del Valle, el Concejo reparte a cada vecino un lote de leña de los montes comunales —Guesalea, Lizuri, Asqueta, Ipetia, Capana, El Castillo...—, y lo demás se destina a los servicios y pagos comunes.

—Aquí casi todos trabajan en Pamplona y en los alrededores.

Llegamos a donde yo no quería llegar, a casa de Recalde, donde vivió un amigo muy querido y donde estuvimos varias veces hablando y cenando. Hoy viven otras personas, pero el rincón es el mismo, y la presencia-ausencia casi visible.

—Vámonos de aquí.

Sobre el Aldaun, el Mendurra y el Ostiasco cae una bruma azul oscura, pero aún tenemos tiempo y luz para ver los sillares húmedos del puente medieval.

En la segunda jornada llegamos hasta Egozcue, pueblo dentro de mis recorridos favoritos, pero que nunca había visto con detenimiento.

Es un pueblo-camino, rodeado de huertos, con verduras, árboles y flores. Hoy es un pueblo-carretera, pero tenemos suerte de que apenas pasen coches este rato.

Egozcue tiene unas casonas del XVIII, abundantes en el Valle, con largos balcones de madera. En casi todos la madera del suelo ha sido sustituida por cemento. En una de las casas céntricas quedan al aire los canetes ennegrecidos de madera, a la espera, esperemos, de la restauración. Hay también un horno exterior.

Nos han dicho que venden queso en el pueblo y vamos a comprarlo.

—No nos queda nada. Se nos acabó la semana pasada.

—Mala suerte.

—En Iragui igual tienen algo.

Pero en Iragui ya nos pasó lo mismo otra vez y está ahora un poco lejos.

—O en Arizu.

—Luego iremos.

Nos entretenemos con varios trabajadores que andan en lo que ellos llaman «obra blanca», antes de echar el nuevo firme en la carretera, que es la calle mayor. Tienen refrescando una botella de vino en el aska de la fuente, que está a la entrada del pueblo, cerca de la iglesia.

De una de las últimas casas, muy bien rehecha, sale una música de acordeón en forma de jota vasca. Es como si el pueblo se pusiera en movimiento.

Tenemos en el coche un libro que habla de las casas de Egozcue y del Valle, con fotos y todo, pero no acabamos de identificarlas. Preguntamos por fin a la gente del pueblo.

—No, ésta no es de aquí.

—Ni ésta.

—Esta tampoco.

–Pero, bueno...

¿Cómo íbamos a encontrarlas? Está visto que no bastan los libros.

–Una equivocación será.

–Y grande.

Pasan unas chicas, que van a la concentración de Villava.

Ha transcurrido mucho tiempo desde que, a mediados del siglo pasado, el maestro era aquí a la vez secretario y sacristán.

Mientras vemos una de las pocas casas que ha conservado toda su estructura de madera, una mujer habla desde la entrada en vascuence

–*¿Euskeraz itzegiten duzue denok herri ontan?*

–*Gure etxean denok.*

–*Ondo, ondo.*

También Leazcue es un pueblo calle, una calle que sube levemente, con muchas matas de moras y arañones en la parte alta.

¿Hacen pacharán aquí?

–Pa casa sólo.

Casas parecidas a las de los pueblos vecinos. Grandes espinos y sauqueras. Manzanos y ciruelos claudios. Nos sorprende una casa estilo modernista, con adornos de madera y azulejos en el alero, que parece almacén de la casa vecina.

–Era una casa de colonias.

–¿Usted se acuerda?

–De chica oí que habían venido.

Ya hace años. Más de los que tiene la buena señora de casa Galanenia. Guarda la llave de la iglesia y nos acompaña.

–Ya ven ustedes qué mal está. Somos pocos y no hay dinero para arreglarla.

Tiene la vieja casa parroquial, vacía, una chimenea cónica, pero, ay, sin humo.

Nos mira una mujer desde una ventana. Nos dice si nos gustó la iglesia. Le decimos por qué no gastan un lote de leña o varios para arreglarla.

—Es cosa perdida con estos hombres que tenemos.

—Pues elijan una mujer para presidente del Concejo.

Un hombre, cuñado o cosa así, está a la puerta viéndolas venir.

—¿Y usted qué dice?

—Yo no tengo nada. Yo estoy entre la tierra y el cielo.

—¡Vaya por Dios!

Preguntamos aquí también por el queso, pero no lo hacen. Aquí hay vacas pero no ovejas. Mientras hablamos, llega la camioneta de ultramarinos.

—Tendrán que ir a Iragui o Arizu.

—Ahora vamos.

Leazcue está resguardado por el monte Marcaláin, que lo separa de Esáin-Burutáin, bajo el Alto Egozcue y, allí arriba, la mirada desdeñosa del Usechimendi, como aquí lo llaman.

A la salida del pueblo, una niña pastora, distraída con otra amiga, guarda de lejos un rebaño de vacas que pacen pacientemente. Esa luz anaranjada se parece mucho a la que cae sobre estos animales en el cuadro idílico del pintor de Dordrecht, Aelbrecht Cuyt en su lienzo *Paisaje cerca de Rhenen*. Sólo que aquí, en Leazcue, falta el pastor tocando la flauta.

Nos metemos un rato en un claro del bosque, al pie de Marcaláin y buscamos un yerbín a la sombra. Nos cercan majuelos con manzanicas de pastor, arces, zarzales, endrinos, zarzaparrillas y dulcamaras.

Llegamos por fin a Arizu, en vísperas de fiestas. «*Arizuko Jaiak*», dice un letrero en colores que cuelga en medio de la entrada y que lleva una vaca embistiendo a Frankenstein.

Arizu está sobre un alcor y la torre de la iglesia le da un aire, desde lejos, de gallo coqueto y rojiblanco.

El pueblo está limpio. Hay un tenso silencio, como de espera. Huele a heno cortado. Casonas del XVIII y XIX, muy pintadas y con tiestos. En una de ellas, de 1809, con un «Viva Jesús» y una cruz entre dos lauburus —ahora que los lauburus suelen sustituir a la cruz!—, vive el grupo de teatro «Trócolo». Un autobús y una camioneta del grupo, muy vistosos, están junto a la puerta, al servicio de esta turba alegre y regocijada.

—Son muy majos, sabe usted, no se meten con nadie.

En la puerta del bar «Pipiolo», preparado por la juventud, leemos el programa de fiestas, hecho con más humor que actuaciones. Mucha K y mucha B.

Y damos por fin con el queso:

—En esa casa de abajo.

La plaza, a pesar de la barraca de las diversiones y del kiosko de la música, es un espacio lleno de encanto. Cerca de la iglesia de San Pedro, que ha visto retrasarse sus fiestas, hay una casa con todos los arreos de madera.

Todo el pueblo es una balconada. Desde aquí arriba vemos el eterno juego de montes y de brumas a estas horas de la tarde.

Una borda, alta, a nuestra izquierda. El pico de Zuriáin sobresale entre el Kederbe, el Erice, el Iturruzkoledo, por un lado, y, por otro, el Arzeki, el Urdanaz, el Aizmendi y el Baratxueta. Enfrente, el Ezkati, de donde sale el arroyo de su nombre, que baja hasta las puertas de Olagüe.

—¿Aquella casa que se ve?

—Es el cuartel nuevo de la Guardia Civil.

—Ah, sí.

Está el hombre dándole una pasada al huertecillo, bien abastecido, junto a la iglesia.

El Kederbe ya está poniéndose el gorrito gris de la noche.

Los quesos están en la casa vieja, junto a la casa nueva que parece un «chalet». Todo en la cocina me recuerda a la de mi casa cuando chico: el escaño, el fogón, el fuelle, las vigas...

–Nunca había visto tantos quesos.

–Pues ya ha habido más, ya.

Hay negruzcos, amarillos, casi blancos...

–Si les gustan curáus, éstos son los mejores.

Tiran cohetes y la perra se espanta.

–Si no sería por la cría, ya estaría en la borda. Está todas las fiestas asustada.

–Pobre.

La cría es un perro pastor, pequeño como un conejo gordo, que no para de aquí para allá.

La señora que nos vende el queso es baztanesa, habla el euskera y tiene garbo, ya lo creo. Nos dice que Uzterri, el nombre de la casa, significa «yugo». Así es, aunque mi diccionario dice «Uztarri».

Nos habla de los muchos mutilzarras que hay en el pueblo.

–Primero está la madre, luego la hermana, y después se ha pasáu el tiempo.

Al volver, un rebaño de vacas, a paso de procesión, atraviesa la plaza. Se oye una música alta cerca del bar, que está vacío.

La noche ya está subiendo por el falderío del Epeizbury y del Arañoz.

Está la tarde, como todas las tardes de este septiembre, mansurrona y churretona, y hay que esperar a que pase el mayor golpe.

En Etuláin acaban de pasar las fiestas

–Bueno, el fin de semana, no se vaya a creer.

—¿Para qué más?

De casa Lopichena sale una carreta de bueyes

—¡Desde que no había visto yo bueyes!

Las casas tienen nombres sonoros: Etxezuri, Etxeberri... Como el resto del Valle, las mejores son del XVIII.

—No sé por qué le dicen Etxezuri, si es la más negra de todas.

El palacio está muy estropeado.

—Hasta hace poco casi todas estaban arrendadas o subarrendadas, y eso se nota.

—Ya lo creo.

Andamos un poco por el camino que lleva a Leazcue. Quieren ensancharlo y han cortado los troncos de los robles de los orillos. Pero los troncos están haciéndose viejos.

Nos encontramos al señor Miguel, que viene, renqueando, de ver cuatro vacas que tiene por ahí.

—El corazón, sabe usted. El corazón está ya pa pocas fiestas.

—El corazón no sé, pero la cara no tiene que envidiar a nadie.

—Apariencias.

El señor Miguel llama «astigarro» al arce porque su lengua materna es el vascuence. Es soltero, vive en casa Juanperitzena, esa casa soberbia, hecha en 1728, pintada en rojo, que tiene un pequeño atrio con plátanos a los pies.

Al abrigo del Bagadilarre tres grandes abetos nos sitúan el cementerio. Por Urrutia y Góngora se ven hayas en las suaves cumbres, y pinos y robles en las laderas bajas.

Ya en el pueblo, Javier nos lleva a echar el vermut en el bar de la Sociedad «Lizarrondo». Javier es de Pamplona, casado con una de Etuláin, y habitante, los fines de semana, del pueblo. Entusiasta de la Sociedad y de lo bien que se lo pasan todos en ella, en buena paz y compañía.

—De verdad que está bien este salón.

—Y qué limpio.

En la tablilla de anuncios están el programa del campeonato de mus y los nombres de los socios.

Hacemos tiempo visitando las cuadras de casa Juanperitzena, porque nos dicen que el alcalde del Valle, que es de la casa, está a punto de llegar. Pero no llega, y salimos hacia Olagüe.

Olagüe es, con mucho, el pueblo más conocido del Valle y el mayor. Uno conoce bien el anchurón que hace de plaza y de parada de los autobuses, donde está la fuente y otros muchos servicios. Uno conoce, de tanto pasar, las casas color polvo de camino, apretadas como ovejas, junto a la carretera, pero, la verdad, no conocía algunos rincones que acabamos de visitar.

Comemos en el bar, entre tres o cuatro familias y grupos, y el entrar y salir de gente del pueblo. Damos luego una vuelta, calle por calle y casa por casa.

Olagüe se asoma al Ulzama —a donde, por lo que se ve, la gente tira todo lo que le sobra—, bajo un bosquecillo espeso de olmos, fresnos, robles y sauces, que se inclina sobre el río.

La parte más bonita del pueblo está entre el regacho Ezkati, al que le cubren dos feos puentecillos, y la plaza.

La iglesia, restaurada en 1943, está en un altillo, entre campanillas y dalías. Su restauración sirvió para que se inmortalizaran en una inscripción el alcalde, el párroco y el ordinario —el obispo— del lugar. Eran aquellos años.

Huertas con altas alubias verdes, perales y manzanos. Algunos buenos aleros. Un balcón con tejazoz, pero también varios chandríos estéticos.

Lo mejor es esta plaza, que no lleva nombre, con una casona de cuatro huecos, otra con clave gótica y algunas con escudos barrocos y geranios de ahora mismo. No hay nadie. No se oye un ruido. ¿Se ha detenido el tiempo o esperan a alguien? Podría presentarse ahora mismo Don Carlos, con el historiador del carlismo Don Ramón Oyarzun, que aquí nació.

Un silencio parecido habría en Olagüe cuando temían la venida del comisario de la Inquisición, el bachiller Ozcoidi, en busca de

María de Aniz, alias Xopalda, la posadera del pueblo. Se le echaba en cara el andar a deshoras hacia la parte de Echaide y el haber envenenado a varios individuos en una merienda, en la que se sirvió una cabeza de carnero y unos huevos.

Afortunadamente, la cosa no llegó a mayores. Xopalda iba a la parte de Echaide a recoger los ansarones que se le escapaban de casa, y los merendantes murieron porque les llegó la hora.

Cuando pasemos, de ahora en adelante, por Olagüe, no olvidaremos nunca esta plazuela.

Y cuando podamos, volveremos por el Valle de Anué.

—Si está, además, a cuatro pasos...

EN LARRA, UN 26 DE AGOSTO

Nos acomodamos bocadillos y fruta en Burgui, mientras una docena de hombres mayores cotorrean sentados en el paredón de la carretera, y van y vienen mocitas ligeras de ropa y ojos alegres.

Por Isaba corre un bullicio de gene andariega. El sol, buen sol, de la canción escolar de nuestras madres, ha salido hoy con ganas de calentar y de perdurar, y ahora rompe el aire y arruga la tierra, cada día más reseca. No hay una sola nube cuando entramos –nunca mejor empleada la palabra– en las Ateas de Belagua, entre Ardibideguinea y el Alto de Belabarseisa.

Hasta Ikalterrea no encontramos un solo coche. Sobre la selva de Osobieta otean señorialmente dos rapaces. Recordamos las buenas migas y la buena carne del parador Txamantxoia y aquel fogón, rodeado de la nieve de enero; dos milanos rojos iban y venían en busca de comida.

Las pequeñas bordas blanquean las verdes riberas del Belagua y se concentran en el remanso vegetal que atraviesan los afluentes secos del río, entre el calizo acoso permanente del macizo de Larra, por un lado, y el de Lakartxela y Larrondoia, por otro.

La carretera se hace un corbatín de curvas y nos transporta, tirando por la línea de en medio, hasta el collado de Eraiz para, bordeando la frontera hispano-francesa, llevarnos hasta la mismísima piedra de San Martín.

Debajo del cuartel General Garrido unos muchachos recogen el colorido material del «parapente» porque el viento les es adverso y

no pueden, literalmente, hacer carrera. Un corro de curiosos se agolpa alrededor. Una pareja del GAR, fusil en mano, avanza por cada lado de la carretera. Son casi unos mocetes.

—¿Cómo van ustedes tan desprotegidos?— les salta Paula.

—No, qué va, no vamos desprotegidos. Ahora mismo estamos en estos alrededores veinte hombres.

Y hablamos un poco, no mucho, para no distraerlos.

Dejamos el coche, junto a otros, en la explanada del Portillo de Hernaz. Hay gente sentada junto a la Piedra de San Martín —santo francés por excelencia—, mojón 262 de la frontera establecida por el Tratado de Límites de 1856. Qué zurriburri había aquí la última fiesta del Tributo de las Tres Vacas! Hoy todo es más plácido. El aire es aquí fresco y entonador. Y todo es tan limpio, puro y claro, que parece la tarde del octavo día del Génesis:

«Y vio Dios que la Tierra era buena»

El mapa de la excursión que llevamos nos hace bajar hasta la revuelta de caracol, o curva helicoidal para hablar bien, y coger allí una senda en medio de la vaguada.

Vemos dos simas pequeñas, una vallada y otra protegida por el petril de la carretera. Un mocico que va con sus padres tira una y otra vez piedras al fondo de la primera para oír el ruido y «medir» así la profundidad del hueco

—¿Oyes, papá?

—No tires más, venga— le contesta la madre.

Hoy está de más el pluviómetro blanco, plantado aquí por el Gobierno de Navarra, pero quizás mañana no. Tras la primera curva llegamos al letrero que anuncia la sima de San Martín, a un tiro de ballesta de donde pasamos.

Bajamos por un sendero áspero entre bloques de piedra. La actuación secular de la nieve y el agua en una zona de frecuentes precipitaciones y los fenómenos de disolución de las calizas han

favorecido el desarrollo de un karst (azada o azadón, en alemán), complejo entramado de simas, galerías, valles ciegos, extensos campos de lapiaz y dolinas, por donde discurren múltiples corrientes que van a parar a Francia y aparecen, en parte, por las surgencias de Bentia e Illamina, recubiertas ahora por el pantano de Licq.

La sima está tapada con una bóveda falsa de piedra, bajo dos pinos negros y un tapiz de enebros enanos, y protegida su entrada por una puerta de hierro con candado. A la izquierda, sobre la roca, dos placas recuerdan el sacrificio de dos espeleólogos muertos en el campo de honor de su deporte preferido y de su vocación científica:

«Ici a vecu les derniers jours de sa vie courageuse Marcel Loubens, 15-VIII-52».

«El eslabón no es nada. Lo que cuenta es la cadena (Katemailla ez da jauz. Harkatea da bearrezkoa). Félix Ruiz de Arcaute, 24-VII-71».

En 1950 se descubrió esta sima, a 1717 m. de altitud. A 340 m. de profundidad se descubrió el lecho de esquistos paleozóicos impermeables sobre los que corre el agua. Numerosas exploraciones posteriores, que tienen, como acabamos de ver, sus víctimas, han descubierto, recorrido y topografiado galerías, salas y fracturas. En 1964 se superaron los 1.000 m. de profundidad. Segunda cavidad del mundo en hondura, el Tribunal Internacional de La Haya falló en 1960, tras largo litigio, que la boca de la Sima de San Martín se encuentra en Navarra. *Helas, sommes, donc, ici chez nous.*

Pasamos entre paredes calizas, rotas de nuevo hace poco para mejorar la carretera, y entre pinos negros (*pinus uncinata*), verdioscuros, cónico-piramidales, que crecen en bandera, con las ramas doblegadas por los vientos y arqueadas para que resbale la nieve. Se agarran, a veces atormentadamente, a donde pueden; buscan, como pueden, la poca tierra que tienen, y levantan la copa tupida y estrecha a la luz, que no suele ser en estos parajes mucha. Viéndolos así, canijos, dispersos, cojitranco, inválidos, viejos de hasta 300 años, muchos ya difuntos, dijérase que son los restos de un incendio o que un ejército de rayos acaba de derrotarlos.

Nos cruza un rebaño de ovejas. Un rebaño de ovejas, con las testas bajas, apelonadas, con esos balidos tristes e interminables... parece que va siempre al matadero. Después de pasar la curva, unas ovejas sueltas, perdidas, cerreras, nos balan desde el

alto del talud y nos dan lástima, pero no sabríamos liberarlas de su inmanente servidumbre.

El llano o campa de la Contienda –son muchos los lugares pirenaicos que se llaman así– es un pequeño descanso irregular, erizado aquí y allí de piedras calizas, almohadillado de pastizales y cervunales, facería de los valles de Baretous y Roncal. Los franceses tienen derecho a pastar aquí desde el 10 de julio y los españoles desde el 4 de agosto al 25 de diciembre. El ganado puede estar de sol a sol y retirarse al atardecer. Dicen los que dicen que saben que este pacto, sellado en 1375, no se cumple.

Sea lo que sea, y deseando que se cumpla, dejamos las mochilas en tierra y nos echamos un buen rato a tomar el sol y el aire, antes de emprender la molesta subida que se nos viene encima. Otro rebaño nos tintinea cerca.

–¿Comemos algo?

–Ahora no, cuando lleguemos.

Llegaremos muy tarde. Vemos gente allí arriba, en el pico de Arlás. Alguien baja por el Portillo de Pescamou. Unas nubes se asoman por la vertiente francesa, ay Dios mío. Chano chano comenzamos a subir. Hace más de un mes que no montañeamos y se nos nota la zangarriana. La campa de la Contienda corta la masa caliza de Leizerola, que precede a la Sierra Longa y ésta a la de Anialarra. A nuestra izquierda, penden escarpes blanquecinos, arañosos por la erosión y revestidos a trozos de verdosos líquenes silicícolas o de enebros enanos y gayubas.

Calcamos las duras gramíneas de los suelos alpinos, donde nos sorprenden los sorprendidos ojos de las carlinas, ya secas sus pupilas florales; la regaliza, de flores violeta-púrpura; las campanillas azul violeta; los dorónicos, con sus flores oscuroamarillos del disco y doradoamarillos del radio; los cuernecillos, amarillos, anaranjados y rojos; los ranúnculos pirenaicos; la viteliana rastrera, que teje tapices de color gualda; las margaritas; las lauréolas...

–Sigue más por el centro.

–Hay que buscar la subida más cómoda. Mejor por aquí.

El sol es más fuerte que el vientecillo que se escapa por los pasos fronterizos y sudamos. La mochila me tiene empapada la espalda.

Los que estaban en la cima ya van bajando. Sobre los altos pasan unas nubes viajeras. Nos detenemos de cuando en cuando, cada vez con más frecuencia. Echamos los bofes.

—Bueno, así nos descarnamos.

—Venga.

Y vamos. En una de éstas, no sé si porque tengo ganas de ver una perdiz nival, se nos vuela a unos metros encima de nosotros un ave pardorajiza y se nos pierde en dirección al Portillo. Tal vez ha sido una ilusión. No son, de cierto, una ilusión dos golondrinas blancas o aviones, que pasan una y otra vez sobre nuestras cabezas. A primera vista parecen avejacos, pero no, no, son golondrinas.

Estamos por fin en el Portillo y tenemos a la dulce Francia ante nosotros. Grandes pistas, bordas, algún coche, los postes del telesquí de Pescamou, y de la Tête Sauvage, junto a la Sima del Oso.

Por el collado de Baticotxe baja un montañero bien equipado, que se mete sin contemplaciones en terreno francés. La niebla cubre ya todos los montes de la parte noroccidental menos las crestas, engalladas, de Lakartxela y Otsogorrigañe. Hemos de darnos prisa. Una de las advertencias más severas de nuestra guía es que «éste es un paseo que no debe intentarse con niebla».

Nos queda el torreón natural de Arlás, pico de rapaz, erguido durante siglos gracias a los calcoesquistos. Nos parece que vamos a perder tiempo escalando el último repecho, que se nos antoja muy vertical, y cometemos el gran error de rodearlo por la base del cuello, a fin de llegar a toda costa antes de que nos envuelva la niebla que cubre ya el Soum de Leche y las alturas del Puerto de Ernaz. La «tan rodeada manera» de conquistar la cima nos va a traer un buen rato al estricote.

—No te pongas nervioso, que llegamos bien.

—Ojo a la mochila.

Los esquistos se resbalan y nos hacen resbalar. Pisar bien no es fácil. Miro hacia la vallonada: la pendiente es grande y aún parece mayor.

—Mejor no mirar hacia abajo.

—Espera, hombre.

—Que no puedo.

No estamos para chirinolas, pero las chirinolas saltan en estos momentos de nerviosismo. La niebla se corre un poco hacia el Sur, pero vuelve otra vez, rápida, voluble, inquieta. Veo unas boletas blancas y un corro de cardos azules, pequeños de estatura pero robustos y enhiestos, con sus tres cabezuelas abiertas como dedos.

Soumcoy, Anie, Pene Blaque y la Mesa están aún libres de boiras. Al fin, rodeamos el pescuezo del Arlás y arribamos a una leve cornisa más suave, con más hierba y menos esquistos.

—Ya está —grito con fuerza.

—¿No ves, miedica?

—Mira el camino. Ya no hay problema.

—Bueno. Espera.

Esta vez espero.

Hay que reírse de sí mismo, del propio miedo, de la propia inexperiencia. Vemos desde aquí, entre una niebla gaseosa, la estación de esquí de Arette-La Pierre St. Martin. Ahora los bloques, luego los chalets entre pinos, el refugio de Malhourat, el telesquí de los contrabandistas... Ya nadie se acordará del terremoto que, un 13 de agosto de 1967, destruyó buena parte de este pueblo pirenaico francés, hermanado con Isaba.

Por una trocha marcada con el uso damos remate, seguros ya y felices, al Pico de Arlás.

Nos ponemos ropa porque el cierzo trae saludos del Polo Norte. Miramos a un lado y a otro. Luego miraremos más. Abrimos las mochilas y despapelamos los bocadillos comprados en Burgui: tortilla de atún y pan adunia; añadimos las sardinas en lata y pronto damos ferrete a todo. Inmediatamente después, los melocotones y las botellas de agua. Frugal pero suficiente.

Ahora ya podemos mirar tranquilos. La niebla sigue sobrevolando Arette y ocupando todo el frente occidental, excepto las dos

cimas roncalesas. El plano de la Contienda está de nuevo despejado, también toda la vertiente oriental, donde se encrespa el piramidal Pico de Anie (2507 m.), el más alto de la región, y la Mesa de los Tres Reyes (2.428), la cumbre más alta de Navarra.

La penillanura de Larra se extiende hasta el escarpe que da al Valle francés de Lescún. Abarca una extensión de 120 kilómetros cuadrados. Su estructura general, interna y externa, se orienta de Este a Oeste. Degradada en un principio por la erosión fluvial, fue tal vez posteriormente ancho campo glaciár, que ocupó también el Valle de Belagua.

Fallas y diaclasas compartimentan en bloques la cobertura calcárea, y se abren, aquí y allí, profundas gargantas, mientras en los niveles superiores se mantienen enhiestos los módulos de sílex, más duros y resistentes a la abrasión.

En el rellanillo del Pico de Arlés, más tierra que hierba, una piedra cuadrada lleva grabada la fecha de 1949. A dos metros, un piolet de hierro negro, signo del alpinismo, se hinca en el suelo, recuerdo del Grupo de Montaña de la Peña pamplonesa «Muthiko Alaiak», que lo puso este mismo año.

Dos montañeros jóvenes, con poca ropa y mucha mochila, excelente físico, llegan tan frescos, saludan, se sientan en el yerbín y miran hacia el Roncal. Hablan en vascuence. Luego saludan y se van.

El macizo de Larra es también 100 kilómetros de galerías subterráneas, a dos o tres grados de temperatura. El río que circula por las cavidades conectadas con la sima de San Martín se denomina Saint Vincent. No parece ser el único. Bajo el Pico de Anie y Anielarra corre otro río subterráneo, llamado San Jorge, y otros muchos santos activos esperan el hallazgo de nuevas corrientes para bautizarlas con su nombre y con el agua fresca que llevan de por sí.

Lo mejor, cuando se está tan arriba, es subir hasta lo más alto de la creación, con la contemplación honda y el silencio afilado, y al mismo tiempo entrar en lo más íntimo del ser humano, que es el amor, para unir ambas dimensiones. Entonces encuentra el hombre el equilibrio pleno entre la inmensidad y la ternura, entre el temblor de la historia y la tensión del futuro, entre el horror al vacío y la cercanía acogedora del misterio. Sin este acoplamiento de las dos

dimensiones, de múltiples ramificaciones, no es posible una vida cabal, que vaya más allá del propio ensimismamiento egoísta. Todo está preparado en la naturaleza para llegar al evento profundo de la verdad y de la entrega. Basta sólo liberar el corazón.

*«¿Quién ha pesado en la balanza los montes
y en la báscula las colinas?»*

¿Quién ha medido el aliento del Señor?

¿Quién le ha sugerido su proyecto?»

cantó hace cientos de años el profeta Isaías, invitándonos a la adoración y a la cordura.

Comienzan las nieblas a cercarnos. «*Se nos nubla el cielo pero no se nos caen las alas del corazón*». Recogemos las cosas de recoger y tiramos los rebojos de pan a los acentores y a los gorriones alpinos.

Descendemos con tiento por la senda ya conocida y seguimos la mano tendida del telesquí hasta la misma «*Croix des contrabandistes*». Vemos volar una alondra y luego un pinzón común. Cuando tomamos la carretera, pasan, alborotadoras, unas chovas piquigualdas. Apenas pasan coches.

Nos quedamos como absortos viendo a la derecha del camino una larga depresión rocosa, toda picada de hendiduras, a la que se sujetan unos pocos pinos escuchimizados. Recuerda esas ruinas gloriosas y al mismo tiempo doloridas de alguna ciudad que hace siglos fue. «*Danger crevasses*» (peligro de grietas), nos advierte un letrero.

Junto a la piedra de San Martín se sientan ahora dos personas. Pasamos pronto de la estepa arbolada por el pino negro al hayedo abetal. Un cernícalo deja el árbol y se hunde en la espesura. Un serbal de cazadores.

Nos paramos en el Mirador para ver el penúltimo sol, ahora limpio de nieblas, sobre Anielarra, Budoguía, Petretxena, la Pakiza de Linzola, Txamantxoia y el Mallo de Atxerito, otro mundo más terso y más puro.

Se nos acerca un pastor con dos perros, que desde el bordillo de la carretera no quitan ojos a las ovejas que pastan unos metros más abajo.

—Ese perro...

—Antes se caerá usted que él.

Hablamos un poco de cosas de la vida y del pastoreo.

—¿Qué, gallego? —le digo con sorna.

—¿No se me nota que soy aragonés o qué? —me contesta agudo.

Es de un pueblo vecino, pero lleva muchos años por estos pagos. Es uno de los cinco pastores que cuidan los rebaños de un amo de Isaba. Vive en una borda próxima. Tiene en la cara muchos soles recrecidos y muchos tatuajes de soledad en las pieles del alma. Le hago una foto. De la zona lo sabe todo: qué pastor, vg., estaba hoy en la Contienda y si nos ha visto o no. Lamenta la caída de la cabaña del Valle:

—De 60.000 ovejas hemos pasáu a 8 ó 7.000 igual. No hay quien quiera esto. Todo ha cambiáu mucho.

Da gusto hablar con quien conoce estas cosas concretas y sustanciales de pe a pa.

—Bueno, hasta otro rato.

—Hasta cuando ustedes quieran.

*«Pastor de vientos, desde
los infinitos horizontes
acuden los rebaños a tus manos,*

escribió, en un precioso poema, Angel González.

Nos refrescamos en la Venta de Juan Pito, dobladas ya las dos rodillas de la tarde.

Un grupo de turistas miran, tan panchos, el programa de televisión Mc. Gyver. Recuerdo algún yantar, con mucho calor dentro y mucho frío fuera, en esta Venta, de algún modo quijotesca, con ventero, ventera, y la hija de ambos, pero sin Maritornes. Entonces y ahora pagamos, sin esperar a que lo hagan algún cura y algún barbero y a que manteen a alguien de nosotros.

Un letrero, en blanco y verde, anuncia actividades montaÑeras organizadas en Arette.

El macizo de Lakartxela est ya sombro y triston.

Volvemos hacia Isaba. Aqu hay a estas horas alguna animacion veraniega, pero encontramos el resto del Valle taciturno y aliquebrado.

Tal vez nos equivocamos. O tal vez lo ven as los mismos roncaleses.

INDICE

Prólogo	7
Mañana de fiestas en Fitero	11
Una vuelta por Huarte	15
Por las soledades de Orradre y Napal	19
En Navascués	25
Romancillo desde el tren, con nieve	33
Entre los roscos de San Blas	37
Desde Unzué y entre cazadores	41
Navarra, peligrosamente sucia y fea	47
Domingo de ramos en Leyre	51
El monasterio de la Oliva	53
Pestes de nuestro tiempo	61
Por el Aragón hasta Larrate	65
Entre Cizur y Barañain	69
De Lorca a la Cruz de Villatuerta	71
En Peñalén	77
De Cardete al hospital de Gracia	83
El Yugo de Arguedas	89
La Trinidad de Arre	97
Por Améscoa Alta	101
A las orillas del Araquil	105
Hacia Bentarte y Arnostegui	109
La noche de San Juan	115
Camino de Santiago	121
Empezar por Navarra. Acabar por el mundo	123
Bajo la sierra de Lóquiz	127

Hasta y desde Monte Esquinza	135
Visita rápida a Vera	141
Homenaje en Los Arcos	147
Cruzando a pie el pantano de Irabia	153
De perros	161
Por el valle de Anué	163
En Larra, un 26 de agosto	175

Me parece que las «anteojeras» con que Arbeloa ve los paisajes navarros son éstas: su amor a la tierra y sus gentes, el ayer y el hoy, su insoslayable vocación de poeta e historiador, su profunda cultura humanística. Y los sentimientos que le provocan la naturaleza, el hombre, la historia y el arte de nuestros pueblos los sabe expresar en una prosa poética que es al mismo tiempo revelación de su intimidad anímica, vehículo de comunicación con sus lectores e instrumento de incitación y emoción.

Con la mayor frecuencia posible Arbeloa deja los amables paisajes de Europa occidental y central y la correcta y educada frialdad de sus habitantes para recorrer nuestra tierra, en ocasiones también amable, pero con frecuencia áspera, violenta, de colores fuertemente contrastados, y para comunicarse con los navarros, sus paisanos, que unas veces hablan, andan y cantan sin mesura, destempladamente, con descaro y desgarró, y otras tímida y pausadamente, como lo hacen siempre quienes pasan más horas en soledad que civilización y observan más los fenómenos de la naturaleza que los tiquismiquis de las gentes.

Alfredo Floristán